

GIL MAESTRE

LOS PROBLEMAS

DEL TRABAJO

Y EL SOCIALISMO





M. Blomquist 1844

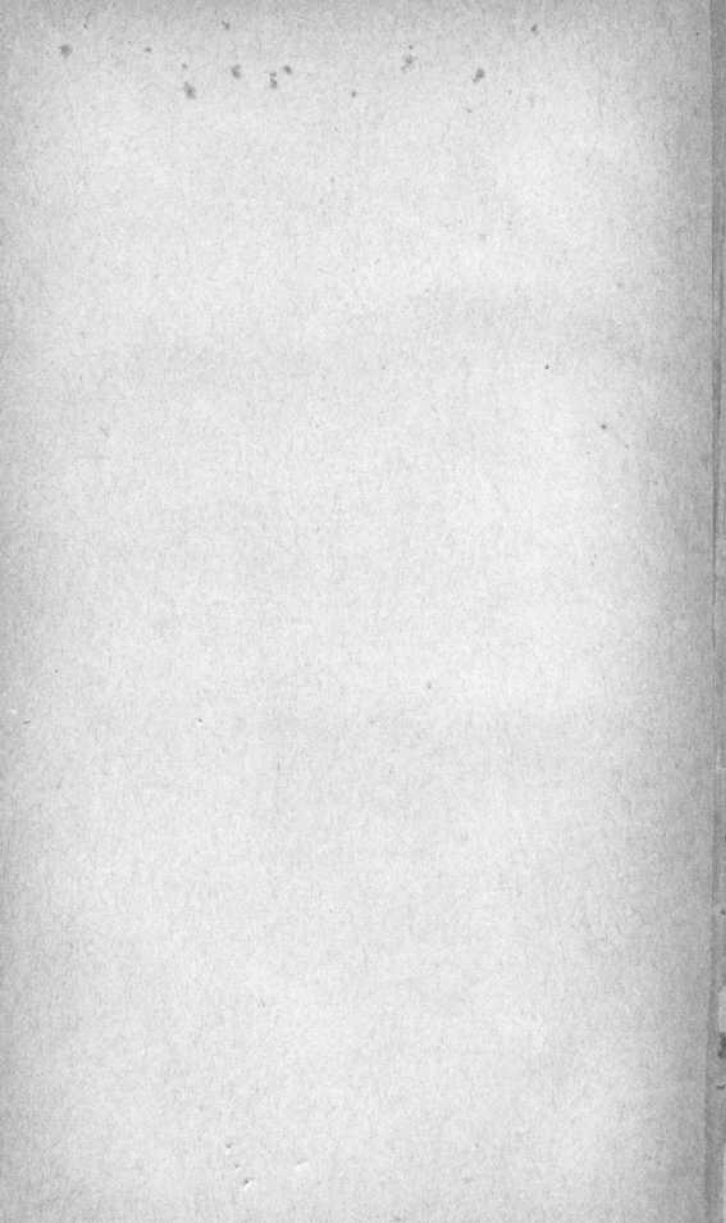
A

C. 1165850



LOS
PROBLEMAS DEL TRABAJO
Y EL SOCIALISMO





LOS
PROBLEMAS DEL TRABAJO
Y EL SOCIALISMO

POE

D. MANUEL GIL MAESTRE

*Jefe de primera clase de Administración civil
ex Subdirector general de Seguridad,
ex Juez Decano y del antiguo distrito de San Beltrán de Barcelona
Socio correspondiente de la Real Academia de la Historia
condecorado con la Gran Cruz de la distinguida orden de Isabel la Católica
y con la cruz de segunda clase con placa de la corona de oro de Prusia,
Socio honorario del Centro Industrial de Cataluña,
del Ateneo Obrero de Barcelona
y de otros centros de instrucción de los trabajadores
Abogado del Ilustre Colegio de Salamanca*



BARCELONA
— 14 —
TIPOLITOGRAFÍA DE LUIS TASSO
ARCO DEL TEATRO, 21 Y 25
1897

PROPIEDAD DEL AUTOR



R. 99598

LOS PROBLEMAS DEL TRABAJO Y EL SOCIALISMO

INTRODUCCIÓN

I

Una de las cuestiones más íntimamente enlazadas con el llamado *problema social*, es la que se refiere á la condición ó manera de ser de las clases *proletarias* en general, y particularmente de las clases trabajadoras. Al ocuparse de ella, como premisa de sus juicios y base de sus doctrinas, revelan claramente, tanto los de reciente llamados *economistas clásicos*, como los *socialistas* modernos, cualquiera que sea la escuela á que pertenezcan, las profundas y radicales diferencias que les separan, pues mientras unos la consideran con exagerado optimismo, los otros hacen de ella pinturas las más sombrías y descripciones las más desconsoladoras; descripciones y pinturas indudablemente llenas de pasión, pero no muy lejanas de la realidad.

Los *economistas-individualistas* sostienen, no sin fundamento, que á la sombra y bajo el amparo de las libertades políticas, conquistadas por la revolución francesa del siglo último, y de las libertades económicas, que con más lentitud van alcanzándose, la situación de los pro-

letarios, y entre ellos de los trabajadores, tan triste, tan dolorosa, tan precaria en otras edades, va mejorándose de un modo sensible, mediando ya un extenso abismo entre las condiciones de existencia del proletario y del obrero de ayer, y las del proletario y trabajador de hoy, que disfrutan de relativo bienestar; mientras los socialistas, con bastante uniformidad, circunstancia digna de ser apreciada, y con ellos otros escritores que no militan en las filas del economismo ni del socialismo, por más que á esto último se aproximen, y acepten también varias de las ideas de aquél, no sólo entienden que la manera de ser del pueblo trabajador es bastante irregular y aflictiva, librando en las peores condiciones la lucha por la existencia, sino que en no poco es más azarosa y fatal que la de sus predecesores de las edades antigua y media, que la del esclavo, del siervo, del menestral por la ley sujeto á las avasalladoras y asfixiantes reglamentaciones gremiales.

La libertad, dicen los unos, ha redimido á los trabajadores, suavizando al mismo tiempo las asperezas de su existencia: la libertad exclaman los otros, desenfrenada, loca, sin límites, que parte del *laissez faire, laissez passer*, de los antiguos *fisiócratas*, que ha dejado á los trabajadores sin protección, que ha separado de ellos la tutela del Estado, que ha consentido que el capital les oprima, que el patrono les fustigue, que el empresario les explote, que la máquina les expulse del taller, que la concurrencia les cercene el salario, y les imponga la huelga, que la miseria les acorte la vida é imposibilite el ahorro, y que el industrialismo todo lo avasalle; esa libertad que les deparó los derechos de ciudadano, haciéndoles más dolorosa su esclavitud en el taller, es la causa de cuantos males, angustias, sufrimientos y miserias les afligen, tan grandes que producen estremecimientos de terror y destrozan el alma.

De aquí que los economistas-individualistas y los socialistas que persiguen el mismo fin, el perfeccionamiento de la sociedad, el mayor bienestar posible del hombre, lleguen á conclusiones diametralmente opuestas; de aquí

que sus juicios no coincidan sino en muy pocos puntos respecto al concepto, desarrollo y funcionamiento del trabajo, en la intervención del Poder Social en las relaciones de los dos factores de la producción, y en otros muchos problemas de capital interés para los pueblos, y de los cuales, si bien ligeramente, y reconociendo la deficiencia de nuestras facultades y conocimientos, vamos á ocuparnos.

II

Los socialistas han sido indudablemente quienes con mayor interés, y, al mismo tiempo, con no poco apasionamiento, han hecho este estudio, toda vez que casi han reducido la muy compleja *cuestión social*, á una cuestión obrera, á la cuestión del trabajo, á la investigación y determinación de los medios más aptos para transformar las condiciones de éste, y deparar el mayor bienestar posible á las clases que en él y por él viven. El socialismo, que fué tratado con excesiva y no siempre justificada dureza, porque en él no se veían sino los desvaríos de los soñadores, y los excesos, violencias, odios y furiosos ataques de los intransigentes, demagogos y colectivistas anárquicos, á todas las creencias, ideas, instituciones y organismos sociales, comienza á ser apreciado con mayor serenidad de ánimo, formándose de él juicios más imparciales, reconociéndose los servicios que verdaderamente ha prestado á la humanidad, y, en especial, á la causa del pueblo trabajador, quien le debe no pocas de las reformas aceptadas por las legislaciones, y encaminadas al mejoramiento de su condición, que, si menos dura de lo que fué en tiempos no lejanos, es, sin embargo, lamentable, como consecuencia natural de no haberse procurado organizar el trabajo, colocándolo sobre sus verdaderas bases, ni armonizarlo con el capital, ni proporcionar su retribución al esfuerzo hecho y al resultado obtenido.

Antes, todas las críticas que de sus doctrinas se hi-

cieron, estaban reducidas á censuras acres, diatribas, sarcasmos y hasta burlas poco cultas, por lo mismo que de ellas no se hacía desapasionado y reflexivo estudio. Hoy, á la par que se ponen en descubierto sus errores, la inexactitud de no pocas de sus afirmaciones, lo absurdo de varias de sus ideas, lo perturbador, disolvente y aun criminal de las que ciertos sectarios patrocinan, y lo utópico é ilusorio que encierra, se reconocen sus servicios, se confiesan sus conquistas, no se niega cuánto ha penetrado en la conciencia pública llegando hasta las altas regiones gubernamentales, no se oculta que sometido á riguroso análisis en el crisol de imparcial y severa crítica, ha resultado metal purísimo al lado de bastantes escorias.

«No todo ha sido funesto y estéril en estas rebeldías especulativas, dice M. Luis Reybaud (1); no han concentrado toda su solitud sobre meras abstracciones: han pensado en los hombres. En lugar de razonar didácticamente sobre las riquezas, han señalado los dolores del pobre; en lugar de definir los elementos de las fortunas, han ido sin rodeos hacia las clases que sufren. Carlos Fourier las asegura un *mínimum* que las ponga al abrigo de la necesidad; San Simón las consagra su fórmula fundamental; Roberto Owen destruye en su provecho la jerarquía social y las convida á una igualdad absoluta. Hay en estos tres soñadores una compasión verdadera, una simpatía real para el pueblo. Su destino es el objeto de sus cuidados, su porvenir el fin de sus pensamientos.»

Lo mismo que el distinguido historiador de los reformadores modernos reconoce en las tres grandes figuras á quienes dedica la primera parte de su obra, lo mismo puede decirse de la generalidad de los reformadores utopistas, y de los socialistas no anárquicos de nuestros días. El carácter, el sello distintivo del socialismo contemporáneo, lo que le proporciona no pocas simpatías,

(1) *Etudes sur les Réformateurs et socialistes modernes.*

atenuando sus errores, y, hasta cierto punto, los excesos de varias de sus sectas, es el verdadero amor que siente respecto á las clases desvalidas, es la atención constante y profunda, el perseverante y no siempre infructuoso trabajo que ha dedicado á poner de relieve los males que en general agobian al proletariado, y particularmente á los obreros, que son los que mayor consideración le merecen, y que forman la parte más numerosa y selecta de aquél, á hacer notar las consecuencias del desequilibrio industrial, para ellos tan funestas, los daños, ciertamente unidos á no pocos bienes, del acrecentamiento, mayor cada día, del empleo de las máquinas que, al perfeccionarse, van limitando la intervención de la actividad humana, los efectos del inmenso desarrollo del industrialismo, las crisis ocasionadas por la sustitución de la grande industria á la pequeña; esfuerzos, desvelos y trabajo que han dirigido también, con mayor ó menor acierto, á dar á comprender cuán apremiante es la necesidad de plantear todas aquellas reformas y medidas que á su entender son indispensables para hacer más bonancible la situación del pueblo, ya que, así lo reconocen, no sea posible extinguir por completo sus males y sufrimientos, sustituyendo á las condiciones actuales de la vida económica, otras más conformes con las leyes reguladoras de la marcha social.

Basta fijar la atención en las concepciones de Babeuf y de Luis Blanc, que tan poco encierran que no sea merecedor de severas censuras, en los ensueños místicos del *humanitarista* Pedro Leroux, y de sus más conocidos discípulos, en ciertos arranques de Le Play, en las lecciones y escritos de los *socialistas de la cátedra*, en las más radicales doctrinas de los *socialistas cristianos*, en el *materialista*, cuyo programa desarrolló, explicó y defendió Browlhon en su libro *«La capacidad política de las clases jornaleras»*, en el *colectivista* y aun en el anti-social *colectivista anárquico*, que intenta justificar su inconcebible *propaganda por la acción* con un ideal no original suyo y ciertamente engañoso; basta fijar la atención en todas esas doctrinas, programas y elucubra-

ciones, para persuadirse de la exactitud de nuestras afirmaciones anteriores. Todas parten de igual punto, el estudio de las condiciones de la vida social en todas sus esferas, que, á su juicio, determinan la situación lamentable de las clases más numerosas y útiles; todas tienen fijas sus miradas en el proletariado; todas se encaminan á la consecución de un mismo fin, la sustitución de tan adversas condiciones por otras más favorables, sin excepción alguna, á los elementos constitutivos de la sociedad, la extirpación completa, ó cuando menos su reducción en cuanto sea posible de un modo inmediato, como preparación conveniente hasta conseguir extirparlos, de cuantos males, abusos y atentados á los derechos del hombre, se hacen cargo. Únicamente disienten en cuanto á los medios y procedimientos adoptables para conseguir la más pronta y completa realización de sus aspiraciones.

El socialismo, con rarísimas excepciones, se inspira en exagerado *altruismo*: veante todo, y por cima de todo, á la humanidad. Lamenta, dejándose llevar por la pasión, los males, errores, vicios y deficiencias sociales, tendiendo con ello á excitar el sentimiento é inspirar la idea de una transformación más ó menos completa que cambie las relaciones, las condiciones de existencia y los organismos de la sociedad, y principalmente la vida económica, que es la en que con especial interés se fija, como la *Reforma* cambió en el siglo XVI las religiosas, y la *Revolución*, iniciada y preparada por los filósofos y los enciclopedistas franceses, cambió en el XVIII las políticas. Y toda vez que las clases proletarias son las afectadas por sufrimientos mayores, las que en peores circunstancias luchan por la existencia, siendo dentro de ellas la trabajadora la que más señalada consideración merece, pues los ociosos, verdaderos parásitos que se nutren de la substancia ajena, deben desaparecer, á los trabajadores atiende con preferencia, y á favorecerlos encamina sus sistemas, completamente utópicos los unos, absurdos los otros, perturbadores muchos, preñados de peligros y preparadores de tempestades algunos, y no

pocos de ellos factibles, no en su conjunto, no en la totalidad de sus conclusiones, sino en varias de las partes que los constituyen.

El célebre economista Ibarbaro, ocupándose en su «*Filosofía de la riqueza*», de la idea culminante del socialismo, que encuentra en la aspiración á lo ideal para la organización social, copia las palabras de Emerico Amary, profundo pensador palermitano, quien manifestó que «á esta necesidad de un ideal distinto de la actual vida social, continuamente y más por instinto sentido por la inteligencia humana, á esta necesidad de poner un modelo ideal en la sociedad, es de atribuir el origen de todas las utopias de perfeccionamiento civil, desde la *Atlántida* de Platón hasta la Iglesia de San Simón, desde la *Isla Parcaya* de Evemero á la *Oceana* de Harrington, desde las visiones de los milenarios al *fanlansterio* de Fourier, desde la *ciudad del sol* de Campanella á la *nueva armonía* de Roberto Owen, desde el libro de Tomás Morus á la *colonia* del pobre O'Conner, todas presentes en el espíritu humano para atestiguar el eterno deseo de lo mejor, la perpetua agonía de lo perfecto, que fatiga solamente á la especie que es capaz de concebirlo, la sed inextinguible en lo infinito, y que son una sublime protesta contra las imperfecciones de la existencia social». Estas ideas de los dos distinguidos publicistas, coinciden con nuestro juicio, como su autorizada opinión da fuerza á la que sustentamos. Por eso hacemos especial mención de ellas.

El mismo Ibarbaro se produce todavía con mayor claridad en otro pasaje de su citada obra. Después de hacerse cargo de lo escrito por el célebre estadista Minghetti, que no considera al socialismo actual tan revolucionario como el de otros tiempos, encontrando en él «una parte crítica, una protesta en favor de las clases pobres, y una aspiración á su mejoramiento», añade que «el problema social lo tenemos al lado y en torno nuestro, y lo sentimos y conocemos en la confusa agitación de la desgraciada muchedumbre, en el grito de dolor de millones de hambrientos, en la plebe sumida en el lecho del

pauperismo y en el fango de la barbarie, en el salario insuficiente, en las crisis comerciales, en los sufrimientos de los obreros con motivo de las revoluciones industriales, en las coaliciones, en las sociedades de previsión, y socorros mutuos, en los bancos de crédito popular, en las sociedades cooperativas, en todos estos signos del tiempo, en todas las múltiples manifestaciones de una vida que se extingue y de una vida nueva que aparece».

Sea el que quiera el ideal socialista, del cual nos iremos haciendo cargo en el curso de este libro, comprenda ó no todos los extremos á que Ibarbaro, Amary y Minghetti se refieren, lo cierto, lo positivo, lo que puede asegurarse es que el socialismo, actuando á modo de estimulante, ha despertado á la humanidad, ha cambiado el espíritu de la ciencia económica, ha precipitado la evolución en el sentido de la mejora física y psíquica, material y moral, de las clases más numerosas y que antes se hallaban por bajo del nivel de las otras, ha dado nueva dirección á las tendencias, conducta y propósitos de los Poderes públicos, que, ó ya no se encierran en indiferentismo censurable al que puede aplicarse la fórmula "gobernar lo menos posible", ó se desprenden de los prejuicios que impedían al trabajo caminar desembarazadamente por sus naturales derroteros; sin que en este juicio comprendamos á la repulsiva secta anarquista, más bien clasificable entre las asociaciones criminales que encubren sus verdaderos fines con ideales fingidos.

Por eso aplaudimos el imparcial juicio de M. Luis Reybaud; por eso aceptamos, como las aceptan escritores eminentes y respetables Prelados, muchas de las doctrinas y soluciones socialistas, sin que lamentables sucesos, ni la tempestuosa atmósfera que nos rodea, lleguen á hacernos retroceder, apoderándose de nuestro ánimo el desaliento que el mencionado escritor descubriera en el prefacio del segundo volumen de su obra; y por lo mismo á tales doctrinas y soluciones nos referiremos principalmente en estos estudios: reconoceremos y procuraremos dar á conocer el metal puro que del análisis

resulta, y enseñaremos también las escorias, para que pueda utilizarse el primero y repudiarse éstas donde no puedan con sus miasmas impuros infeccionar la atmósfera.

El socialismo es una de las fases de la trabajosa revolución social que desde los comienzos del siglo viene preparándose, la cual, como todas las revoluciones, antes de consumarse habrá de producir dolorosas convulsiones y no pocas víctimas. Disminuir el número de éstas y hacer menos sensibles aquellas, debe ser el desideratum, la labor á que los hombres pensadores, los gobiernos y en general cuantos se interesan positivamente por el bien de la humanidad, deben consagrarse, procurándose, á fin de conseguirlo, el planteamiento de las reformas apetecidas y justificadas. ¿Cuáles deben ser? Esta es una de las partes, y no de las menos interesantes, del problema, pudiendo servir de guía las palabras del sabio y venerable Pontífice León XIII, los estudios y programas de los socialistas cristianos y de la cátedra, y aun los de los radicales que no siempre se apartan de la verdad, y hasta cierto punto, dentro de límites determinados, los de los mismos economistas clásicos.

Pero pondremos término á estas ligeras consideraciones, que acaso de poco pertinentes se califiquen, cuyo único objeto ha sido el justificar nuestro plan, y la extensión, respecto á varios particulares excesiva, que á la exposición de las doctrinas socialistas damos, y la frecuencia con que acudiremos al apoyo de las opiniones de muy distinguidos escritores. Aun cuando ateniéndonos al título de este libro, debiéramos hacer el estudio de los problemas todos del trabajo, no lo haremos, sin embargo, más que de aquellos que, por decirlo así, conmueven los ánimos, excitan las pasiones, caracterizan las actuales luchas, preocupan á los Poderes, y son de verdadera transcendencia. Tal concepto merecen los que se relacionan con la condición y manera de ser de las clases proletarias y trabajadoras, con la concurrencia industrial y mercantil, con la acción que ejercen las máquinas sobre el trabajo, con el trabajo de la mujer y del niño,

con la duración de la jornada y el descanso dominical, con la retribución del trabajo, con el industrialismo y el capitalismo, con las coaliciones y huelgas, y con la organización general del trabajo. Todos y cada uno de ellos vienen siendo objeto de empeñadísimos debates y han dado lugar, tanto en España como en el extranjero, á conflictos y perturbaciones que revelan la tempestad que se elabora en la atmósfera social. Según las soluciones que se procuren, esa tempestad podrá resolverse en benéfica lluvia que purifique el ambiente y fecundice la tierra, ó en tormenta asoladora que no deje detrás de sí más que ruinas y tristezas. Deber es de todos, y deber imperioso cual ninguno, contribuir á conjurarla y prevenirla. Si ese deber se impone sobre todo á los grandes ingenios, no excusa á los que humildes aspiran tan sólo á seguir sus pasos y apoyar sus conquistas. Tal es la misión de los pequeños, y á realizarla por nuestra parte dedicamos este deficiente estudio.

CAPÍTULO PRIMERO

EL PROLETARIADO

I

Muy repetidamente habremos de aludir en él al *proletariado*, dentro del cual comprendemos como constituyendo su principal elemento á la clase trabajadora, sin que de ella eliminemos alguno de los que constituyen al llamado *quinto Estado*, que comienza á dibujarse, que tiene ya su representación en la Prensa y que á imitación del *cuarto Estado* en la Revolución francesa del siglo último, repitiendo la célebre frase del abate Sieyes, de nada que dice ser, aspira á serlo todo. Esto nos obliga á dedicar algunas páginas al estudio del proletariado, considerándole en general, á fin de precisar claramente el alcance y significación que atribuimos á dicha palabra.

«El proletariado, ha dicho un escritor á quien ni de socialista ni de radical puede tacharse, Mr. Granier de Cassagnac (1), está constituido por esas masas más ó menos considerables de familias y de individuos que hay

(1) *Histoire des classes ouvrières et des classes bourgeoises.*

en todos los pueblos de la Europa moderna y había también en los de la Europa antigua, que ocupan la posición más ínfima, el asiento más bajo de la sociedad; familias é individuos que de ordinario viven del trabajo penoso de sus manos: el salario de la víspera es todo lo que poseen al día siguiente, y la propiedad individual, cuando llega á ellos, es para los mismos, más que la regla, la excepción. Estos individuos, que no son propietarios territoriales, ni lo han sido nunca; y á los que no se puede prometer que lo serán un día; estos hombres pobres, sin fortuna amontonada de padres á hijos, y para los cuales todas las tradiciones domésticas se reducen á la necesidad de ganar el pan de cada día, estos hombres son los proletarios, y la condición á que pertenecen es el proletariado.»

Con efecto, en el sentido vulgar, en el gramatical, en el sociológico y en el de la ciencia económica, el concepto de proletariado va unido al de pobreza, á la falta absoluta de bienes, á la necesidad de ganarse el sustento con el trabajo material, á la penuria del presente, á la incertidumbre del porvenir. Por eso equivocadamente comprenden en él algunos escritores á cuantos carecen de bienes, cualquiera que sea la ocupación que tengan, la profesión que ejerzan, aunque cifren su subsistencia en el trabajo intelectual, en el cultivo de las ciencias, de las letras y de las bellas artes. Estos podrán ser pobres, contraponiendo la pobreza, que puede abarcar desde la miseria hasta el bienestar relativo, á la riqueza, á la posesión de una mayor ó menor suma de bienes; pero nunca serán proletarios, nunca con fundamento podrán incluirse en el proletariado, que, como dice con toda exactitud M. Cassagnac, exige como condiciones precisas, falta de bienes, trabajo material, y un porvenir incierto.

Pobre lo es el poeta cuyos únicos recursos lo sean los inciertos y con frecuencia escasos que su inspiración le procura, pero nunca se le calificará de proletario; pobre lo será el abogado que no posea más propiedad que la de su título, y no haya tenido la habilidad de conquis-

tar un puesto en el foro, ó influencia para sentarse bajo el dosel de la justicia histórica, pero jamás se le llamará proletario; pobre también el empleado con humilde y precario sueldo, pero aunque á él se acerque no será proletario; pobre también el labrador que cultiva reducidísimo terreno propio, pobre el industrial que posea las no costosas herramientas y escasos recursos que constituyen un taller del trabajo doméstico, mas ni el uno ni el otro serán proletarios porque poseen bienes, porque están atendidos á algo más que á su trabajo material. Así es que entendemos no va descaminado M. Cas-sagnac cuando completando su pensamiento clasifica los proletarios en: «1.º los ladrones; 2.º los mendigos; 3.º las prostitutas, y 4.º los obreros; porque, añade, un obrero es un proletario que trabaja y gana un salario para vivir, un mendigo es un proletario que no puede ó no quiere trabajar y mendiga para vivir, un ladrón es un proletario que no quiere trabajar ni mendigar, y que roba para vivir, y una prostituta es un proletario que no quiere trabajar, ni mendigar, ni robar, y que se prostituye para vivir».

De modo, que en los diversos elementos constitutivos del verdadero proletariado, hay una especie de gradación que se relaciona con la moralidad y dignidad del individuo, desde el obrero que trabaja, se afana, ejercita sus fuerzas físicas, lucha con las adversidades, se expone á los peligros, y se arriesga en faenas que dañan su salud ó comprometen su vida, para procurarse el sustento y atender al de su familia; héroe humilde, mártir del deber y de la necesidad, más grande y digno de admiración que la mayor parte de los que por sus proezas guerreras colocan los pueblos sobre el pedestal de la gloria; hasta el ladrón, más envilecido que el mendigo válido, más abyecto que la prostituta por vicio, que busca, no la mera subsistencia, sino la satisfacción de goces y placeres, en el apoderamiento malicioso de los ahorros y bienes ajenos; gradación que comienza con la laboriosidad, la honradez y aun la virtud, y concluye en el crimen, y que lo mismo la ciencia econó-

mica, que la sociológica, que los jurisconsultos, legisladores y estadistas, no debieran perder de vista.

Confirma en su esencia el juicio que acabamos de emitir, acerca del verdadero concepto del proletariado, uno de los escritores contemporáneos de más justificado renombre, M. Block, quien en el «*Diccionario de la política*» define al proletario diciendo ser «el individuo que *no posee bienes inmuebles*, ni tiene otros medios de subsistencia que su *trabajo manual retribuido por un salario*, ordinariamente cotidiano, cuya medida está restringida al valor de los objetos que en una sociedad determinada y en cierto tiempo, representa lo estrictamente necesario, en cuya virtud todo capital producido por el ahorro hace pasar al proletario, de esta condición á la de propietario».

II

El proletariado responde á muy diversas causas, económicas las unas, político-sociales las otras, de las cuales extensamente nos hemos ocupado en otro libro (1), y á las que en éste más de una vez habremos de hacer referencia; causas tanto subjetivas como objetivas, respecto de las que, si bien relacionándolas con la pobreza, manifiesta un notable publicista, resuelto defensor de los principios de la *escuela individualista*, M. Paul Leroy Beaulieu (2), que «pueden clasificarse en cuatro categorías: las que tan sólo provienen de la naturaleza, las que dependen de ciertas circunstancias sociales, las que se refieren á los padres ó antecesores del proletario, y, en fin, las que en este mismo, ó en el pobre, residen».

(1) *El socialismo y el anarquismo en sus relaciones con la criminalidad*: Parte 1.^a

(2) *L'Etat moderne et ses fonctions*.

Algunos escritores designan á las *manumisiones* colectivas de los esclavos, en masas más ó menos grandes, realizadas bajo la influencia humanitaria del cristianismo, como el origen del proletariado, al que comparan con un río que «tiene una fuente principal y originaria, y varios afluentes». La especialidad de la teoría de M. Granier de Cassagnac acerca de este particular, y á la que da las apariencias de verosimilitud, gracias á su ilustración é ingenio, nos induce á transcribir sus palabras, prefiriéndolo á otros publicistas de nuestros días.

Según él, «la causa primaria, general, universal, absoluta, del proletariado en todos los países, es la emancipación de los esclavos, pues éste, y sus cuatro subdivisiones, esto es, los obreros (ó lo que es lo mismo, los mercenarios), los mendigos, los ladrones y las mujeres públicas, no existían en los países de esclavos, mientras no hubo un principio de emancipación», y afirma no ser difícil el comprender «que la necesidad de alimentarse y de vestirse, que la necesidad de vivir, en una palabra, siendo el móvil que determina al mercenario á trabajar, al pobre á mendigar, al ladrón á robar, á la mujer de la vida alegre á prostituirse, y á unos y á otros á hacer lo que hacen con la mira de una ganancia, no podrían existir estas cuatro condiciones bajo el régimen de la esclavitud, en el cual todo el mundo tiene necesariamente lo preciso; el amo por el mero hecho de ser amo, el esclavo por el mero hecho de ser esclavo; por tal causa no hay ni mercenarios, ni mendigos, ni ladrones, ni mujeres públicas».

Afirma, pues, en el anterior pasaje, para sacar la consecuencia de que el proletariado nació con las grandes emancipaciones de esclavos, que en las sociedades que muy bien pueden decirse esclavistas, no se han conocido las cuatro clases repetidamente mencionadas, porque la existencia, goces y placeres de los propietarios, de los ricos, estaban asegurados, y con la esclavitud lo estaba también la satisfacción de las necesidades fisiológicas de los sometidos á ella, y si hoy existen tales estados es por la precisión en que se hallan cuantos no poseen bienes,

ó de trabajar manualmente, ó de pordiosear, ó de atentar á la propiedad ajena, ó de vender su pudor y prostituir su cuerpo.

La inexactitud de tales afirmaciones se descubre á poco que se registre la historia, y el mismo Cassagnac, en el desarrollo de su obra, se encarga de demostrarlo, rectificando en no poco los fundamentos de su teoría, pues con abundantes datos, muy dignos de meditado estudio, patentiza que existían en el mundo antiguo, á más de los esclavos, extensas organizaciones de obreros reunidos en corporaciones de oficios, minuciosamente reglamentadas, numerosas clases de trabajadores manuales, verdaderos mercenarios, á los que fueron sumándose los libertos, los emancipados por el influjo del cristianismo, constituyendo primeramente la *plebe*, y después esa gran masa de la población, cuya única propiedad son sus brazos, y que andando los siglos, adquirida mayor importancia, llegó á constituir el *tercer Estado*, cuyo asiento estaba en las ciudades, pues en los campos subsistió por más tiempo la servidumbre; *tercer Estado* del que se desprendieron los elementos que no pudieron alcanzar la posesión de bienes, y que hoy constituyen las clases proletarias.

Demuestra también el desarrollo que alcanzaron los bandolerismos terrestre y marítimo, contra los cuales, y especialmente contra el último, tuvieron que emplear los romanos poderosas flotas y verdaderos ejércitos. Presenta, por último, un cuadro bastante detallado, de la prostitución en los pueblos orientales, que implantaron la religiosa, del desarrollo que alcanzó en Grecia y Roma, en la última de las cuales fué tal, que, á pesar de ciertos extravíos de la Edad media, y de los escándalos que caracterizan lo época de Luis XV, no alcanzó después, digan lo que digan los que tanto declaman contra la inmoralidad de nuestros tiempos.

Asimismo aduce consideraciones apoyadas en hechos significativos, de los que resulta la existencia en aquellas apartadas edades, de mendigos que se extendían por las campiñas más que por las ciudades; plaga cuyo

posterior acrecentamiento no puede negarse, y con la que son de enlazar los numerosos proletarios que bajo los pórticos de los suntuosos palacios de los patricios y de los plebeyos enriquecidos, recogían en la *espátula* los socorros, verdadera limosna que les distribuían diariamente, como se distribuyó la *sopa boba* ó *gazofia* en las puertas de los conventos.

Verdad es que para cohonestar la contradicción que aparece entre sus primeras afirmaciones y la fuerza y significación de los hechos que con tanto cuidado acumula, manifiesta seguidamente que aun cuando existieran los cuatro elementos constituyentes del proletariado, eran más bien esclavos ó libertos quienes les constituían, y muy pocos los individuos ó proletarios libres, siendo desconocidos los ladrones que hoy pululan en las poblaciones, ó no considerándose como denigrante tal ocupación, y habiendo también muy pocas meretrices libres. Pero ni aun con estas atenuaciones puede admitirse su idea, su teoría. Los obreros libres, ingenuos, eran numerosos, constituían clases extensas y claramente diseñadas, y muchos de ellos no formaban parte de las corporaciones ó colegios: los mendigos no eran exclusivamente libertos: libres, y aun ingenuas, y no poco consideradas, fueron también varias cortesanas cuyos nombres ha transmitido la historia, y muchas mujeres públicas que produjeron una de las más dolorosas y profundas úlceras que corroyeron el mundo romano, en el que la disipación, fortalecida por el repudio, no respetó ni el hogar santificado por los dioses Lares: de la multiplicación de los ladrones profesionales dan bastante idea los códigos, sin excluir el primitivo de las *Doce Tablas*, algunas indicaciones de filósofos y jurisconsultos, algunos pasajes de sus inmortales historiadores, y las creaciones de sus poetas.

De consiguiente, habiendo existido como existieron, antes del cristianismo, y mucho tiempo antes de que tuvieran lugar las grandes emancipaciones, todos cuantos elementos forman el proletariado moderno, es indudable que su nacimiento, su origen, no puede fijarse en

aquella fecha, ni hacerse derivar de tal causa. Siempre, hasta en las civilizaciones primitivas, hubo numerosas familias é individuos cuya subsistencia dependía del producto más ó menos elevado y seguro de su trabajo material; siempre hubo otros muchos, aun cuando no tan numerosos, que vivían de la limosna; siempre quienes, ó se encenagaban en el vicio, ó se entregaban habitualmente al robo; pues sociedades sin trabajadores, sin mendigos, sin meretrices y sin ladrones, no han existido en otra parte que en la imaginación de los soñadores y de los poetas: una sociedad sin estas cuatro clases, sería una sociedad paradisiaca; y la antigüedad, como es bien sabido, no tenía nada de paraíso.

III

Lo que sí es cierto, lo que con fundamento no puede negarse, lo que pone de manifiesto la historia, es que el proletariado tomó nuevas formas, adquirió inmenso desarrollo, con la abolición, más gradual que simultánea, más usual que legal, de la esclavitud, de la anti-natural sujeción del hombre al hombre, con la transformación de millones de trabajadores esclavos en obreros, esto es, en trabajadores libres, dentro del recinto de las ciudades, pues los campesinos, que pasaron primero por la servidumbre, afectos, adheridos á la gleba, y por el vasallaje feudal, fueron emancipándose más lentamente, con la multiplicación de verdaderas tribus de vagabundos, con el cambio, hasta cierto punto radical, en las condiciones del trabajo, acentuándose desde entonces el malestar de la inmensa mayoría del pueblo, de los que vivían en las ciudades, de los que se dedicaban á los oficios, de los que no estaban agregados al servicio inmediato de los señores, de los que ya habían conseguido emanciparse de la esclavitud denominada del terruño.

La historia del proletariado, que ha sido objeto de perseverantes investigaciones y notables estudios, de parte

de los historiadores, sociólogos, economistas, y aun de los jurisconsultos por su conexión íntima con la del derecho, constituye una de las más interesantes secciones de la historia de la humanidad. Ella marca el no interrumpido desenvolvimiento de la civilización, revela los esfuerzos hechos por las distintas sociedades en todas las épocas, aun en las que de bárbaras se califican, para perfeccionarse, señala las etapas recorridas en la vía del progreso, menciona las titánicas luchas, verdaderamente legendarias, dignas de la lira de un Homero, de un Tasso, de un Dante, de un Ercilla, de las clases oprimidas para sacudir el yugo á que las tenían sujetas, para ir conquistando sus derechos, para completar su emancipación, refiere las vejaciones, oprobios, arbitrariedades, injusticias, humillaciones, despojos y atentados de toda especie, que hacían de la vida del pueblo una vida de dolores, un calvario de siglos, que, aunque suavizado, hecho mucho menos terrible, todavía continúa, y pone también de relieve las grandes conquistas debidas al pueblo. Es una historia escrita con la sangre y las lágrimas de cientos de generaciones.

Con razón ha dicho un escritor que en la Edad media la ociosidad era privilegio de la nobleza, es decir, de la que á sí propia se tenía por raza superior, y el trabajo un deber, una obligación de la raza inferior, y que «el señor que vivía á expensas de su fortuna feudal ó de su espada, trataba al trabajador productor con el mismo desprecio que el blanco siente por el Bogaesmán»; con razón escribió La Bruyere, pintando la condición de los aldeanos en su época, que se veían de vez en cuando «algunos animales feroces, hembras y machos, negros, lívidos, tostados por el sol, apegados á la tierra que cavan y remueven con invencible terquedad, que tienen algo semejante á voz articulada, y cuando se ponen de pie enseñan un rostro humano, y efectivamente son hombres, que por la noche se retiran á cubiles donde se alimentan con pan negro, agua y raíces, ahorrando á los demás hombres la fatiga de sembrar, labrar y recolectar para vivir»; con razón dos notables antropólogos

trazan sombrío cuadro de las gabelas que sobre las clases proletarias pesaban, y como muestra de las de Francia dicen que «antes de la revolución el peso de los tributos era enorme, pues en la parte de Tolosa un jornalero que cobraba diez sueldos de salario, debía pagar ocho, nueve y diez francos de capitación, en Borgoña un peón de albañil que no poseyera nada, era clasificado en diez y ocho ó veinte francos, en el Limosín todas las ganancias que los albañiles hacían en el invierno, no les servían sino para pagar el impuesto, en Bretaña las nueve décimas partes de los artesanos apenas llegaban á tener, al finalizar el año, un escudo libre de deudas, y éste les era cogido para el pago de la capitación (1).»

Situación semejante continuó sin mejora sensible, hecha más dolorosa por la contemplación de los gastos, el lujo y los derroches de los poderosos, hasta los albores mismos de la revolución, contribuyendo á agravarla los privilegios y exenciones de impuestos, que favorecían precisamente á los que menos lo necesitaban, los monopolios, la venta de los oficios y aun del derecho de trabajar, las trabas mercantiles é industriales, las correrías de los mercenarios que vivían sobre el país, y las vinculaciones y manos muertas que absorbían la propiedad. La revolución fué el noble y grande movimiento del proletariado. De ella data su verdadera emancipación. Sus esfuerzos de hoy no son ya dirigidos á la conquista de derechos políticos que poseen: se encaminan á que la vida económica se regule por sus leyes naturales, á que á la emancipación del ciudadano suceda la emancipación del trabajador á quien el capital, que es el trabajo de ayer, oprime, debiendo ser como dos hermanos que de un mismo padre provienen y un fin idéntico persiguen, y á quien el patrono, por lo regular, explota. Sólo consiguiendo esto cree poner término á su condi-

(1) Lombroso y Laschi: *I delitti politici*.

ción desgraciada. ¿Qué medios considera atinentes al efecto? ¿qué reformas pretende? ¿qué pasos ha dado para conseguirlo? ¿qué obstáculos ha encontrado en su marcha? ¿qué adversarios le han combatido y qué defensores le han ayudado en su faena? He aquí lo que confiamos esclarecer con nuestro estudio, del que este capítulo es preliminar indispensable.

CAPÍTULO II

CONDICIÓN ACTUAL DE LAS CLASES TRABAJADORAS

I

Es incuestionable que la manera de ser actual, ó la condición de los proletarios, ha mejorado considerablemente desde principios del siglo; pero no es menos cierto que á la par el proletariado ha ascendido hasta penetrar en la llamada clase media, alcanzando alarmante desarrollo, pues si el campo de la miseria *absoluta*, de la que toca con el hambre y la desnudez, productora en otros tiempos de repetidas é inmensas hecatombes, va reduciéndose, aunque por algunos escritores pesimistas se sostenga lo contrario, en cambio el bienestar *relativo*, seguro, por más que tocaba con la escasez, que hacía tolerable la existencia de bastantes individuos de la que hoy con notoria impropiedad denominan *burguesía* varias sectas del socialismo radical, va haciéndose menos cierto, afectándolo mayor número de contingencias adversas, y, por lo tanto, más problemático. En ello hay casi absoluta conformidad entre los economistas y los socialistas, si bien en este, como en otros particulares, relacionados con las cuestiones ó problemas económico-sociales, se descubre también la diversidad de tenden-

cias y criterios de unos y otros; discrepancia más claramente puesta de manifiesto al apreciar la situación de la clase trabajadora.

El proletario moderno es, á juicio de Max Nordan, escritor socialista que llega á las soluciones más extremas, «más miserable que lo era el esclavo de la antigüedad, pues no está alimentado por un amo, y si tiene sobre aquél la ventaja de la libertad, debe confesarse que tiene, sobre todo, la libertad de morirse de hambre»; y añade que «la gran masa del proletariado en los pueblos civilizados pasa su miserable vida en condiciones tales, que á ella no se halla sometido ninguno de los animales libres del desierto (1)». MM. Emilio Girardin, Alfonso Lamartine, Julio Simón, y otros varios eminentes publicistas, cuyas ideas económicas, políticas y sociales, inspiradas en el principio individualista, son de todos conocidas, emiten juicios que se aproximan bastante al anterior, conforme tendremos ocasión de demostrar.

Los socialistas, sin excepción alguna, se caracterizan por el pesimismo con que aprecian la situación de las clases proletarias; pesimismo que, sobre todo, acentúan al referirse á los trabajadores por los que, con bastante razón, tanto se interesan. Pero en contraposición á sus ennegrecidas pinturas, manifiestan, llenos de fe, elevándose los unos á la región de las ilusiones, de las quimeras y de los ensueños, procurando los otros adaptar sus ideas á las realidades de la vida, su convencimiento íntimo de que concluirán los males, de que la lucha por la existencia llegará á desprenderse de sus formas terribles y funestas á la generalidad de los que la libran sin medios suficientes para sostenerla con mejor resultado, y de que el hombre podrá cumplir su elevado destino sin pasar como ahora por el doloroso calvario que señala todos sus pasos en la vida.

Impulsados por esta consoladora creencia, y persua-

(1) *Las mentiras convencionales de la sociedad.*

didos de que, para poder alcanzar esa era de felicidad, se hace preciso que á la organización social de hoy suceda otra libre de sus vicios, descartada de perjudiciales organismos, depurada de vicios reminiscencia de edades ignorantes, sin instituciones envejecidas, sin creencias erróneas y sin preocupaciones absurdas, han trazado, con mayor ó menor ingenio, el plan minucioso y lleno de consideraciones científicas, de las transformaciones que, comenzando por la vida individual y concluyendo por la general de la sociedad, han de realizarse, y de las organizaciones que han de sustituir á las que desde los primitivos siglos vienen imperando y demostrando su impotencia para realizar el bien.

Entre esos reformadores, por más que si se atiende al carácter de sus obras que tanta relación tienen con el *Humanitarismo* de M. Pedro Leroux, tal vez debería comprendérsele entre los filósofos no alejados del *sensualismo*, no podemos menos de mencionar, toda vez que sus palabras son fiel trasunto de la opinión más general acerca del proletariado, á M. Juan Reynaud, distinguido colaborador de aquél en la *«Revue Encyclopedique»* y autor del conocido libro *«Terre et ciel»*, que en el año 1854 vió por primera vez la luz pública. Monsieur Reynaud, lo mismo que los socialistas, presenta á la sociedad como dividida en dos clases perfectamente distintas: la una numerosa y la otra más reducida; la una sufriendo todas las cargas y agobiada por toda especie de males, y la otra saciándose en los goces de que disfruta á costa de los esfuerzos y los sufrimientos de la primera; la una «mal alojada, mal vestida, mal alimentada, careciendo de aquellos descansos de que precisaria para desenvolver su vida intelectual», y la otra casi por completo entregada al descanso, al ocio, al *dolce far niente*, y alguna parte de ella, la mínima, al cultivo del espíritu.

En esta descripción y crítica, que hemos procurado resumir en breves líneas, ha de reconocerse que el *humanitarista* Reynaud no se aparta mucho de la realidad. Las dos clases existen, y aun cuando los comprendidos

en la primera pueden pasar, y con efecto pasan, á la segunda, no es muy fácil ni frecuente que así suceda, por la necesidad en que se halla la inmensa mayoría de sus individuos de casi aniquilarse con un trabajo abrumador para poder vivir, por lo deficiente de la retribución de este trabajo, y por lo problemático del ahorro ante tal deficiencia. La segunda clase pasa con mayor facilidad á la contraria, por la falta de hábitos de trabajo, por la multiplicación de sus goces que precisan de gastos excesivos, y por la imprevisión de consumir en ellos sus capitales. A consecuencia de este movimiento, crece y aumenta sus huestes el proletariado.

Semejante antagonismo en la manera de ser y de vivir, es una de las causas que más contribuyen á la desviación ó alejamiento de unas clases de las otras, á que vaya aumentando la rivalidad entre *proletarios* y *burgueses*, y á que esta rivalidad, no pocas veces traducida en actos violentos, antijurídicos, que la previsión legislativa, más que la gubernamental, debiera combatir en sus motivos determinantes, origina cada día las mayores perturbaciones que tanto contribuyen al malestar y á la intranquilidad de los pueblos.

A medida que el proletariado crece, su situación se empeora. Si experimenta con menor intensidad que en otras épocas los desastrosos efectos de la necesidad absoluta, en cambio sufre más por las necesidades relativas, exacerbadas por la comparación entre las escaseces que le hacen padecer no poco, y las manifestaciones del lujo que tanto se exhibe. Es indudable que sus padecimientos materiales han disminuído, pero sus padecimientos morales son tan agudos cuanto profundos. «¿Sucederá siempre así? se pregunta M. Reynaud. No, contesta, porque el hombre tiene su fuerza intelectual por la cual pone á su disposición parte de las fuerzas naturales para sujetar á las otras; puede suceder que neutralice las que le presentan obstáculos, proporcionándose la humanidad cada vez mayor bienestar.» «Mas á pesar de ello, prosigue diciendo, el trabajo existirá siempre en nuestro siglo», y como el trabajo constituye una fatiga,

no podrá esperarse una felicidad absoluta, reservada «á las sociedades superiores, de que disfrutaremos más allá de nuestro pequeño planeta, pero sí se disfrutará de una felicidad relativa que hará olvidar las desdichas actuales».

Tal es la conclusión del *humanitario* Reynaud, muy distinta de la engañosa del *colectivismo-anarquista*, quien después de planteado su extravagante sistema, con el cual podrá obrar libremente la *buena naturaleza humana*, hace esperar una sociedad completamente feliz; muy distinta de las doctrinas *colectivistas puras*, que, convirtiendo el *deber de trabajar en derecho al trabajo*, y compeliendo coactivamente á todos sin excepción á ejercitar este derecho, cambiando su naturaleza, y encomendando á la colectividad el cuidado de atender á las necesidades individuales, suprime el proletariado, suprime las clases, suprime el malestar; muy distinta de la soñada por Fouvier, que hace al trabajo *atractivo*, que multiplica y universaliza los goces, que sujeta las dolencias físicas, y no contento con todo esto, anheloso de convertir las espinas de la tierra en flores primaverales, transforma las fuerzas naturales para que hasta los meteoros, los elementos y los mundos todos, vengán á embellecer la morada del hombre; muy distinta, en fin, de cuantas elucubraciones, ya sensatas y racionales, ya caprichosas, absurdas y perturbadoras, forman el gran libro de las reformas sociales. Tiene razón monsieur Reynaud: el trabajo existirá siempre, sin constituir un placer; las clases sociales no desaparecerán nunca; habrá constantemente un proletariado; pero la inteligencia humana, cuyo poder es inmenso, ayudada por el corazón, por el sentimiento de la fraternidad, por el verdadero *altruismo*, dulcificará su suerte: el mundo no será un paraíso, pero será una morada con menos sufrimientos, en la que hasta el más humilde podrá cultivar su inteligencia, desarrollar su vida moral, perfeccionarse y cumplir los elevados fines que hoy, por las causas de que nos ocuparemos, no puede realizar por completo.

II

Uno de nuestros más eminentes hombres públicos y de nuestros más distinguidos publicistas, campeón resuelto y esforzado de las ideas democráticas y de las doctrinas económicas basadas en el individualismo, nuestro respetable amigo el señor Moret y Prendergast, con cuya opinión en el particular que nos ocupa sentimos no hallarnos en un todo conformes; y decimos en *un todo* porque si en su mayor parte reconocemos la exactitud de sus consideraciones, tan elocuentemente expresadas, no la encontramos de igual modo en la rápida descripción que hace de la condición ó manera de ser del proletario, del trabajador de nuestros días; el señor Moret manifestaba en notabilísimo y arrebatador discurso, que siempre será leído con placer y provecho, que antes la casa de los obreros era "una pobre mezuquina vivienda, falta de luz y de aire, donde sus individuos, hacinados, pasaban sus tristes días peor que los animales en el establo; su inteligencia, falta de instrucción, no podía abrirse nunca á la luz de la ciencia, y su corazón no podía exhalar una queja, porque no había quien le escuchase ni le oyese; apenas disponía de unos pocos harapos con que cubrir su desnudez, de un poco de negro pan de maíz para acallar su hambre; á cada instante alzabase ante su vista el castillo del opulento señor, ó la lujosa comitiva que cubierta de recamadas telas ó brillantes armas, desfilaba ante su morada, cubriendo de polvo su cuerpo y de desprecio su alma; apegado á su aldea, apenas sabía lo que era de sus hijos que partían para la guerra, ó vivían en el país vecino, y todavía, por si le fuese agradable aquella vida de disgustos y de miseria, se veía á cada momento amenazado por la epidemia ó por la guerra, sin que encontrase ni un auxilio contra la muerte, ni un amparo contra la tiranía.

»Hoy, continuaba diciendo, la casa del obrero es semejante á la del rico; el papel adorna las paredes y la luz penetra al través de transparente cristal, que sorprendería á un príncipe de otras épocas; la industria ha puesto á su disposición multitud de productos de todo género, y con ellos viste su cuerpo de un traje que en el exterior nada se diferencia del que poseen las otras clases, y en el interior le ofrece garantía contra la enfermedad, y facilidad de aseo; si quiere trasladarse de un puesto á otro, la locomotora le espera para realizar su deseo con pasmosa prontitud; si sus hijos se marchan de su lado, un mensajero misterioso le traerá todos los días su cariño y su recuerdo encerrados en un pequeño pedazo de papel; la civilización le ofrece escuelas donde aprender, libros baratos que leer, y hace que brille á sus ojos la luz de la ciencia, que ilumina su razón...»

El anterior magnífico cuadro, cuya belleza supera á la realidad, ofrece una parte que ciertamente retrata la vida del obrero ayer y hoy, muy principalmente la que se refiere á su condición aflictiva, no ya en el período tan calamitoso de la Edad media, durante el cual, ó gemía bajo el yugo de la servidumbre, ó arrastraba los eslabones de la recientemente quebrada cadena, siendo extremada su miseria, y casi cotidianas las hambres, y agobiadoras las faenas, teniendo por insaciables amos, al señor que le amenazaba desde el castillo roquero y cuya trompa de caza le llenaba de duelo, al abad que se ocultaba en almenado palacio, al colector que le cercenaba el alimento, al preboste que arbitrariamente le hacía objeto de toda clase de atropellos, al mesnadero que hasta le robaba su escasa comida, y al mismo rey, cuya presencia, que pocas veces auguraba bienes, dió lugar al conocido dicho de *Rey tengamos, pero no le veamos*; no ya en esta época de recordación triste, sino en tiempos más cercanos á nosotros, cuando comenzaban á percibirse cada vez más próximos los sordos rumores de la tempestad preparada por los grandes filósofos del siglo XVIII, y señaladamente por los enciclopedistas.

Pero al mismo tiempo ofrece también otra parte en la

cual campea la imaginación, y se traslucen los arranques de una alma entusiasta, á expensas de la realidad, cual lo es la en que nuestro sabio y distinguido amigo, comparando el presente con el pasado, hace ver en el trabajador de hoy, ó más bien en su situación actual, lo que si respecto de los más venturosos, que son los menos, puede ser, y es efectivamente cierto, de ningún modo puede aplicarse á la generalidad de los que forman en el inmenso ejército del trabajo, á quienes muy pocas veces llegan esas inapreciables conquistas de la civilización, que con tan brillante colorido ha pintado. Las clases acomodadas son las que las disfrutan; el proletario puede decir con el poeta: «¡Ojalá que fuera una verdad tanta belleza!»

El Sr. Moret, como Dameth, Baudrillart, Bastiat, Say, Madrazo, Gabriel Rodríguez, Carreras y González, y en general, como todos los economistas-individualistas, que rinden culto, tal vez exagerado, conforme claramente se manifiesta en M. Leroy Beaulieu, al principio de la libertad absoluta en las cuestiones económico-sociales, y en la resolución de los trascendentales problemas que entrañan, es demasiado optimista, casi soñador; ha escudriñado en toda su amplitud la superficie, pero no ha descendido á las profundidades donde se manifiesta tal cual es, en sus intimidades y en sus realidades tristes, la vida de esos millones de familias á las que casi nunca llegan esos goces que con tanta elocuencia describe.

Se refiere á la situación de las clases trabajadoras, situación angustiosa, la compara con la de sus predecesores, y de semejante comparación, cual no podía menos de suceder, pues el progreso y los adelantos de todas clases es evidente, palpable, deduce que el bienestar llega á las últimas capas sociales, que las quejas que exhalan, y los gritos que el dolor les arranca, son en mucho injustificables, producto más bien del apasionamiento, y de inspiraciones extrañas. Y, sin embargo, fácil es demostrar lo contrario.

El trabajador de hoy, el que se gasta y aniquila lo

mismo en las profundidades de las minas, que entre las paredes del taller, que al pie de los telares, que cavando las viñas, ó descuajando los bosques, ó guardando los ganados en las pantanosas llanuras y en la soledad de los campos, ó surcando los mares para cambiar los productos de los pueblos, aun prescindiendo de los sufrimientos morales que le produce lo incierto y tenebroso de su porvenir, en el cual, contra lo que suele creerse, ó decirse aunque no se crea, piensa de continuo, sufre tales angustias, están sometido á tantos infortunios, padece con tanta frecuencia los horrores de la miseria, que cuantos con amor é interés han estudiado su existencia, no han podido menos de reconocer y confesar, que si los progresos de la civilización y las conquistas del saber humano le han favorecido, no ha sido tanto como fuera de desear y viene pregonándose.

Sus casas son, en las aldeas, nauseabundas, estrechas é insanas zahurdas, á veces cuevas socavadas en las laderas de los cerros, y en las ciudades, desamparadas guardillas donde apenas se puede andar sin tener que encorvarse, unidas las unas á las otras, sin más ventilación y luz que las que penetran por las grietas de las paredes y las rendijas del tejado, viviendas con todo, mejores que los sótanos húmedos y repugnantes en que no pocas familias se amontonan. Sus trajes, si alguna vez no se diferencian de los usados por las otras clases hijas predilectas de la fortuna, es porque son los desechos de éstas, adquiridos á bajo precio en las prederías, ó cuando más de las que las apariencias ocultan la realidad. Sus alimentos los constituyen los rechazados por los demás, ó sustancias nada favorables á la salud, y rara vez lo suficientemente nutritivas y abundantes para con ellas reparar las fuerzas que tanto gasta en penoso trabajo. Su instrucción, si es que puede recibir alguna, pues todavía en la generalidad de los países, y entre ellos en el nuestro, es sumido el niño desde los primeros años en el taller ó en la fábrica, no pasa por lo regular de las primeras letras. Sus medios de traslación de unos á otros puntos, continúan siendo para las distancias

cortas los más primitivos, y para las más largas, cuando la falta completa de recursos no les impide que los utilicen, los incómodos coches de tercera en los ferrocarriles. Sus recreos, el descanso y la taberna, en Cataluña el café que con tanta ventaja sustituye á ésta; el descanso al calor del sol en el invierno, á la sombra de algún árbol, barranco ó edificio, en el verano; la taberna, que pervierte sus sentimientos, perturba su inteligencia, y, lentamente, les envenena, pero que les hace olvidar las penalidades de esa vida que de nadie es envidiada.

La contemplación de la que otros disfrutan, lejos de serles grato, aumenta sus pesares, y las notorias comodidades que, no las aldeas ni los pueblos pequeños, sino las grandes ciudades proporcionan, y algunos otros beneficios cuya enumeración es inútil, son los únicos resultados de la civilización que llegan á ellos. Si alguna vez cae en sus manos el bellissimo discurso del Sr. Moret, y leen las páginas que á los proletarios en general, y á los trabajadores en particular, dedica, y que sentimos no poder transcribir en su totalidad, creerán acaso que en ellas se describe la situación que podrán alcanzar cuando se realicen las reformas factibles á que aspiran, y acaso algunos de ellos las tendrán por fina sátira del actual régimen económico-social.

III

Nosotros, menos optimistas, pero tampoco entregados á ese pesimismo que todo lo ve sombrío, entendemos que la condición de las clases trabajadoras ha mejorado considerablemente desde principios del siglo, aunque no tanto como podría esperarse. Para persuadirse de ello, basta fijar la atención en la manera de ser de aquellos que por las adversas circunstancias y condiciones que caracterizan el trabajo á que se dedican, por la escasa retribución que éste obtiene, por la frecuencia de las épocas que de él carecen, por la fatal concurrencia que

entre sí se hacen, toda vez que casi siempre son más los que piden ocupación que los que la consiguen; esto es, los meros jornaleros, braceros ó peones, sea de las ciudades, sea del campo, que tocan con la miseria, ó más bien, pasan la vida constantemente azotados por ella, sin esperanza de mejora, y compararla con la de los trabajadores en general en todos los periodos de la historia, tal como la describen cuantos historiadores no se han limitado á referir las guerras, los hechos de los reyes, las hazañas y proezas de los grandes, las conquistas de los pueblos, los sucesos más trascendentales ocurridos, y otros sucesos de relativa importancia.

Con todo, no faltan distinguidos socialistas, aun los científicos, los gubernamentales y los católicos, que profesan y sostienen doctrinas y opiniones radicalmente contrarias. Al optimismo extremado de los economistas clásicos, del que nos ha ofrecido un ejemplo el señor Moret, contraponen un pesimismo no menos exagerado. Los unos necesitan demostrar con hechos positivos la eficacia del principio fundamental de su escuela, para poder inducir de ellos que sus ideas, como basadas, á su juicio en leyes naturales, son las únicas que conducir pueden al mejoramiento completo de la vida social é individual, sin necesidad de cambiar más ó menos esencialmente las bases, instituciones y organismos de aquélla. Los otros, que se apoyan más en los resultados del procedimiento inductivo-deductivo, en la observación y apreciación de los hechos, intentan á su vez evidenciar no ya la ineficacia, sino más bien el resultado adverso de esos principios, instituciones, organismos, y de las llamadas leyes naturales, para hacer sentir la conveniencia de que desaparezcan ó se modifiquen en su mayor parte, realizándose su transformación. De aquí que en los cuadros pintados por los economistas todo sea luz, todo flores, y en los debidos á los socialistas, todo sombras y abrojos. Tanto en los de los unos como en los de los otros faltan ese claro-oscuro, esa suavidad de matices, esa agradable armonía, que, por reproducir la realidad, aunque idealizándola, cautivan el ánimo,

impresionan agradablemente al corazón, y revelan el verdadero mérito. Veamos, en confirmación de nuestras afirmaciones lo que han dicho algunos socialistas que no militan en el radicalismo.

En una conferencia dada en Ginebra el 12 de marzo de 1889 sobre *«El peligro social»*, decía Teodoro de la Rive, que Europa «se había conmovido ante la idea de la esclavitud africana, procurando ponerla toda clase de obstáculos, y sin embargo Europa está como África llena de esclavos, porque nosotros tenemos la esclavitud del trabajo, de los talleres y de las fábricas, y tenemos además los esclavos de la necesidad, de los placeres y de las exigencias». De modo que para el ilustre miembro de famosa asociación cristiana, la esclavitud con todos sus horrores é iniquidades, no ha desaparecido de la culta Europa; ha cambiado tan sólo de nombre y de forma; sigue siendo la misma en su esencia: no se ha hecho más que sustituirla con otra más hipócrita, más condenable, puesto que se la encubre con las apariencias de la libertad.

A su vez otro socialista de la misma escuela, el conde de Mun, exclama: «Oigo decir á menudo que la condición de los trabajadores es mejor que antes. No soy, en modo alguno, de esta opinión, porque hay un mal, propio tan sólo de nuestro tiempo, y que procede de la revolución, un mal que deriva á la vez del desprecio á la ley divina, y del desenfreno de la libertad absoluta. Lo que hoy existe no es ya la pobreza, sino el pauperismo, es decir, el estado precario de una multitud de obreros, reducidos de un día á otro á la miseria por las bruscas condiciones del sistema industrial. En los campos se ha introducido la destrucción de los hogares, la inestabilidad de las familias, la desaparición de centros completos de población, y la creación de un proletariado rural, análogo al de los centros industriales. Este es el punto culminante de la cuestión, y aun cuando no hubiera otra, un orden social que se apoya sobre las dos palabras «agiotaje y pauperismo», que tiene por base la omnipotencia de la banca, y que engendra el prole-

tariado, semejante orden social está ya juzgado y condenado. La lucha sin tregua ha reemplazado á la emulación fecunda, la pequeña industria está oprimida, el trabajo profesional decae, los salarios se merman, y el pauperismo se extiende como espantosa lepra; el obrero explotado siente germinar en su corazón la simiente de un odio implacable; no encuentra asilo más que en la resistencia, no puede recurrir á otro medio más que á la lucha».

A las mismas conclusiones llega, é igualmente señala á la libertad como causa,—que entre dichos socialistas la libertad es el enemigo que más sañudamente persiguen,—el conde de Roqueseuil, quien afirma que «en la situación económica creada por la libertad del trabajo y la libre concurrencia, el contrato de trabajo entre el obrero que se muere de hambre, y el patrono que puede esperar, no puede menos de ser injusto, porque la libertad del trabajo, mejor dicho, lo que se llama así, y que no es otra cosa que la libertad del capital, exclusivamente, hace al trabajador esclavo. El hambre obliga al obrero á celebrar contratos inicuos que redundan en su perjuicio, y acepta el precio que se le ofrece, cualquiera que sea, aunque sea materialmente insuficiente; un pedazo de pan es mejor que nada».

En el libro *«Di un socialismo cristiano nella questione operaria e nel conserto selvaggio dei moderni stati civili»* sostiene el Padre Cursi que «el obrero ha adquirido ya el dominio moral de su persona, mas en lo tocante á la parte de los bienes que produce, en la mayoría de los casos se ha quedado en el minimum propio del esclavo, pues la única diferencia es que al esclavo se le daba el alimento indispensable para hacerle trabajar, y á nuestro operario, ciudadano libre, se le da como salario, en la apariencia libremente pactado, esa parte precisa para que trabaje».

Por último, y á fin de no acumular citas que podríamos adicionar con lo dicho por Morelles, Brissot de Varville, Marechal, Cabet, Luis Blanc y Proudhon, verdaderos demagogos cuyos escritos parecen haber

inspirado á los socialistas cristianos, copiaremos el siguiente pasaje tomado de la obra de Molinar *«La economía política y la Revolución»*: «Las masas obreras pueden llegar á encontrarse completamente á merced de los detentadores del capital, ó de los que le ponen en movimiento, sin poseer contra los abusos de tan absorbente poder las garantías que el esclavo, y hasta cierto punto el siervo, encontraban en el interés de los señores ó patricios á quienes pertenecían. La situación del obrero de las sociedades civilizadas, tiene analogía con la del *piel roja*, ó del negro manumitido en contacto con el blanco. La ignorancia, la imprevisión, los apetitos que no sabe refrenar y á los cuales viene á ofrecer nuevo alimento tentador y fuerte, lo entregan al arbitrio de quien lo quiera explotar, sin hallar justicia contra los amos y contra sí propio.»

Síntesis de todas estas opiniones es que el trabajador continúa siendo el esclavo y el siervo de otros tiempos; peor todavía, puesto que no se le asegura la subsistencia, ni le ampara el interés del señor, que continúa siendo materia explotable y más explotada que antes; que al feudalismo señorial ha sucedido el feudalismo industrial; que gime bajo un yugo no menos pesado, bajo una opresión no menos irritante, bajo una miseria no menos intensa, que el pobre aldeano que ya en el siglo xvi, llegados al colmo sus sufrimientos, se lanzó á la pelea, produciendo al grito de redención inmensos desastres; y que, por lo tanto, son ilusorias las ventajas de su condición actual, comparada con la de tiempos anteriores.

CAPÍTULO III

CONDICIÓN ACTUAL DE LAS CLASES TRABAJADORAS

(Continuación)

I

Después de cuanto dejamos indicado, urge naturalmente la pregunta de cuál es en realidad, no ya comparada con la de otras épocas, sino tal cual se manifiesta en la presente, la situación de los trabajadores; y aun cuando al efecto podría ser suficiente lo expuesto, preciso es que tratemos con la extensión debida ésta que es una de las cuestiones que cabe calificar de capital entre las muchas que comprende el llamado problema social; cuestión que constituye la base fundamental de los más opuestos sistemas; y preciso es también que al estudiarla hagamos desfilas, por decirlo así, lo mismo las opiniones de los escritores pronunciadamente socialistas, y de los órganos y representaciones obreras, que las de aquellos otros publicistas cuya afinidad con los socialistas es más ó menos inmediata, pero con los que no se confunden, por rechazar, como rechazan, lo más característico de sus doctrinas. Acaso en su exposición aparezcamos algún tanto difusos, mas de disculpa podrá servirnos la importancia de la materia.

Entre los más ilustres defensores de la escuela económica ecléctica, figura José Mejorana, quien dice en su recomendable libro *«Le leggi naturali dell'Economia politica»*, que «indudablemente hemos mejorado en la seguridad é higiene de las fábricas con respecto á los operarios de las mismas, en los procedimientos de las industrias, en la duración del trabajo de aquéllos, en las asociaciones de los obreros, en la reglamentación del trabajo de los niños y las mujeres, en el aumento de los salarios», lo cual equivale á decir que se ha modificado considerablemente en sentido favorable la condición de los trabajadores. Mas á continuación añade que «estos beneficios no son proporcionales á los que el aumento de la riqueza y del bienestar han deparado á otras clases de la sociedad».

Las anteriores ideas, aunque no poco distantes de las exageradas socialistas, participan algo del carácter de éstas; carácter que Mejorana acentúa cuando hace notar que «existen muchos males que recaen exclusivamente sobre las clases obreras, y en presencia de los cuales la economía no hace otra cosa que cruzarse de brazos, ó sostenerlos con los medios que Cummano califica de *emboscadas*, como, por ejemplo, respecto de los males que les deparan la intermitencia y la suspensión del trabajo, males debidos, entre otras causas, á las sociales, como crisis, quiebras, introducción de máquinas, disminución del consumo, aumento de población, y por lo tanto de brazos, etc., etc., que la economía individualista no hace más que deplorar sin encontrar el modo de evitarlos»; inclinación que descubre más al decir que «han existido y existen quienes han obtenido y obtienen el pan con el propio sudor, y éstos han sido y continúan siendo el mayor número, habiendo igualmente existido y continuado quienes se han tomado para sí la mayor parte de los frutos de este sudor, y que, aun disponiendo de fuerzas, gozan temporalmente, sin trabajar, ó empleando sus facultades en procurarse la impunidad y la mayor productividad de sus culpas, por lo cual, la sociedad ha estado y continúa estando

dividida en dos clases: una, la más numerosa, de los desposeídos; otra, la más pequeña, de los desposeedores; lo cual no obsta para que la ley del trabajo se cumpla en las mismas condiciones que hasta el presente, sin que las vacilaciones de la misma arguyan nada en contra de su verdadera naturaleza».

La crítica, pues, de Mejorana, no puede ser más sutil ni más encubierta; pero de ella lógicamente se deduce que la situación de los trabajadores no es nada grata, pues viven sudando con un trabajo ímprobo, sujetos á múltiples contingencias, todas ellas adversas á los mismos, explotados y desposeídos por los menos, por los que se aprovechan de los productos de su sudor, sin emplear las fuerzas que no les faltan, ni sus facultades, en cosa alguna útil ni buena, en nada que contribuya á la consecución de los fines sociales».

Más resueltas y claramente saturadas del ambiente socialista, son las afirmaciones que respecto á las nada favorables condiciones del pueblo trabajador hacen el distinguido escritor, hombre público y ex ministro de Italia, Minghetti, y el no menos distinguido publicista Napoleón Colajanni; afirmaciones que á su vez ofrecen bastante semejanza con las de Bagheot en su *Lotta*, etc. Este manifestó que «los hombres se hallan hoy condenados á un trabajo mucho más penoso, arrastran una vida mucho más miserable y abyecta, que los que vivieron en otros tiempos, lo cual es debido á la concurrencia capitalista». Colajanni, de acuerdo con Molinari, con Wied, con Bagheot, niega que la situación de los trabajadores haya mejorado, proporcionalmente al aumento de la producción, sobre todo en la segunda mitad del corriente siglo, y exclama: «¿qué pueden importar al proletario los suntuosos palacios que él no habita, los cuadros y objetos artísticos de lujo que no posee, los espléndidos teatros que no puede frecuentar, no obstante que él ha sido el principal factor, faltándole lo necesario, sintiendo hambre y frío, y no pudiendo alcanzar un grado de bienestar que es fácil concederle?»

A continuación de este pasaje, en el que el pesimismo

predomina y en el que hay no poca exageración, Colajanni, cuya imaginación le lleva hasta la *utopía*, manifiesta, oponiéndose á la tan conocida proposición de Malthus, aunque sin negar la efectividad de la lucha por la vida, que para diferenciarla de la sostenida por todos los animales, debería llamársela *asociación para el mejoramiento*, y añade que «en el banquete de la vida hay puesto para todos, estrechándose con el trabajo común los lazos de solidaridad, fortalecedores de los sentimientos *altruistas*, siendo la solidaridad entre los hombres, y no la lucha, la que nos ha dado las prodigiosas obras modernas, como son los caminos de hierro americanos, el canal de Suez, etc., etc., y las proporcionará mayores á la sociedad futura»; lo cual, entendemos, se halla muy lejos de ser exacto, puesto que esa asociación, esa solidaridad, ese altruismo, que hasta el presente no se ha manifestado con toda la amplitud que es indudable conseguirá, no constituyen una negación de la realidad de la lucha, por ser más bien una de las formas en que se resuelve, no haciendo, á lo sumo, sino modificar sus caracteres, por cuanto para que la asociación, la solidaridad y la asimilación de sentimientos, y la mancomunidad de intereses, sofocaran ó extinguieran por completo la lucha, sería preciso su universalización, que se enlazase á todos los hombres y á todos los pueblos; concluye Colajanni, completando sus ideas, con la afirmación de que la humanidad, por el empleo de fuerzas naturales aun no utilizadas, llegará á realizar el gran ideal del socialismo, que consiste en que el hombre «dirija todas sus fuerzas contra la naturaleza, pidiendo á ésta todo lo que necesite, sin cercenarle el producto del trabajo de sus semejantes, no habiendo entonces concurrencia, la cual no es posible allí donde á cada uno se da según sus obras (1)».

Por último, Minghetti escribía en la «*Nueva Antología*» que «si es verdad que el bienestar de las clases tra-

(1) *Socialismo e sociología.*

bajadoras ha aumentado considerablemente, es preciso añadir que las necesidades y los deseos de aquellas clases han aumentado en una proporción mucho mayor», indicando asimismo que por circunstancias que omitimos por ser las mismas repetidamente expuestas, no pueden satisfacer tales necesidades y deseos, lo cual las produce un malestar más moral que material.

II

Así como hemos expuesto, si bien compendiosamente, las opiniones anteriores, porque aun cuando no entran de lleno en la corriente socialista, se inclinan bastante á ella, así vamos á efectuarlo con las de otros que, ó son resueltos individualistas, ó con el individualismo tienen conexión íntima sus ideas. Juan Jacobo Rousseau, cuyos escritos inspiraron á los revolucionarios franceses del siglo último, y cuya influencia, aunque bastante amortiguada, sigue sintiéndose todavía, ha sido uno de los escritores que más crudamente han presentado la poco bonancible situación de los proletarios de su época, y especialmente de los ocupados en los más inferiores oficios manuales. Para indicar tan sólo sus conceptos más culminantes y sus geniales concepciones, sería preciso transcribir muchas páginas de sus obras. Por eso nos limitaremos á copiar algunas de las líneas que dedica á la clase agrícola, en verdad la que más sufrimientos ha padecido, á la que menos han llegado las conquistas modernas y en la que tan poco se fija la atención. «A medida que las ciencias y las artes, decía, se extendieron y florecieron, el labrador, despreciado, cargado de impuestos, necesario para el mantenimiento del lujo, y condenado á pasar la vida entre el trabajo y el hambre, abandona los campos para ir á buscar en las ciudades el pan que él debería llevar; cuanto más las ciudades llenan de admiración los ojos estúpidos del pueblo, más sería preciso gemir viendo los campos

abandonados, las tierras en descanso, y los caminos llenos de desgraciados convertidos en mendigos ó ladrones, y destinados á concluir sus días en el suplicio ó en el estercolero» (1). Mucho de lo que en estas líneas manifestaba Rousseau refiriéndose á los labradores de su tiempo, puede aplicarse á los de varias naciones en la actualidad: viven en la miseria, no obstante ser ellos los productores de la abundancia, habitan chozas, no prueban el pan confeccionado con el grano que siembran, no se fortalecen con el vino de las cepas que cultivan, no se nutren con la carne de los ganados que han criado, trabajan día y noche, se ven agobiados por los impuestos, tienen que abandonar los campos para pedir trabajo ó un mendrugo de pan en las ciudades, ó emigran, como con frecuencia hacen, á tierras lejanas, y puede asegurarse que la mayor parte no salen de una pobreza que más bien es verdadera miseria. Y sin embargo, ha mejorado su condición: á poca costá serían felices; pero no se les tiende la mano para que lo sean.

Otro escritor posterior á Rousseau, no menos amante que éste del pueblo, y que alcanzó bastante celebridad, el abate Lammenais, se pronuncia en las *«Palabras de un creyente»* contra la explotación de los obreros, contra los patronos que «aumentan sin cesar los horrores del trabajo y disminuyen el salario, hacen morir á los obreros por falta de lo necesario y son discípulos de Satán, más crueles que los amos que tenían esclavos»; palabras injustas, llenas de pasión, pues el patrono, lo mismo cuando escribía que actualmente, fuera de algunas excepciones, si es explotador del trabajo, si mira con algo de egoísmo á su interés exclusivo, no es ese tirano tan cruel que hace morir á los obreros: instituciones, establecimientos y escuelas creadas demuestran lo contrario.

M. Jules Simón, recientemente fallecido, y cuyo recuerdo será siempre grato á la humanidad, dedicó

(1) *De l'inégalité parmi les hommes.*

extensos capítulos de su notable libro *«El trabajo y la obrera»*, á reseñar detenidamente, compendiando las minuciosas y bien encaminadas investigaciones, la vida del trabajador, para deducir de ella cuál es su situación efectiva. Al efecto, la considera en los grandes centros fabriles, en los restos que aun se conservan de los antiguos oficios domésticos, en el seno de la familia, que el industrialismo disuelve relajando sus lazos, en los sitios á que concurre, y como consecuencia, no extraviada por ningún prejuicio, afirma que con el actual régimen del trabajo la cohesión familiar desaparece, las intimidades del hogar se enfrían, el cariño entre los padres, hijos, hermanos y esposos se debilita, las grandes virtudes domésticas concluyen, el vicio avanza, el ahorro se hace imposible, el aseo se convierte en negligencia, el orden en abandono, la educación se bastardea, la miseria crece, y la fría imagen del hambre se presenta rodeada de sufrimientos y angustias, siendo de notar, por el peso que su autoridad científica y su significación política las proporciona, las siguientes palabras, graves en cualquiera escritor socialista, y gravísimas cuando salen de la pluma de quien, como M. Julio Simón, tantos libros ha escrito en defensa de la libertad y en aplauso de los inmensos progresos de nuestro siglo.

M. Julio Simón dice que «en un tiempo no muy apartado de nosotros, el compañero estaba unido á la familia del maestro, y encontraba en estas relaciones el endulzamiento de su soledad; pero poco á poco se ahondó un abismo entre estos dos obreros, de los cuales el uno no tiene más que sus brazos, mientras el otro tiene su establecimiento y su capital. Los compañeros se han hecho nómadas, corriendo de taller en taller, realizando su tarea á la vista del amo durante el día, sin tomarlo por confidente, sin pedirle afecto, cada vez menos honrados, menos reflexivos y menos al abrigo de una vejez desgraciada».

Algo muy parecido expresó el eminente escritor, inmortal poeta y desdichado político M. Alfonso de Lamartine, en sus biografías de *«Civilizadores y conqui-*

tadores», en una de las cuales pintó con toda la galanura de su estilo la triste vida del *Canuto* de Lyves, y la general de los obreros fabriles, «la mayor parte de los cuales consumen en la manutención de la familia el jornal de los días felices, y cuando el trabajo cesa y desaparece el jornal, los padres y los hijos se aprietan el cinturón para sentir menos el vacío del estómago, desparramándose en grupos de indigentes, mujeres y niños, por las calles de las ciudades y por las inmediatas campiñas, bajo las ventanas de los ricos, cantando las tristes coplas de la miseria y comiendo sin murmurar el pan del invierno hasta la vuelta del trabajo».

Tiene razón M. Lamartine, la tiene M. Julio Simón: la vida del trabajador se ha transformado por completo, empeorada en unos extremos, mejorada en otros; las relaciones entre patronos y obreros no son las mismas de antes; entre ellos *se ha atravesado ese abismo* que crece y se ensancha; los trabajadores se han convertido por la necesidad, por los terribles efectos de la concurrencia, en *nómadas* que corren *de taller en taller*, de pueblo en pueblo; están menos *al abrigo de una vejez desgraciada*, hasta que la asociación no realice, ó los Poderes públicos no establezcan é impongan, ó ayuden á sostener, las creaciones de previsión y socorro; continuarán tal vez cantando durante las cada día más extensas y frecuentes crisis, *las tristes coplas de la miseria bajo las ventanas de los ricos*, hasta que esos benéficos institutos no les amparen, y se haga imposible la huelga periódica y forzosa, mediante la aplicación de las verdaderas y naturales leyes del trabajo; pero al cantarlas, doloroso es decirlo, no será ya con el acento de la resignación; sus voces se elevarán al espacio como esos rumores que presagian tempestades; pero sin que nunca, seguros estamos de ello, se hagan partícipes de la horrible *propaganda por la acción* del anarquismo, que su conciencia honrada rechaza.

CAPÍTULO IV

CONDICIÓN DE LAS CLASES TRABAJADORAS

(CONCLUSIÓN)

I

Vamos ya á exponer, si bien á grandes rasgos, el juicio que acerca de la materia objeto de estos capítulos ha formado la escuela socialista, esa escuela cuya fórmula, no por completo aplicable al socialismo moderno, dió el inmortal Montesquieu, diciendo que el Estado debe á todos los ciudadanos «una subsistencia asegurada, un vestido conveniente y un género de vida que no sea contrario á la salud (1)», de la que otro escritor ha dicho recientemente que «no ha hecho otra cosa que adherirse á las ideas filosóficas que la misma escuela liberal proclamó muchas veces y proclama todavía» (2); y de la que también escribió Proudhon «que el socialismo moderno lo constituyen diversas escuelas, no está constituido como secta ó Iglesia: las clases jornaleras no se han entregado á merced de nadie; Cabet, el dictador de

(1) *Esprit des lois.*

(2) Nitti; *El socialismo católico.*

los Ucarianos, ha tenido de ello en Nrarwo una tristísima prueba: han seguido su propio pensamiento, y es probable que no renuncien en adelante á su propia iniciativa (1); idea falsísima, como la mayor parte de las que estampó el llamado *gran demoleedor y sofista*, genio más bien de las contradicciones, pues como iremos viendo, á la iniciativa de los trabajadores, muy poco es lo que debe el socialismo, y éste, por los muchos principios fundamentales que ofrece su credo común, es una Iglesia dividida por numerosas sectas.

De la condición de los trabajadores se han ocupado todos los reformadores, lo mismo los de otros tiempos que los de la época moderna; con la condición de esas numerosas clases que «sufren y trabajan», se relacionan casi todos los movimientos sociales que registra la Historia. Los sufrimientos y el malestar que las han aquejado, pesando sobre ellas como insostenible carga, han determinado el nacimiento y desarrollo de esa escuela y de sus distintas sectas. Ayer, al igual que hoy, pero bajo los distintos aspectos á que daban lugar las diversas circunstancias y condiciones de las sociedades, se produjo con caracteres más ó menos antijurídicos, la lucha casi siempre enconada de las clases que fraccionaban aquéllas; clases de las cuales las unas pugnaban por mantener su predominio, y las otras se esforzaban por emanciparse. Ayer como hoy, pero ahora tal vez más que antes, existían y existen los odios, rivalidades y contiendas, á veces desastrosas y sangrientas, entre el capital y el trabajo, debido á lo cual la cuestión social se convirtió, y continúa convirtiéndose, conforme dijo acertadamente Winterer en el congreso de Lieja, «en puramente económica, de producción y de consumo, debiendo recordarse que, según las palabras divinas, el hombre no vive sólo de pan»; Platón en su «*Tratado de la República*» y en su «*Libro de las leyes*», Itork y Munzer en sus predicaciones á los aldeanos sublevados

(1) *De la condición política de las clases jornaleras.*

en el siglo xvi, los adeptos á la fe comunista de Zolicor, Malthius, Rothman, Juan de Leyden, y los demás anabaptistas de Munster, Rodin en su *República*, Tomás Moro en su *Utopía*, Campanella en su *Civitas solis*, Morelly en su *Código de la Naturaleza*, Brissot de Varville en sus *Investigaciones filosóficas sobre el derecho de propiedad y el robo*, Mably en su *Tratado de las leyes*, Cabet en su *Ucaria*, Rabent, Antonillo, Owen, Fourier, San Simón, Luis Blanc, Proudhón, todos ellos soñadores llenos de ilusiones los unos, filósofos y jurisconsultos los otros, demoledores, revolucionarios y anarquistas algunos, rebotando candor y buena fe á veces, arrastrados por los odios y las pasiones no pocas, todos han hecho de la condición económico-social de las clases populares de sus épocas respectivas, descripciones más ó menos sombrías y desconsoladoras, fijándose en los mismos males, condenando idénticos abusos, anatematizando con igual dureza el régimen social que sus sucesores, que los que han recogido y hoy tremolan su bandera.

Parece que los unos han copiado á los otros, que entre ellos y sus obras no han mediado años y siglos, y sin embargo del justificado interés que despierta su estudio, magistralmente hecho por Blanqui, Indre, Reybaud, Laveleye, Gil Sanz, Madrazo, Escartin y otros, y de que su historia constituye una de las partes más culminantes de la historia del pueblo trabajador, como ahora no nos referimos sino á la que dentro de ella se refiere á la situación actual del mismo, tan sólo accidentalmente, atendiendo á que la *Utopía* de Morus, crítica encubierta y hábil, en su mayor parte, de la sociedad inglesa durante el célebre reinado de Enrique VIII, no sólo ha dado el nombre, sino servido de modelo á las creaciones posteriores de igual carácter, haremos algunas breves indicaciones referentes á las ideas en ella estampadas por el desventurado canciller de aquel cruel y crapuloso monarca, relacionadas con la materia de este capítulo.

“¿Es justo, dice, que un noble, un usurero, un hombre que nada produce, lleve una vida delicada en medio

de la ociosidad ó de ocupaciones frívolas, mientras que el menestral, el carretero, el labrador, viven en sombría miseria, procurándose un alimento escaso? Sin embargo, estos últimos están sujetos á un trabajo tan largo y tan asiduo que las bestias de carga apenas lo sostienen, y tan necesario que apenas una sociedad podría vivir un año sin él. Verdaderamente que la condición de las bestias de carga podría parecer bastante preferible, pues trabajan menos, no es inferior su alimento, y aun es más conforme con sus gustos: en fin, el animal no tiene que temer por su porvenir. Y ¿cuál es la suerte del obrero? un trabajo infructuoso, estéril, le aplasta en el presente, y la expectativa de una vejez miserable le mata, porque su jornal es tan pequeño que apenas basta á sus necesidades diarias.» Appreciando estas palabras según la sociedad de hoy, pueden ser tachadas de exageradísimas; pero tocan con la timidez refiriéndose, como se refieren, á la del tiempo de Morus. Este fué un profundo observador y un habilísimo crítico; estudió, analizó y se penetró de los males que agobiaban al pueblo inglés, comprendió que tales males eran el resultado de grandes abusos y no menores injusticias, adquirió el convencimiento de que obra meritoria sería, no únicamente señalarlos, sino indicar el remedio; pero no desconociendo los positivos peligros que entrañaba el hacerlo desembozadamente, lo efectuó con la habilidad que revela su *Utopía*, figurando una nación aparentemente ideal pero en la que se descubría la en que habitaba. De mero soñador ha sido calificado injustamente, cual lo han sido también otros escritores que siguieron sus huellas, y sin embargo, tanto él como éstos, si soñaron al idear sus organismos é instituciones tan distintos de los conocidos, no se apartaron de la realidad al formular sus censuras: la parte ideal es la que más ha llamado la atención, pero su parte crítica es la que tiene importancia. Por eso nos hemos limitado á copiar el anterior párrafo: en él se hallan condensadas, por decirlo así, las ideas que pasamos á exponer de los socialistas modernos.

II

Los socialistas *cristianos*, cuyo enlace con los *científicos* ó de la *cátedra*, es tan íntimo, son tal vez los que con mayor empeño han estudiado la existencia de los trabajadores, y aun cuando representantes de la tendencia más conservadora, sus violentas críticas y censuras al actual régimen industrial capitalista, y sus sombríos y exagerados cuadros y descripciones de los efectos de este régimen, sobre la existencia del obrero, podrían figurar sin discrepar de ellas, entre las virulentas de los *colectivistas* y de los órganos de las *federaciones obreras*.

El problema general del socialismo cristiano, ha sido resumido por el célebre ex predicador del emperador Guillermo II de Alemania, Itoecker, en los siguientes términos, que admite también el radicalismo de Naumann: reconocimiento del movimiento obrero como fuerza política, desarrollo de las asociaciones profesionales, y prosecución de la reforma social. En la realización de este programa vienen trabajando de hace algunos años, con tenaz perseverancia y no escasos resultados, no siempre con fines claros y plausibles, unidos en varias naciones, los socialistas católicos y los cristianos disidentes. Sus ideas han llegado á penetrar en el seno de las masas populares, sobre todo las de aquellos que no apegados á un tradicionalismo desacreditado, no combaten la libertad, ni rechazan sistemáticamente las doctrinas democráticas, y han conseguido imponerse á los mismos gobiernos. Su acción, su intervención en la vida social, puede ser beneficiosa. Su significación actual es grandísima, sobre todo en países como el nuestro, en que es todavía vigoroso el sentimiento religioso.

Uno de los más eminentes apóstoles de dicha escuela, acaso con el venerable cardenal Manning su figura más descollante, monseñor Ketteler, arzobispo de Maguncia,

decía con toda la profunda convicción que resplandece en sus escritos y discursos, «no poder negarse hoy por nadie que la existencia material del obrero, esto es, de la gran masa de los estados modernos, está sometida á las fluctuaciones del mercado y al precio de las mercancías, no habiendo, por lo tanto, nada más doloroso y deplorable. He aquí, exclama, el mercado de los esclavos abierto en todas las partes de la Europa moderna, y regulado conforme al modelo confeccionado por nuestro iluminado liberalismo».

Después de esta afirmación, en la que descubre los prejuicios y preocupaciones de la escuela á que pertenecía, investiga las causas determinantes de la mala situación de los trabajadores, y dice serlo, «la falta de toda organización del trabajo y el empleo cada día mayor de las máquinas que desarrollan la gran industria, y hacen disminuir el número de aquellos obreros que, disponiendo de un pequeño capital, trabajan por su propia cuenta, con lo cual se aumenta el número de asalariados». Refiere también á ellas «los abusos de la libertad industrial y de la libertad del trabajo, á las que no se ha puesto freno alguno, á las que nadie ha procurado poner restricciones», y que, según él, «son para el pueblo mucho más perniciosas que los abusos de los gremios». Y concluye expresando «ser un verdadero delito contra la humanidad el abolir todos los medios de protección, y el abandonar todas sus desigualdades naturales y sociales á la concurrencia diaria con sus semejantes».

Corroborando las ideas de monseñor Ketteler, el obispo de Nottingham, Bagshawe, que conceptúa la situación de los pobres, especialmente los de las grandes poblaciones, como verdaderamente horrible, afirma «ser odiosa é intolerable la situación en que el capital ha colocado hoy al trabajo»; afirmación cuya mayor ó menor exactitud, creemos habrá de resultar de nuestro estudio, y que no disiente mucho de las propias del colectivismo. «El hombre, prosigue, creado á imagen de Dios, y destinado á encontrarse en situación de ganar el pan de cada día, no puede ser considerado como inferior á la

máquina, á la cual su propietario debe tener en buenas condiciones, aun en los casos en que no funciona; cuando el bien público lo exija, debe ceder el derecho privado».

Por último, manifiesta Bagshawe, que el trabajo que «el obrero da al patrono, vale bastante más que el dinero que de él recibe, puesto que el obrero le entrega todas sus fuerzas, cuerpo y alma, en cambio de una remuneración muchas veces irrisoria; que ahora, si el contrato de trabajo no es más que una permuta, es evidente que se viola la moral pública cuando el obrero recibe, no solamente menos de lo que se debería entregar, sino menos de lo necesario; y que la llamada libertad del trabajador no es más que una burla, porque si el obrero no quiere morir de hambre, tiene que aceptar lo que se le ofrece».

Ampliando esta serie de consideraciones, que marcan una de las direcciones de la corriente socialista católica, y por las que explica el porqué de la situación tan poco grata del obrero moderno, dice Winterer que «se ha puesto el hombre al servicio de la máquina, cuando lo que debe hacerse es invertir los términos en beneficio de la humanidad, poniendo á la máquina al servicio del hombre, no olvidando que el obrero es un padre, y la obrera una madre»; dice también que «no se ha visto en el obrero más que un instrumento, un factor en el problema de la producción, habiéndose permitido que incesantemente el dinero se convierta en la primera potencia del mundo, siendo necesario librar á la humanidad de este reinado humillante, fatal y despiadado»; y que «se ha permitido al capital disciplinar á los hombres y producir esa multitud de proletarios que nos espanta, esa armada bastante más numerosa que los ejércitos de los pueblos modernos, haciéndose preciso que á costa de toda clase de esfuerzos se destruya esta obra funesta de proletarización».

De modo que para Ketteler, Bagshawe y Winterer, la verdadera condición del componente principal del proletariado moderno, tiene por causas la libertad individual y del trabajo, el predominio absorbente del ca-

pital, la subordinación del hombre á la máquina, el aumento de la concurrencia, la burla que entraña la libertad del contrato de obras, que se ha convertido para el obrero en el *væ victis* de los antiguos galos, la insuficiencia del salario que ni cubre las necesidades más precisas, ni corresponde con la entrega que hace de toda su personalidad, y la falta de protección al trabajador por parte de la sociedad; causas todas que pueden resumirse en dos palabras, *capitalismo é industrialismo*, producto, según ellos, del *liberalismo*, contra el que truenan, y sobre el que hacen pesar muchos de los males que afligen á la sociedad.

No son ellos únicamente quienes entre los socialistas cristianos emiten juicios pronunciadamente pesimistas acerca de la existencia de los que por los socialistas radicales se denominan *desheredados*: son todos, sin excepción alguna, los que opinan de igual modo. Así leemos en un discurso pronunciado en el Reichstag en 1878 por el barón de Hertling, refiriéndose al trabajador: «se halla obligado á tomar trabajo allí donde lo encuentra, sin mirar si el salario es alto ó bajo, si el trabajo dura poco ó se prolonga demasiado, si el taller está acomodado á las reglas de la higiene. Es tal la celeridad industrial que ha establecido en el mundo civilizado la facilidad de las comunicaciones, que las fluctuaciones del mercado universal llegan hasta el último obrero: éste se halla de continuo en la situación del comerciante que se ve obligado á vender á toda costa, y á comprar á cualquier precio».

Así el conde de Lobcovitz decía que «el trabajo se ve en nuestros días tan menospreciado y proscripto por la ley, como lo estaba en la sociedad antigua, y la esclavitud existe realmente, muchas veces á causa de la absoluta dependencia en que se encuentra el trabajador enfrente del capital».

Así en concepto de Volgelsang, «el obrero de la ciudad, despojado de su fiera independencia, privado de la certeza de su pan cotidiano, ha descendido al nivel del proletario...; degradado por el envilecimiento de los

oficios, no encuentra garantías sino en las nuevas leyes del Estado para que su nuevo señor le deje morir en la vejez sobre un jergón de paja; y su suerte bajo el régimen de la economía capitalista, se ha hecho miserable hasta el último extremo que puede imaginarse».

Y así el cardenal Mermillo decía ya en 1868, que el obrero está sometido á un trabajo rudo, incesante, que deprime su espíritu y le impide ser buen padre de familia y buen cristiano.»

III

Como las distintas escuelas y sectas en que el socialismo se fracciona no han hecho sino copiarse mutuamente al apreciar las circunstancias que rodean, y las condiciones en que viven los trabajadores, reproduciendo los mismos razonamientos, afirmaciones, críticas y aun declamaciones en que nos hemos fijado, llevándolas á su mayor exageración los *radicales*, atenuándolas en algo los *científicos* ó *de la cátedra*; y como el hacer mención de todas ellas sería faena poco útil y bastante enojosa, nos referiremos tan sólo á la que constituye la extrema izquierda, á la secta *anarquista*, verdadero *delirium tremens* de inteligencias desequilibradas y de espíritus malévolos que para odiosos fines se han presentado como únicos defensores de aquellos mismos á quienes por su honradez y laboriosidad odian, á los que no pocas veces han hecho objeto de sus horribles atentados, cuyas aspiraciones sensatas contrarían, y cuyas sociedades y agrupaciones perturban.

El *anarquismo*, que es la expresión última, y la recopilación de cuantas ideas disolventes y absurdas, y procedimientos antisociales han brotado de los cerebros calenturientos de quienes los antropólogos modernos llaman *criminales instintivos*, demagogos de todos los tiempos y de todos los pueblos, y derivación degenerada del *nihilismo ruso*, tiende principalmente con

sus procedimientos é ideas, más que á la persecución de un ideal, pues el que proclama es una mentira, á la conquista de adeptos que recluta con preferencia entre los que constituyen las últimas capas del proletariado, sedimento social, que aspiran en el presente á establecer el que ya se denomina *quinto Estado*, reclutándoles también entre algunos pobres ilusos á los que seducen con sus engañosas promesas, entre los enfermos morales, y entre los predispuestos al mal, á diferencia de las demás sectas del *socialismo radical*, que se nutren de obreros tan laboriosos cuanto honrados, dignos ciudadanos é intachables padres de familia; hace coro con los comunistas y socialistas para pintar con las más oscuras tintas la condición de los obreros á quienes alhaga diciendo ser los únicos miembros útiles de la sociedad, á pesar de lo cual carecen de amparo y viven menospreciados y oprimidos; echa sobre la sociedad, sobre sus leyes é instituciones, sobre los Poderes públicos, y sobre la *Burguesía*, todo el peso de situación semejante; y como único remedio, después de una propaganda que deja muy atrás los hechos de los anabaptistas de Juan de Leyden, y los propósitos de los niveladores de Babeuf, propone la destrucción de todo, la supresión de las leyes y poderes coactivos, la completa *liquidación social*, ó la por Bakounin llamada *Pan destrucción*, á fin de que subsiga una sociedad que en nada se parezca á la existente, en la que la *buena naturaleza humana* obre libremente, con espontaneidad absoluta, constituyendo la humanidad una federación universal voluntaria y voluntariamente sostenida, en la que todos trabajen por amor al trabajo que será elevadísima función social, y por amor también mutuamente se distribuyan los productos de su tan amoroso trabajo después que cada uno cubra sus necesidades. Un *ultruismo* propio de ángeles, no de hombres, una sociedad sin sombras, sin dolores, paradisiaca, el terror, la destrucción, el asesinato, el crimen; he aquí el conjunto del llamado credo anarquista.

Buena y concluyente prueba de ello nos la ofrecen,

no ya sus funestos apóstoles y principales sectarios, sino los mismos fanatizados adeptos que, á impulso de violentas pasiones y vicios excesivos los unos, ó por inclinaciones dañosas los otros, ó por falta de sentido moral, varios, ó por atrofia de la inteligencia, alguno, aun cuando no falte un publicista que les haya atribuido fines de verdadero *altruismo*, han llevado á la práctica en repetidas ocasiones esa espantosa *propaganda por la acción*, que tantas victimas y lágrimas ha producido en Barcelona, cuyo resultado único ha sido, muy en contra de lo que sus preconizadores se prometian, el alejamiento de cuantos con indignación rechazan la incalificable idea de que el crimen pueda servir para nada bueno, de que el fin, por levantado y noble que sea, pueda justificar odiosos y repugnantes medios adoptados para conseguirlo, y no sólo produjo esto alejamiento, sino que disminuyó sus huestes, por ser muchos los que con horror contemplaron los crímenes; y produjo en la sociedad, no el espanto deseado, sino una reacción favorable á la causa del orden y de la verdadera libertad.

Ravachol, criminal por instinto, por sentimientos, y por hábito adquirido, ladrón, estafador, falsificador y asesino; criminal que reunía todos cuantos caracteres atribuye Cesar Lombroso á los que denomina, ó más bien, califica de *natos*, y que Garofalo asigna á los que llama *instintivos*; tipo repulsivo, figura siniestra, á quien el suplicio, y aun el mismo horror de sus crímenes, elevaron ante sus compañeros hasta el extremo de tributarle una especie de culto, de dedicarle canciones, y de conmemorar su muerte como se conmemora la de los grandes genios y bienhechores de la humanidad; Ravachol, del que puede decirse que es la más genuina representación del anarquismo, dijo á los jurados en la defensa por él escrita, que no se disculpaba del hecho que había ejecutado, del cual «era la responsable la sociedad que con su organización pone á los hombres en continuada lucha los unos contra los otros, pues con efecto, ¿no se ven hoy en todas las clases innumerables personas que desean, no diré la muerte, porque esto

suenan mal al oído, sino la desgracia de sus semejantes, siempre que les depare algún provecho? Un patrono ¿no hace votos porque desaparezca su concurrente? y en general todos los comerciantes ¿no quieren ser los únicos en ejercer su ramo de comercio? y el operario desocupado ¿no desca, para tener trabajo, que por cualquiera motivo el que está ocupado sea despedido del oficio? Los patronos que despiden á sus operarios ¿se inquietan por si éstos van á morir de hambre? Todos los que tienen lo superfluo ¿se ocupan de las gentes que carecen de lo necesario? Hay algunos que dan socorros, pero son impotentes para aliviar á todos aquellos que están necesitados y que mueren prematuramente, después de toda clase de privaciones, ó voluntariamente por el suicidio, para poner término á una existencia miserable y no tener que sufrir más el hambre, las vergüenzas, las humillaciones ni la esperanza de que terminen».

Tal es la idea que el *anarquismo*, desde sus más inteligentes factores, hasta sus más ignorantes fanáticos, se ha formado de la conciencia moral de todas las clases y de la condición actual de las más numerosas, aniquiladas por las privaciones, fustigadas por la miseria, sin esperanza de alivio, sin otra salida que la de la muerte por hambre ó por el suicidio; tal su juicio respecto á la sociedad que, á causa de su organización se revuelve en incesante lucha de los unos con los otros, devorándose mutuamente como el hombre de Hobbes, aplastando los fuertes á los débiles, por la excitación del mayor de los egoísmos, del más bajo de los intereses: en ella el rico tritura al pobre, y éste, á falta de energías, inclina la cabeza, ó convertido en fiera se lanza contra su opresor, el patrono se recrea con la desgracia del obrero, y tiene grata satisfacción con la ruina del que le hace competencia, el comerciante desea y procura aniquilar á su rival, y si se presentan ejemplares «como el de la familia Hagen y la mujer Jonbein, que da muerte á sus hijos por no verles sufrir más tiempo, se castiga á esa madre, ó apenas se la dedica algunas líneas dando cuenta del hecho».

Casserio, ese desgraciado epiléptico-psíquico, víctima de las perniciosas ideas anarquistas, ese joven admirador de Ravachol, Vaillant y Henry, instrumento elegido por la maldad de un abogado para satisfacer sin riesgo alguno sus odios, también reveló el convencimiento que se le había inspirado, de la triste suerte de los trabajadores, de la despiadada conducta de la sociedad para con ellos; y en su debilidad intelectual, y en su extravío de sentimientos, y en su mezcla de los buenos con los malos, llora pensando en esto, y á continuación de su llanto, sobreponiéndose los últimos, creyendo satisfacer los primeros, aguza el puñal homicida: «Mil veces al ir á acostarme, dije, pienso en los dolores de los míos, y no puedo menos de llorar; pero acto seguido un pensamiento más fuerte me dice; «tú no eres el autor de los sufrimientos de tu familia; lo es la sociedad.»

Es siempre la misma idea, el grito de Rousseau, de Mably, de Morelly, de los terroristas del noventa y tres, de Babeuf, de Luis Blanc, de Proudhón, del *Bárbaro del Norte*, Bakvanin, como él mismo se llamaba, del fatal autor de la «*Conquete du pain*» y de las «*Paroles d'un revolté*», Kropotkin, de Reclus, notable geógrafo é incomprensible escritor del «*Manual de confección y uso de los explosivos*», puesto al servicio de la *propaganda de acción*, de Faure, Melas, Malato, Juan Grave, Max Burk, Blunc, Delessalle, Devaldés, etc., etc.: la condición de los trabajadores es triste, tristísima; viven pobremente; llegan á padecer hambre; las fatigas les agobian; su porvenir es pavoroso; mueren prematuramente; sus dolores y sufrimientos acaso impresionan á las almas sensibles; pero la sociedad, causa única de todo ello, cual insensible y cruel madrastra, se ríe feroz: para los que sufren resignados, no para todos pues el privilegio reina donde quiera, tiene prisiones que llama hospitales y hospicios, y para los que enérgicos, y penetrados de su dignidad, y poseídos de sus derechos, se revelan, tiene soldados, policía, códigos, jueces, cárceles, y ese terrible funcionario, figura repugnante, instrumento de las venganzas divinas, según el

autor de las «*Veladas de San Petersburgo*», que recibe un salario de las manos empapadas en sangre, y vive de matar: sobre las lágrimas, los sufrimientos, el dolor y la sangre de los expoliados, cimentan los expoliadores sus soberbios é insultantes palacios, sus inmensas fábricas estremecidas por las fuertes trepidaciones del vapor, sus almacenes repletos de riquezas, y sus teatros, casinos y centros de diversiones, donde pasan la vida gozando.

Tales son las conclusiones de la doctrina anarquista en el particular de que tratamos, y que sus periódicos, folletos y predicadores, difunden y exageran. Ravachol, Vaillant, Casserio, Pallás, Santiago Salvador, no han hecho más que repetirlas. Han obrado cual el eco que de montaña en montaña, de cerro en cerro, repite los mismos sonidos hasta que se desvanecen en la inmensidad de las llanuras; han sido el brazo que por impulso ajeno procura sembrar el terror para que del espanto de los llamados expoliadores surja el triunfo de los expoliados. El pensamiento, la inspiración, la institución más odiosa, están en otros, en los que precisamente no han participado nunca de la vida del trabajo.

Pero dejemos á los semi inconscientes instrumentos, y hagamos brevísimas indicaciones respecto á los que han puesto su inteligencia al servicio de la peor de las causas.

Henry, que debe su celebridad al estruendo del café restaurant Terminus, de París, inteligencia superior, dotado de bastante instrucción, y, por lo tanto, muy superior á sus compañeros los propagandistas *por el hecho*, dijo al tribunal encargado de juzgarle: «Los educadores de la generación actual olvidan con bastante frecuencia una cosa, y es que la vida, con sus luchas y sus dolores, con su injusticia y su iniquidad, se encarga de abrir á la realidad los ojos de los ignorantes; y esto ha tenido lugar conmigo, como con todos. Se nos había dicho que la vida era fácil y ampliamente abierta á la inteligencia y á la energía, y la experiencia nos demostró que sólo los ricos y los bribones pueden procurarse

un buen lugar en el banquete. Se nos había dicho que las instituciones sociales estaban basadas en la justicia y en la igualdad, y no encontré á mi alrededor sino mentira y bribonería: cada día perdía una ilusión. Por donde quiera que caminaba era testigo de los mismos dolores en los unos, de los mismos goces en los otros. El industrial que cimenta su colosal fortuna sobre el trabajo de sus obreros que carecen de todo, era una persona honrada. El diputado, el ministro, cuyas manos están siempre abiertas para tomar lo que pueden coger, eran personas entregadas al bien público. En la lucha de mi espíritu he adquirido un odio profundo, reavivado más cada día, por el repugnante espectáculo de esta sociedad donde todo es bajo, todo obscuro, todo sucio, donde todo entorpece la expansión de las pasiones humanas, las tendencias generosas del corazón, el libre vuelo del pensamiento».

El ex príncipe Kropotkin, en sus ya citados libros, y en sus manifiestos y folletos, Malquino, Faure, etc., defendieron y propagaron las mismas ideas, que, á su vez, habían recogido de los escritores y revolucionarios demagógicos del siglo XVIII, y de los comunistas exaltados del ya próximo á terminar; ideas con las cuales ofuscaron á no pocos trabajadores á quienes pintaron la sociedad adoleciendo de vicios constitucionales, y achacándola otros por su maligna imaginación creados, y haciendo pesar sobre la misma cuantos males, por desgracia efectivos, hacen tan dolorosa la existencia del hombre que, cual decía Luis Blanc en su venenoso folleto *«La organización del trabajo»*, no tiene nada suyo, ni siquiera una piedra donde apoyar la cabeza. Reuniéron con intención dolosa, cual lo había hecho su gran maestro Proudhón, cuantos hechos contribuyen á patentizar que la situación de los trabajadores, en particular, y en general la de los proletarios, está muy lejos de ser la que debiera; utilizaron para dar mayor fuerza á sus invectivas, opiniones recogidas entre los escritores de muy opuestas escuelas, de los filósofos sensualistas; y como consecuencia de todo, proclamaron que

para mejorar la suerte de los que trabajan y mueren de necesidad, que para concluir con los zánganos que exprimen el jugo á los laboriosos, que para poner término á las injusticias y á las vejaciones de que son víctimas los honrados, no hay más que un remedio, más que una fórmula: por de pronto el *terror*, después la *anarquía*.

De aquí su compasión fingida del obrero; de aquí la energía con que pregonan la necesidad de redimirle; de aquí su feroz odio á los *burgueses*; de aquí su justificación, y no sólo su justificación, sino la glorificación de todas las violencias. Su fin, según ellos, es grande, humanitario, y ante él nada importan, ni la ruina de las más sorprendentes obras del arte, ni los dolores de las víctimas, ni la desgracia de las familias. Destruir; tal es su divisa; y como para ello necesitan del proletario, procuran conquistarle, ofreciendo en primer término ante su vista la no reducida serie de sus padecimientos, y ofreciéndoles para después de la victoria una sociedad tan perfecta, tan feliz, tan saturada de amor, tan libre de egoísmos y de trabajos, que bastaría su mera exposición para que espíritus menos ofuscados, la considerasen, ó como un engaño criminal, ó como la más loca de las utopías. Tales son, brevemente expuestas, las ideas, propósitos y procedimientos del anarquismo.

Podrá tal vez aparecer como exagerado este juicio, sosteniéndose que los atentados cometidos por los *propagandistas de acción*, son más bien manifestaciones de algunas naturalezas predispuestas al mal, no imputables á la colectividad. Los periódicos órganos de ésta, y entre nosotros *La Acacia*, *La Alarma*, *La Cuestión social*, *El Archivo social*, *El Combate*, *El Comunista*, *El Corsario*, *El Eco del rebelde*, *El Invencible*, *El Jornalero*, *El Obrero*, *El Porvenir anárquico*, *El Porvenir social*, *El Productor*, *El Proletario*, *El Socialista*, *El Primero de Mayo*, *La Idea libre*, *La Nueva idea*, etc., etc., ofrecen pruebas justificativas de cuanto dejamos dicho. Con todo, por emanar del funesto Baskounin, que tan expresiva pintura hizo del revolucionario tal como quería

que fuese, esto es, del anarquista, copiaremos las líneas en que explica su *Pan-destrucción*, su terrible *propaganda por el hecho*, tan perfectamente comprendida y practicada por los fanáticos. «Para lograrla, dice, se precisan una multitud de atentados y de empresas audaces hasta lo insensato, que llenen de espanto á los poderosos y reaviven la energía del pueblo, infundiendo en éste la fe en el triunfo de la revolución.»

El desarrollo de esta idea lo encontramos en sus «*Cartas á un francés*», en su «*Imperio Knont-Germánico*», en su «*Revolución social*», en su «*Teología política de Maccinio*», y en «*La Internacional*», en la «*Conquista del pan*», de Kropotkin, y en innumerables folletos. Después de ello y de lo expuesto por los *iniciados* anarquistas, resultan nuestros conceptos demasiado benévolos, y se hace incomprensible el *idealismo* que el Sr. Secur Escartín encontró en la doctrina del anarquismo, y menos comprensible todavía el *altruismo* que hasta en los sectarios criminales vió el eminente antropólogo Cesáreo Lombroso.

IV

Pondremos ya término á esta serie de consideraciones encaminadas á precisar en lo posible la condición actual del proletariado, y dentro de él el de la clase trabajadora, y el concepto formado respecto á la misma por los economistas clásicos, por los que comienzan á separarse de la escuela económica hasta ahora predominante, y por los socialistas y reformadores. Que son muchos y muy lamentables los males que los proletarios padecen, por más que han disminuído bastante con los adelantos y conquistas de la civilización moderna, de esa civilización tan censurada y calumniada por algunos que sólo al pasado miran, nos parece ser verdad innegable; hacérselos menos sensibles y dolorosos, es lo que debe procurarse; la necesidad de acometer tal empresa está en la conciencia de

todos. A conseguirlo tienden tanto los economistas-individualistas, como el socialismo; los unos con su fe ciega en los efectos de la libertad sin restricciones ó entorpecimientos, con su confianza en la iniciativa y energías individuales, animadas y fortalecidas por la asociación, que no contengan en sus manifestaciones y en su espontaneidad ingerencias impremeditadas del Poder social, palanca poderosísima capaz de transformar los mundos; el otro, receloso y desconfiado de esas energías, iniciativas y actividades, dirigiendo sus miradas hacia el Estado: de él espera, si no todo, gran parte del remedio; el Estado es quien debe comunicar el impulso, marcar la dirección, prestar los auxilios, remover los entorpecimientos, armonizar las voluntades, encauzar las corrientes, aunar las fuerzas, contener las impacencias; el Estado, en fin, debe presidir todos los actos del hombre, y todos los actos sociales.

Por nuestra parte entendemos que en las ideas de los unos y de los otros hay mucho de verdadero y no poco de erróneo. El individualismo exagerado conduce al atomismo, disuelve el cuerpo social; el socialismo extremadamente autoritario, y el radical ó comunista-colectivista, empequeñecen al individuo, le hacen desconfiar de sí propio, debilitan y hasta extinguen su voluntad, pues le hacen esperar todo y prometerse todo, del alto representante de la sociedad.

Sin embargo, la acción inteligente del Estado, sin que sofoque la acción individual, sin que la disminuya ni prive de lo que la corresponde, puede ser bastante provechosa: allí donde el individuo se detenga, cualesquiera que sean las causas, los motivos de su detención, debe obrar el Estado. La misión de éste no se halla reducida á la tutela jurídica; llega mucho más allá. Por tal razón debe ayudar al trabajador, poniéndolo en lo posible á cubierto de los riesgos y contingencias del trabajo, asegurándole de sus efectos, fomentar el espíritu de ahorro, fortalecer su crédito personal, auxiliar, regularizar y patrocinar sus instituciones de previsión, velar por la niñez y la juventud, para que no se descui-

den su educación é instrucción, no se las dedique al trabajo antes de la edad conveniente, no se las ocupe en faenas peligrosas y superiores á sus fuerzas. ni la jornada sea penosa y continuada, haciendo que las horas de labor alternen con varios descansos y con las que á la enseñanza han de destinarse; debe atender también á la mujer para que la madre de familia no se convierta exclusivamente en *menestrala*, para que su vida moral no corra riesgo, para que no trabaje en labores que le son impropias ó dañosas á su dolorido organismo, para que no se subordine al deseo de aumentar los recursos del menaje, la crianza y educación de los hijos, para que no trabaje sino lo que prudencialmente deba y pueda; debe consignar todas estas medidas y reformas en códigos, leyes y reglamentos industriales, en los que se fijen las reglas y condiciones del contrato de obra, á fin de que á la sombra de la libertad de contratación, y aprovechándose de la concurrencia, no se establezcan condiciones excesivamente onerosas al obrero, funestas á su salud, amenazadoras de su seguridad, poco en armonía con la moral, ni se le limite el salario por bajo de lo preciso para cubrir sus necesidades naturales, las de conservación, y procurando en lo factible que tenga alguna participación en los beneficios, y á fin también de que á su vez el obrero, utilizando esa misma concurrencia industrial, ú otros medios menos legales, no imponga al patrono condiciones absurdas, que lesionen sus legítimos derechos, y dañen de rechazo la marcha normal de las industrias y el desarrollo de la producción; debe proteger la cooperación obrera, garantizar sus asociaciones, dándolas vida legal; establecer jurados que sin las dilaciones, entorpecimientos formularios, prejuicios, prácticas rutinarias y dispendiosos gastos de la justicia ordinaria, diriman las diferencias de los obreros entre sí, ó con los capitalistas, patronos y empresarios; y crear funcionarios que vigilen por el exacto cumplimiento de las medidas legislativas, de los preceptos gubernamentales.

Los trabajadores á su vez tienen que hacer mucho, y

comprendiéndolo así, á realizarlo tienden con mayor ó menor acierto, sus *uniones*. Esperan, con razón, bastante, de la sociedad, pero quieren contribuir por su parte á levantar el edificio de su bienestar. Si hubiéramos de resumir nuestras ideas respecto á estos particulares que serán objeto de los capítulos sucesivos, diríamos que de los dos grandes agentes de la producción, de los capitalistas y de los obreros, y del Estado, que del cumplimiento por parte de éste de todo su cometido, depende la mejora de la condición de los segundos. Ni el *laissez faire, laissez passer* de los fisiócratas y de los economistas, ni el *hacer demasiado* el Estado, extremando su acción é intervención, invadiendo la esfera propia del individuo: tal es la fórmula general. Examinémosla en sus detalles.

CAPÍTULO V

LA CONCURRENCIA

I

En contraposición á la llamada *lucha por la existencia*, que no sin fundamento pudiera llamarse *lucha por el progreso* que de ella proviene y con ella sigue actuándose, uno de los economistas de la Italia moderna, Lampertico, que cada día parece alejarse más de la escuela economista clásica y del individualismo exagerado, ha colocado otra ley que formula y desarrolla en notable estudio publicado en la «*Nueva antología*», y que denomina *ley del amor*, la cual, á ser verdadera, merecería una acogida entusiasta; pero que realmente no es más que una bella elucubración de una imaginación brillante y de su corazón sensible, que la historia con su lógica inflexible desmiente, pues la historia no viene á ser otra cosa que interminable serie de luchas de todas clases, y los hechos y la misma naturaleza humana, rechazan y combaten de consuno.

«Todos concurrirnos á una ley común. ¿Prevalecen los sanos y los fuertes? El mismo egoísta, sin saberlo, provee al bien de los venideros. La *ley del amor* es, forzosamente, observada aún por el rebelde, pues sobre la

tierra ó en la tumba, pagará su rebeldía y el mentido momentáneo triunfo. ¿Dónde halla la fórmula, la ecuación de esta ley? La función de la gran máquina es trascendente, las cantidades exponenciales son integraciones del porvenir. No es una ley de destrucción y de violencia la que hace grandes á las naciones y respetados á los pueblos; la ley de la conservación debe ser, es necesariamente ley el amor». Tales son las palabras de Lampertico.

A la denominada ley de la concurrencia, emanación y personificación de la lucha por la vida, lucha que se libra lo mismo entre las naciones que entre los individuos, lo mismo en el terreno político que en el social, que en el económico, y en éste más que en aquéllos, es precisamente á la que conduce, cuando las ilusiones y los ensueños no ofuscan la inteligencia, lo equivocado de la concepción de Lampertico. Si ésta fuera real y efectiva, y no una simpática utopía, no podrían de ningún modo explicarse la concurrencia y otra multitud de hechos, y fenómenos, y principios económicos determinantes de los mismos que la escuela económica á que el escritor italiano pertenece, admite como inconcusos y declara indiscutibles. La concurrencia es la lucha, es la guerra, y su negación sería la *ley del amor*. ¿Dónde ha visto manifestarse á ésta? ¿En qué hechos, circunstancias y condiciones la funda? Esto es lo que no ha dicho ni puede decir, puesto que el interés que inspira, si no la generalidad, gran parte de los actos humanos, la necesidad de la conservación propia, que da origen á muchos, el egoísmo, que es flaqueza del hombre, y con el egoísmo otras pasiones, que predominantemente informan y se descubren en todas las épocas de la vida de la humanidad, porque si en algunos de sus miembros el *altruismo*, el amor noble y desinteresado á sus semejantes, ha sofocado sentimientos é instintos menos elevados y aun contrarios, acallado las pasiones, las flaquezas, los impulsos egoístas, los violentos estímulos de la necesidad, etc., etc., tan fuera y por encima de la manera general de ser y de obrar se les ha considerado, tan supe-

riores al sentir común, que, ó bien se colocara á tales individuos sobre los altares, ó bien la gratitud perpetúa su recuerdo uniendo sus nombres á los de los más grandes bienhechores.

Luchar por la existencia, con razón se ha dicho, es perfeccionarse: la lucha es la vida, como la paz absoluta es la muerte. Por eso los economistas Manchesterianos han elevado la concurrencia á la categoría de principio, de ley; por eso á los reformadores, que con sus creaciones pretendían conseguir para la humanidad una era de felicidad y de paz; se les ha calificado de soñadores y utopistas; y por lo mismo el socialismo de la cátedra, el socialismo cristiano, y aun algunas sectas del radical, aspiran en primer término, debiéndose francamente auxiliarles en tal empresa, á modificar las condiciones de la lucha, haciéndola menos penosa, ruda, difícil, desigual é injusta, á disminuir el número de sus víctimas, á reducir las exigencias y pretensiones de los vencedores, y los actos de desesperación de los vencidos, y á mejorar en lo posible la condición de éstos. Por iguales causas y razones, lo que procuran es fijar las verdaderas leyes, las leyes racionales, aunque no inmutables, del trabajo, las reguladoras entre los dos agentes de la producción, y las que dirigiendo la circulación de los productos, normalizan el consumo.

¿Es beneficiosa en general la libre concurrencia? ¿Lo es al trabajador? ¿Debe ponérsela limitaciones? ¿Debe intervenir directa ó indirectamente el Estado? ¿Cómo puede hacérsela menos sensible? He aquí las principales cuestiones cuyo conjunto constituye uno de los trascendentales problemas económico-sociales, el problema de la concurrencia, objeto de tan enconadas discusiones, de tan empeñadas contiendas, de conclusiones tan opuestas, y que vamos á examinar, poniendo de relieve al efecto las operaciones que marcan las diversas tendencias.

II

Los economistas clásicos ó Manchesterianos, y los escritores individualistas, y más resueltamente cuanto mayor es su entusiasmo por la libertad, por los llamados derechos intangibles, del individuo, son, conforme ya hemos indicado, los principales, ya que no los únicos defensores de la concurrencia libre, ilimitada, y los más entusiastas preconizadores de sus beneficios.

Por el contrario, los socialistas, desde los exaltados hasta los que pudieran decirse conservadores, y los mismos obreros, ven en la concurrencia, tal cual en la actualidad se produce, una lucha desastrosa entre intereses convertidos en antagónicos, entre fuerzas, elementos y factores que por tender á un fin común deberían y podrían caminar unidos; lucha en que los débiles sucumben siempre, y triunfan los fuertes, los poderosos, los audaces.

El optimismo es quien alienta y domina á los unos, impidiéndoles penetrarse de la triste realidad; el pesimismo, pero no absoluto ni respecto del porvenir, inspira á los otros. Aquéllos confían en que la libertad no bastardeada ni comprimida, en todas las manifestaciones de la vida económica, como en la política y en la científica, llevará á la armonización de los intereses, hará menos sensibles los efectos de las perturbaciones transitorias, esparcirá los beneficios haciendo que participen más de ellos las clases desvalidas, reducirá el campo y modificará los términos de la lucha, y como ésta ha de existir siempre, conseguirá dulcificarla, que es lo único que podemos prometernos. Éstos sostienen que la libertad no es un remedio ni una solución, sino á lo sumo un medio, cuando es acompañada por otros; que la libertad no ha obrado, ni obra, ni puede obrar por sí más que en favor del fuerte y en contra del débil, del pode-

roso en contra del humilde, del audaz en contra del tímido, del rico en contra del pobre, del capital en contra del trabajo, del fabricante ó patrono en contra del operario; que la libertad para el último no es sino la elección entre los dos términos de un dilema, ambos adversos al trabajador, ó *morir de hambre*, ó *resignarse*; que el Estado, únicamente el Estado, representación de todos los elementos constituyentes de la sociedad, disgregados por el individualismo, puestos enfrente los unos de los otros por el economismo, es quien puede con su acción más ó menos directa, cambiar los términos de ese dilema, ó más bien, hacer que no exista; y que la concurrencia será más fuerte, más extensa y desastrosa, cuanto más ilimitada sea la libertad, cuanto el capital, siempre egoísta, en tanto que de particular no se haga social ó colectivo, pueda gravitar con todo su peso, que es inmenso y mayor cada día, sobre quien nada posee como no sean su inteligencia y sus fuerzas físicas, sobre quien para ejercitar una y otras, para vivir, de él necesita.

“Cualesquiera que sean las diferencias entre los esfuerzos de los productores, dice el distinguido profesor de la facultad de Derecho en la Universidad de Coimbra, Rodríguez Brito, los nivela la concurrencia al mismo tiempo que destruye las exageraciones del mercado, contribuyendo á que los precios se aproximen al valor normal, sin gran perjuicio del productor ó del consumidor; la concurrencia es el principio de lo justo, procurando, bajo las formas del interés personal, introducirse en los cambios y destruir la expoliación y la astucia de los mercados, y vendiendo la equivalencia entre los servicios que se cambian. Cuando la concurrencia es exagerada entre los productores, se abaratan los precios y disminuye la producción: si lo es entre los consumidores, los precios aumentan y disminuye el consumo; el cambio requiere con digna retribución (1).”

(1) *Philosophia do direito*.

Otro escritor y economista, el Sr. Millet (1), se presenta en la palestra con mayor decisión que el anterior, defendiendo á la concurrencia que considera como siempre existente, y no pudiendo menos de existir, puesto que forma parte esencial de la organización y de la vida de las sociedades, y, por lo tanto, imposible de sustituirse con organizaciones artificiales ideadas por entendimientos enfermos.

«Fuera de la concurrencia, escribió Prundhón (2), no hay más que la mistificación y la hipocresía. La concurrencia hace más inteligente, más activo y más perseverante el trabajo del hombre, facilita la adquisición de los productos de los países lejanos, y ha sido y es el origen de los más admirables descubrimientos. Se la acusa de anárquica, y sin embargo con ella prosperan y adelantan las naciones. Se la acusa de injusta, y el triunfo corresponde siempre en los mercados al que produce mejor y con más baratura, es decir, al que más hace en favor de los demás hombres. Se la acusa de fraudulenta, y el fraude aleja á los consumidores del productor que lleva en su frente el estigma del descrédito. Se la acusa de productora de la miseria, y con ella se aumenta la demanda de brazos, bajan los precios, crecen los consumos y se enriquecen los pueblos. Se la acusa, por último, de ser causa del feudalismo y del monopolio de los ricos (3), y, sin embargo, por ella es cada vez mayor el número de pequeños talleres».

Igual opinión, y acaso más pronunciada, sustentó uno de los economistas que entre nosotros goza, con sobrado fundamento, de bastante autoridad, M. Baudrillart, quien al debatirla ha profundizado tal vez más en la cuestión, colocándola en el mismo terreno, y examinándola bajo el punto de vista en que la consideramos.

(1) *La cuestión social.*

(2) *Sistema de las contradicciones económicas.*

(3) *Considerant: Los destinos sociales.*

M. Baudrillant (1) hace emanar de la libertad del trabajo la concurrencia, lo cual, á su entender, no precisa demostración, pues «desde el momento en que cada uno es libre de hacer de sus facultades el uso que quiera, es inevitable que muchos dirijan sus esfuerzos hacia la misma industria, y como se disputan un mercado limitado, se colocan naturalmente los unos respecto de los otros en cierto estado de rivalidad».

En este concurso de varias voluntades, para conseguir un mismo fin que no todos pueden alcanzar porque la concurrencia de los unos excluye la de los otros, estriba la colisión de los intereses opuestos, motivándose esa concurrencia, que si es entre los productores da como resultado por de pronto la abundancia y baratura de los productos en beneficio del consumidor, y después del que los menos resistentes, los que poseen un capital más reducido, dejan de producir, ya por haber consumido el capital arruinándose, ya, para no perderlo, cambiando la industria que ejercían por otra similar, ya dejando de ser industriales; y si es entre los trabajadores, y la oferta de trabajo no guarda correlación con el pedido, lo cual con frecuencia sucede, origina el abaratamiento de la mano de obra y la huelga forzosa de mayor ó menor número de trabajadores.

«De aquí, prosigue diciendo M. Baudrillant, se ha partido para trazar una pintura espantosa de los fraudes, sofisticaciones y antagonismos implacables á que arrastra la concurrencia, á la industria y al comercio; se ha formado el proceso de la libertad industrial, de igual modo que el de la propiedad y la familia, alegando sus inconvenientes, y olvidando que el abuso, de esto como en todo, no puede suprimir el uso, y que el bien predomina bastante sobre el mal».

Señala después como remedios únicos contra tales procederés, el ejercicio de la asociación, la moral y la ley que en unos casos lo será la civil, y en otros, en los más,

(1) *Manual de Economía política.*

cuando exista dolo, perturbación del orden jurídico, intención malévola, lo será la penal. «Por otra parte, concluye, á la propia conveniencia no podría sustituirse otra cosa que el monopolio universal de las industrias por el Estado, es decir, un extenso comunismo, y este régimen de opresión no es, con todo, un régimen más ordenado y moral, puesto que el mal no está en la libertad, sino en la naturaleza humana, y es una verdad que el hombre se corrompe más en el despotismo que en un régimen libre».

Después de las anteriores consideraciones relacionadas con uno de los principales aspectos bajo los que se ha estudiado la concurrencia libre, se hace cargo el mismo Baudrillart de otros efectos que, según él, produjeron esa ingerencia del Estado, y manifiesta que la concurrencia se justifica «por los dos grandes resultados que la industria puede proporcionar: primero el perfeccionamiento de los productos, de los procedimientos y de los servicios que caen bajo su acción; segundo, por el mayor mercado, siendo únicamente ella la que puede obtener los resultados á que conduce, excitando á todos los productores á ingeniarse por complacer al público, la que está en disposición de plegarse á la diversidad y movilidad de las necesidades y gustos, pues la máquina del Estado sería infinitamente más pesada y complicada».

Fijándose en la concurrencia de los trabajadores, tan desastrosa, tan funesta, mayor cada día, puesto que la población crece y la extensión del trabajo no se aumenta de igual modo, y que se ha proyectado disminuir, para contrarrestar sus efectos, ya solicitando la intervención del Estado, ya la regularización por éste, y aun la absorción de todas las industrias, ya por otros medios más ó menos radicales, propuestos, bien por los socialistas, bien por los mismos obreros agrupados en uniones, *tradens unions*, bien formando *coaliciones* y creando cajas de resistencia, declara «ser evidente que la concurrencia tiene por efecto llenar los vacíos á medida que se observan en ciertos ramos de la industria y desobstruir lo que está recargado, demasiado lleno, y que

allí donde se elevan demasiado los salarios ó los productos, hace afluir capitales, y allí donde comienzan á bajar, advierte al trabajo y al espíritu de empresa que tomen otra dirección».

Lo que no resuelve Baudrillart es la objeción más fuerte que los socialistas oponen á la concurrencia. ¿Qué será de los trabajadores no sólo cuando los salarios desciendan hasta ser insuficientes para cubrir sus necesidades naturales, sino cuando les falten, por exceder la demanda de trabajo á la oferta, por haber sustituido la máquina al hombre, por no encontrar éste fácilmente, ó no serle posible, ese camino, esa nueva dirección que la concurrencia le invita á tomar? Mendigar, llegar al crimen, dejarse morir de hambre, ó librarse de la vida por el suicidio; contestan aquéllos.

Otro de los escritores que con mayor lucidez se han ocupado de este gravísimo problema, lo ha sido el notable economista italiano Jerónimo Boccardo, cuya significación científica no necesita de encarecimiento, pues demasiado la revelan, el detenido estudio que de sus obras se ha hecho en todos los países, y el lisonjero juicio que han merecido principalmente su *«Diccionario Universal de Economía política y Comercio»*, los estudios que publicó en la *«Biblioteca de los Economistas»* y en el inmortal *«Tratado teórico práctico de Economía política»*. Al exponer sus ideas respecto al concepto y alcance de la concurrencia, elevada á la categoría de ley natural por los economistas clásicos, copiaremos con la claridad con que lo hace, las palabras de otro economista también italiano, Víctor Cusumano, que lo ha hecho de un modo magistral.

«Para Boccardo, dice, la concurrencia es en el orden económico lo que la ley de la atracción universal es en el astronómico, el paralelógramo de las fuerzas en mecánica, y el libre albedrío en moral. Sólo ella puede resolver todos los problemas sociales, proporcionar la mayor producción posible y la mejor posible repartición de bienes. Fuera de ella no hay más que despojo y arbitrariedad: ella es la actuación práctica del

sublime principio de la fraternidad cristiana. Boccardo no encuentra más que leyes naturales económicas, las cuales no dependen de la voluntad humana, por cuya razón no pueden cambiarse ni alterarse por mucho tiempo por medio de convenciones escritas, ofreciendo un ejemplo de ellas la ley del salario».

III

Ya hemos hecho breves indicaciones respecto al resultado práctico que en lo referente á los dos principales factores de la producción, capital y trabajo, á la regulación del salario, ó retribución del último, ofrece la ley económica de la concurrencia, que el publicista italiano conceptúa tan cierta, tan necesaria é importante como las más incontrovertibles leyes económicas. Hasta el presente la concurrencia, sea por los obstáculos que se han opuesto siempre á la libertad económica, privando, de consiguiente, á aquélla, del preciso y natural desarrollo, sea porque se ofrezca como un hecho fatal, que lleva consigo gérmenes funestos, como pretenden los socialistas, es lo cierto que constantemente ha sido causa productora de la ruina de muchos de los que la sostenían, de continuas y profundas perturbaciones en el régimen y actuación de las industrias, y en las relaciones y manera de ser de las diversas clases sociales, de los crecientes odios entre patronos y obreros; es lo cierto que, con muy contadas excepciones, ha obrado en sentido contrario al trabajador, disminuyendo, por una parte, su salario, y aumentando, por otra, la duración y las duras condiciones del trabajo; y eslo también, que si ha desarrollado la producción, ya aumentando su intensidad, ya su extensión, no ha servido para hacer más equitativa la distribución de los productos.

No; la concurrencia no es ni puede ser una ley natural, sin que al decir esto neguemos su universalidad y sus beneficios en determinadas circunstancias, porque

son tan indudables los daños que al mismo tiempo origina, y procurado aminorar el empirismo gubernativo, con restricciones, privilegios, tasas, reglamentos, monopolios, protección á varias ó á todas las industrias nacionales, y aun prohibiciones; medidas todas ellas restrictivas de la concurrencia; y porque son tantas las causas que en la misma influyen, las fuerzas que sobre ella obran, que á ser ley, más bien lo sería de excepción. Si la oferta de los productos es mayor que la demanda, lo cual significa que hay desproporción, desequilibrio, entre la producción y el consumo, los precios bajan, no obstante lo cual, como el consumo es menor, los productos se acumulan, se amontonan, resultando de esta aglomeración una pérdida, puesto que es un capital que queda paralizado, inactivo, la producción tiene que restringirse, que contenerse, que retroceder, buscando el nivel, y de todo ello provienen pérdidas en la riqueza general, pérdidas en la particular de los fabricantes ó productores, y daño á los trabajadores cuyas ocupaciones se limitan.

Si, por el contrario, la demanda excede á la oferta, el valor en cambio, no el valor real de los productos, sube, y por de pronto motiva que numerosas clases sociales, las menos acomodadas, las más necesitadas, tienen que, ó privarse por completo de aquéllos, si no son de los absolutamente necesarios á la vida, lo cual es un daño, ó limitar su consumo, daño menor pero efectivo, y después, el que tomando nuevos vuelos la producción, se llegue á las anteriores consecuencias.

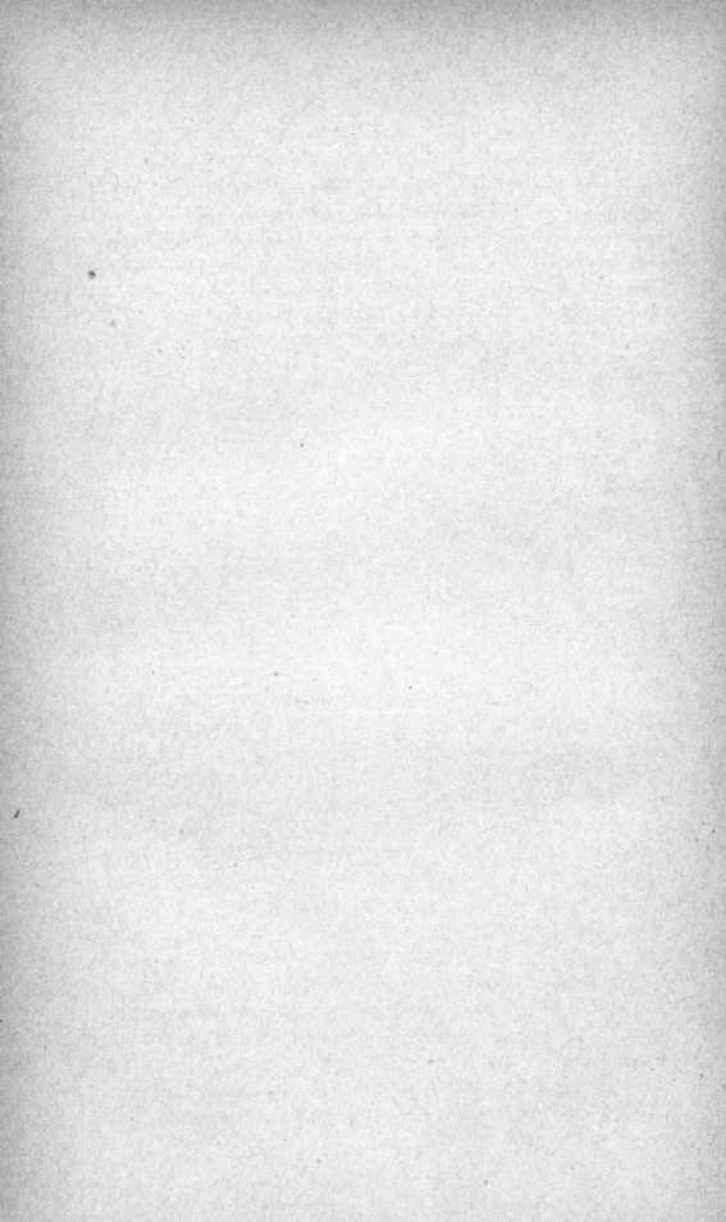
Verdad que, como dice uno de los economistas citados, en cualquiera de estos casos la concurrencia señala á los productores la necesidad de que tomen otro camino; pero sea el que quiera el que tomen, el resultado fatal será siempre idéntico. ¿Toman el de otras industrias? Entonces su concurrencia daña á los productores existentes, y la mayor producción llevará al deprecio, á la aglomeración de productos, á la paralización del capital. ¿Toman el de otros mercados? Entonces no hacen sino llevar el daño á regiones distintas. ¿Se acude al

prohibicionismo, á las restricciones, á las tasas? ¿Qué es entonces de la libertad? Aquí los mismos economistas Manchesterianos, los preconizadores fervientes de los inmensos beneficios de la concurrencia, tienen que condenar el procedimiento; otra cosa sería negar todos los principios de su escuela.

Si la concurrencia tiene lugar entre el capital y el trabajo, rara vez deja de redundar en menoscabo de éste, haciendo descender los salarios, aumentando las horas de jornada, utilizando á la mujer y al niño, empleando nuevas máquinas para disminuir la mano de obra, y despidiendo trabajadores. Consecuencia inevitable de todo ello es el suscitar otra concurrencia, más terrible, más desastrosa, entre los últimos, y su daño mayor. Se dirá, y con efecto se dice, que siendo libre la concurrencia, lleva al equilibrio, á la nivelación, á la proporcionalidad. Pero, ¿cuándo de hecho ha sido así? ¿cuándo la producción y el consumo han sido equivalentes?

La concurrencia es la lucha, la guerra sin tregua ni cuartel, despiadada, ya entre los mismos productores, ya entre éstos y los consumidores, de una ó de varias naciones, ya entre patronos y obreros, ya entre éstos únicamente. Es una guerra, que como todas, y á veces mucho más que las de los ejércitos y de los pueblos, produce desastres inmensos é innumerables víctimas. Y si á pesar de todo no puede desaparecer, puesto que es una de las manifestaciones de la lucha por la vida, lo que puede y debe procurarse es que se modifique, que se haga menos dura, á imitación de lo que va realizándose en las otras guerras. A esto es á lo que la generalidad de las escuelas socialistas tienden, rechazando en absoluto el *dejar hacer, dejar pasar* del economismo histórico, del individualismo absoluto, y la panacea de la libertad, que si verdaderamente debe constituir una parte del remedio, acaso el principal elemento, ni es el único, ni en muchas ocasiones puede dejarse sin restricciones, pues así lo exigirán á veces las especiales circunstancias, las condiciones de los pueblos, y hasta el movimiento social.

Hacer, por lo tanto, una ley natural económica de la concurrencia, como pretende Boccardo, y con él no pocos economistas, nos parece demasiado atrevido é insostenible. Las leyes, los principios económicos, deben serlo de vida, no de muerte, y por lo tanto son rechazables aquellas leyes y principios que aun cuando producir pueden á veces mayores ó menores beneficios, son causa más frecuentemente, de sufrimientos, angustias, ruinas y miseria de millones de individuos.



CAPÍTULO VI

LA CONCURRENCIA

(Conclusión)

I

Adán Smith, el llamado patriarca de la ciencia económica, aunque ésta en fecha mucho más atrasada tuvo su origen, decía que la Providencia por incomprensibles medios y ocultas relaciones entre causa y efecto, ha ordenado las cosas de manera que cada hombre mira á sí mismo y busca su propio provecho independientemente de los demás, y que su obra, egoísta en la raíz, es en el árbol fructífera para todos; y la libre concurrencia, que á primera vista se presenta como una lucha y un conflicto, contribuye, no sólo á aumentar y mejorar la producción, sino á abaratar los productos, y á hacer más equitativa la distribución de las riquezas.

Después de consignar los anteriores conceptos del inmortal economista, cuya inexactitud creemos haber demostrado, uno de los más ilustres hombres públicos de la Italia contemporánea, Marcos Minghetti, y de manifestar que "estas armonías naturales han sido descri-

tas con sumo cuidado por los economistas, y el perturbarlas por obra del Estado les pareció que era contrariar y contradecir la obra más prudente y sabia de la naturaleza», pregunta: «¿cómo es, sin embargo, que la opinión pública se ha ido manifestando poco á poco en un sentido contrario á los economistas?» Contestando á esta pregunta que desde luego se ofrece á la inteligencia, y que nos sirve de eslabón de enlace entre las opiniones é ideas de los economistas, y las del socialismo, que pasamos á exponer, dice: «Preciso es confesar que la experiencia ha demostrado que la tesis economista es errónea en algunas de sus partes, y ha inducido y obligado á concluir que el interés privado pugna con el público, y la libre concurrencia aprovecha á pocos, á saber, á los más fuertes, y perjudica á la mayor parte. Ya hace tiempo que los socialistas contraponen á las armonías económicas, las antinomias; ya bastante tiempo atrás habían dicho que la libre concurrencia oprime al débil, al pobre, al desvalido, y ayuda, enriquece y levanta al poderoso, al hombre que dispone de mayores elementos para la lucha. No estaban desprovistas de fundamento estas observaciones; antes por el contrario, han sido confirmadas en parte. Ante todo, las armonías económicas suponen que obra normalmente con lo que gobierna y rige toda la economía social; la ley de la debida proporción entre los diferentes elementos de la misma, y semejante proporción supone observancia de las leyes naturales. Bajo el imperio de la buena fe, de la justicia y de la benevolencia, hay armonía entre el colono y el propietario de la tierra, entre el capitalista y el obrero, entre el vendedor y el comprador; pero allí donde dichas virtudes no existen, ó han sido destruidas, las debidas proporciones entre los elementos económicos se alteran, y la armonía se convierte en pugna y enemistad».

Nada más cierto que ese cambio señalado por Minghetti en la opinión pública que va separándose de los principios y opiniones de los discípulos de Adán Smith y del exagerado individualismo, aproximándose poco á poco, pero cada día más de prisa, al socialismo moderno

en sus dos grandes manifestaciones ó corrientes, representadas por el gubernamental, científico y de la cátedra, del que puede conceptuarse derivación vigorosa el cristiano, y el radical ó revolucionario, que tiene su expresión extrema en el demagógico anarquismo. Pero ese cambio, mejor aun evolución, no se ha efectuado rápidamente: ha sido tan lento cuanto continuado, y en el importante problema de que venimos ocupándonos, lo patentizan las vacilaciones de no pocos economistas de indiscutible significación científica, la formación de la nueva escuela económica, las afirmaciones de escritores más afines al individualismo, y otros hechos no menos significativos.

II

En uno de los libros que más han conmovido el corazón de los pueblos, que más profunda impresión produjeron, debido á la pluma de un escritor que tanto amó la libertad, que en ello por muy pocos ha sido igualado; libro lleno de poesía y de elocuencia, en el que se describen escenas y se pintan cuadros que el inmortal poeta de la Edad media, Dante, no hubiera desdeñado, y encierra pensamientos que parecen que recuerdan á los cantores épicos del primitivo Oriente, y no pocas ideas sustentadas por los revolucionarios más radicales; en el tan conocido opúsculo *«Las palabras de un creyente»*, manifiesta el abate Lamennais, cuya vida parece fraccionada en dos partes perfectamente distintas, la una destinada á sostener con toda la exaltación de un fanático, la causa, las doctrinas y los dogmas de la Iglesia Romana, mereciendo los aplausos pontificios, y la otra á defender con no menor exaltación, la causa, ideas y sentimientos del pueblo, siendo objeto de las censuras de aquél; puso de manifiesto y pintó la apocalipsis de la humanidad, representándola por siete monarcas sentados en trono de huesos, vertiendo sangre humana en copas formadas

por cráneos, y teniendo los pies sobre un crucifijo, conspirando contra la libertad, contra la ciencia, contra la verdadera religión, contra todo cuanto constituye la grandeza de la humanidad, en noche tenebrosa y bajo un cielo sin estrellas. Cuadro semejante es el que nos ofrecen ciertas escuelas para representar al capitalismo, al industrialismo y á la concurrencia, que también, según ellas, se sientan sobre las numerosas victimas que sacrifican; exageraciones, producto en lo general de la imaginación de sectarios, unida á la exaltación de pasiones sobreexcitadas por la contemplación de los males, desdichas é injusticias que agobian y aun aniquilan á clases enteras de la sociedad.

A Max Nordan, socialista anticristiano, pueden muy bien aplicarse los anteriores conceptos, por la exageración, la saña y la acritud con que combate, empleando al efecto la fascinación de su brillante estilo, y el peso de implacable dialéctica, las instituciones, creencias é ideas de mayor arraigo, y por las sombrías imágenes con que representa la situación de las que califica de clases oprimidas, sin que no obstante pueda negarse fundadamente la exactitud de algunos de sus juicios, la certeza de los hechos en que se apoya, y la profundidad de muchos de sus pensamientos.

Las *«Mentiras convencionales de la sociedad»* es indudablemente la obra en que más resaltan las bellezas y los defectos, las exageraciones y la rectitud de juicio que caracterizan las diferentes producciones del socialista germano. De la que ha denominado *«Mentira Económica»*, nos permitiremos copiar algún pasaje, dando de ese modo comienzo á la rápida excursión por el campo socialista, que creemos conveniente, y más que conveniente precisa, dado nuestro propósito de exponer las más culminantes ideas del socialismo acerca de varios de los problemas del trabajo.

Según Max Nordau «cuanto más trabaja el proletario, más empeora su situación, lo cual parece una paradoja, pero es absolutamente cierto, pues si el obrero produce más, el producto de su trabajo, ó su salario, sigue

siendo el mismo, cuando no disminuye; apurando sus fuerzas, pues él mismo rebaja la mercancía y quita precio á su trabajo; hecho que no se efectuaría si la producción de la gran industria se determinase por la demanda, porque entonces no podría haber nunca exceso de producción, la abundancia de los bienes no disminuiría su valor, y por más trabajo recibiría el obrero más salario».

«Hemos visto, añade, cómo se obtiene esa baratura de los productos por la concurrencia de los capitales á expensas del obrero; por la explotación criminal de la fuerza humana. El obrero debe permanecer encadenado á su máquina, diez, doce y tal vez catorce horas diarias, á fin de que el algodón se ponga tan barato como está: llega á no sentir que vive. Pasa su existencia entre las desnudas paredes de una fábrica y entregado á una serie de movimientos automáticos, que son siempre los mismos. Es el único ser viviente del universo que durante gran parte de su existencia debe cumplir un trabajo antinatural para sostener su organismo. Verdad es que á costa de tal suma de trabajo la mercancía se abarata, pero también es peor. Todo nuestro desarrollo industrial conduce al reemplazo de mejor primera materia por otra más buena, y á la mayor disminución posible en un determinado artículo».

III

Con no menos dureza que Max Nordau, combaten la ley económica de la concurrencia, especialmente por sus dañosos efectos en la vida, en la situación de los trabajadores, tal como se manifiesta y ha sido defendida, los socialistas cristianos, que la conceptúan «anticristiana é inicua». Con efecto, en Ketteler, en Hitze, en Weiss, en De Mun, en Decurtins, así los más radicales como los más circunspectos, pero todos ellos ajustándose á los principios de esa nueva escuela social que busca su apoyo

principalmente en las máximas y doctrinas evangélicas, en los preceptos divinos, en las tradiciones religiosas, se encuentra la demostración más cumplida de tal aserto que acaso no falta quien de bastante aventurado lo califique atendiendo al abismo que media entre el positivista é irreligioso escritor, y los que con la fe y decisión de los primeros creyentes, llevando en la mano los sagrados libros, luchan por el mejoramiento material y el perfeccionamiento moral del hombre; encontrándose también nueva prueba de ello en los discursos de De Boyre, de Neumer y de Jardí.

A juicio de ellos, «la concurrencia, que impulsa á los hombres á pelear y á luchar diariamente en todas las industrias, en todos los comercios, y en todos los ramos de la actividad humana, es un principio anticristiano, pues se propone suprimir ó eliminar á los débiles, á los que no se adaptan, á todos aquellos que no tienen fuerza física para resistir; y el cristianismo ha nacido precisamente de la necesidad de defender á los débiles contra los fuertes, de tutelarlos, de protegerlos».

Estas ideas, que insensiblemente pueden llevar á los extremos del *colectivismo*, por más que partan de punto distinto, no carecen de exactitud, ni, por lo tanto, se alejan de la verdad, porque la concurrencia industrial, conforme repetidamente hemos dicho, es una de las formas ó manifestaciones desastrosas de la lucha por la vida, á consecuencia de la cual el débil, que lo es el trabajador, sobre todo cuando sus asociaciones son contrariadas por las leyes ó los gobiernos, generalmente sucumbe, y el fuerte, que lo es el capitalista, el fabricante, el patrono, lleva la mejor parte, y casi siempre triunfa, puesto que el dilema á los últimos impuesto, no es de vida ó muerte, como el de aquél, sino de disminución de ganancias, de pérdida parcial ó total de los capitales comprometidos en la empresa ó industria; y porque el cristianismo es una religión que abrazando á los débiles, les ampara, les anima, les alienta, les da consuelo, les fortalece y les concede todos sus auxilios.

Monseñor Ketteler dijo que «el trabajo se ha conver-

tido en nuestros tiempos en una mercancía sometida á las mismas leyes que regulan todas las demás. Por tanto, el precio del trabajo, el salario, se regula como el de una mercancía, por la ley de la oferta y de la demanda. Pero la concurrencia exige que el productor se proporcione la mercancía al más bajo precio posible, para poderla vender á un precio ínfimo. Si lo consigue hará desaparecer poco á poco del mercado á todos aquéllos que no pueden dar una mercancía de la misma calidad sino á un precio superior. También ocurrirá alguna vez, que para sostener una industria que se halle en peligro y prolongar por algún tiempo una existencia imposible, venderá á menos del precio de coste; pero detrás de esto viene el desastre y la ruina... Para vencer en la concurrencia, el productor se esfuerza en disminuir los gastos de producción; cuando hay superabundancia de trabajadores, los obreros se ven fatalmente arrastrados, para conservar su vida, á concretarse á lo necesario. Los productores están en el mercado preguntando:—«¿quién quiere trabajar por un salario mínimo?»—y todos se esfuerzan, en la medida de sus necesidades, en reclamar un precio menor por su trabajo. Por fin, lo mismo que sucede con las mercancías, llega un día, día de desolación, en el cual esta mercancía humana se ofrece á menor precio de coste, es decir, para hablar con claridad, llega un momento en que la necesidad obliga al desgraciado obrero á no pedir más que un salario insuficiente para proveer al alimento, al vestido y á la habitación. En tal caso, él y los suyos tienen que privarse de lo estrictamente necesario, porque el salario no puede proporcionárselo. ¡Verse privado de lo estrictamente necesario, aunque sea tan sólo para un día! ¡Cuánta miseria y cuánto dolor se encierran en esta sola frase! (1)».

El conde de Mun, más refractario que los cardenales Mannig y Ketteler, que el canónigo Monfang, que Hitze, que los *católicos sociales* en general, á las libertades

(1) *Die Arbeiterfrage.*

modernas para cuya conquista se sacrificaron tantas generaciones y aunaron sus esfuerzos los genios más eminentes y los más grandes hombres, triunfo señaladísimo de la causa de la humanidad; el conde de Mun se produce con extraordinaria crudeza contra la concurrencia y sus efectos. Para él, «la libertad absoluta producto de la revolución, ha colocado como fin de los esfuerzos el interés personal, y habiendo despojado al poder soberano del deber de protección, que es el fundamento de su derecho, y habiendo suprimido de un golpe, toda intervención tutelar, ha entregado sin defensa á los más débiles á merced de los más fuertes, con lo cual ha creado el individualismo, que deja tanto á unos como á otros aislados y frente á frente y abierta la puerta á la libre concurrencia, es decir, á la guerra implacable, semejante á aquellos duelos gigantescos á que se emplean sobre los grandes ríos de América los barcos de compañías rivales, los cuales caminan con tanta velocidad que hacen saltar por el aire á los equipajes y á los pasajeros. El ansia de las especulaciones lo invade todo, la lucha sin tregua ha reemplazado á la emulación fecunda, la pequeña industria está oprimida, el trabajo profesional decae, los salarios se mermán, y el pauperismo se extiende como espesa lepra, el obrero explotado siente germinar en su corazón la semilla de un odio implacable, no encuentra asilo más que en la resistencia, ni puede acudir á otro medio que á la lucha. (1)»

El conde de Roquefueil, también socialista católico, consignó su juicio en los siguientes renglones: «En la situación económica creada por la libertad del trabajo y la libre concurrencia, el contrato de trabajo entre el obrero que se muere de hambre, y el patrono que puede esperar, no puede menos de ser injusto, porque la libertad del trabajo, mejor dicho, lo que se llama así, y no es otra cosa que la libertad del capital, exclusivamente, hace al trabajo esclavo. El hambre obliga al obrero á

(1) Discurso pronunciado en Chartres en 1878.

celebrar contratos inicuos, que van en perjuicio suyo, y acepta el precio que se le ofrece, cualquiera que sea, aunque sea notoriamente insuficiente; un pedazo de pan es mejor que nada. (1)»

«Si el fin de la vida fuese aumentar las ramas de algodón, dijo el venerable y respetabilísimo cardenal Manning, ante cuyo cadáver desfilaron y derramaron lágrimas de gratitud miles de obreros, y si la gloria de Inglaterra consistiera en multiplicar lo posible los productos de sus manufacturas, y en venderlas al menor precio también posible, á todas las naciones, yo no tendría nada que oponer. Pero la dignidad de la vida doméstica, del pueblo, lo domina todo: si la paz y la pureza de las familias; si la educación de los hijos; si los deberes de los esposos y de los padres están grabados en la ley natural de la humanidad; si todas estas cosas son bastante más sagradas que la libertad de los cambios y del trabajo, que resulta de la venta abusiva de la fuerza y de la actividad del hombre, tiende á destruir la vida doméstica y el cuidado de los hijos, y convierte á las esposas y á las madres en bestias de carga que se levantan antes del sol y que se acuestan después que se pone, cansadas, no teniendo tiempo más que para comer precipitadamente y echarse en la cama; si todo esto es así, no hay vida doméstica y no es posible seguir por este camino que es el de la concurrencia (2).»

Por último, el canónigo Hitze manifiesta en el folleto «*Die quintireur der sozialen frage*» que tanta resonancia tuvo, que «la producción, aumentando su medida, no sólo traspasa los límites del consumo, sino que se mantiene muy alejada de este, siendo por lo tanto la concurrencia más terrible, y el pueblo, que cada vez se empobrece más, compra de vez en vez menos, y como él es el que forma la clientela más numerosa, el equilibrio

(1) *Questions sociales et ouvrières.*

(2) *The rights and dignity of labour.*

entre producción y consumo se rompe, y de ese modo la crisis económica no es ya un hecho pasajero, sino un hecho normal».

IV

Carlos Fourier, á quien acertadamente se ha comprendido entre los soñadores ó *utopistas*, puesto que utópico es su sistema societario, y puesto que más que en el mundo real, cuyas ideas, hechos y manifestaciones más de una vez le hicieron estremecer impresionándole dolorosamente, vivió en la región de las tiernas ilusiones y de los dulces desvaríos, no pudo contener la indignación que le produjeron las injusticias sociales, desbordada en bastantes pasajes de sus obras, con la elocuencia que prestan la convicción y el entusiasmo; Carlos Fourier, ante la persuasión de que todo era efecto de errores económico-sociales, se pronunció resueltamente en contra de ellos, y condenó, principalmente, el agio, azote de las naciones, y ahora más que nunca, del cual ha hecho Max Nordau muy exacta pintura, la preponderancia capitalista, y la concurrencia libre y desenfrenada, causa de innumerables males.

En Fourier no hay que ver tan sólo al soñador que creyó poder encerrar toda la vida social dentro del régimen forzoso del *falansterio*, nuevo convento en mucho semejante al que siglos antes ideara el monje Campanella; debe considerar principalmente el observador cuidadoso y el crítico que pone de manifiesto no pocos privilegios, maldades, errores y prácticas funestas, reveladoras muchas de ellas de la mala fe que informa bastantes de los actos humanos, en especial los relacionados con la vida económica; y debe buscarse en sus escritos, no los desvaríos, como se ha procurado hacer, sino lo mucho muy estimable que contienen, las grandes verdades que encierran, los principios fundamentales que

asienta, las teorías que desarrolla, sus profundos pensamientos, sus acabadas descripciones, y los demás particulares que hacen perdonar extravagancias cual su teoría cosmológica. De él, como de los demás utopistas, como de los sectarios del comunismo, con quienes tanto se relaciona, como de los socialistas posteriores, bastará decir que han hecho emanar de la concurrencia iguales efectos desastrosos que los á la misma atribuidos por los católicos sociales, de igual modo que en el comunismo histórico hay un mayor ó menor fondo ó conjunto de ideas comunes que los adeptos de sus distintas escuelas han ido transmitiéndose, asimilándoselas, si bien con modificaciones más accidentales que esenciales.

Carlos Fourier tuvo más de una vez ocasión de conocer los reprobables extremos á que la avidez de ganancias, y sobre todo las exigencias de la concurrencia, arrastraban hasta á las personas que por honradas eran tenidas, sepultando unas veces en los abismos del mar cargamentos enteros de cereales para producir la escasez y aumentar desmesuradamente su precio, y cometiendo otras veces fraudes cuya inmoralidad disculpaba la práctica generalizada, sin embargo de que redundaban en perjuicio del consumidor. Tales hechos, tan reñidos con la buena fe que debe inspirar los actos comerciales, de algunos de los cuales se pretendió hacerlo cómplice, indudablemente lo impulsaron á combatir con tanta dureza como lo hizo, la concurrencia mercantil. Por eso, después de hacer notar la afluencia de gentes á las distintas ramas del comercio, perjudicando con ello á la agricultura y á la industria fabril, por los muchos brazos útiles de que las privaban, manifiesta que esa multiplicación de rivales, motiva la adopción de medidas las más locas y ruinosas para el cuerpo social, porque todo agente superfluo es un expoliador de la sociedad, en la que consume sin producir. “Desde hace algunos años, escribía, no se habla de otra cosa que de *aplasmientos* entre los mercaderes, quienes, siendo tan numerosos, se disputan con encarnizamiento las ventajas. Unos se arruinan por el estéril honor de manejar inmensos nego-

cios, otros por el placer de aplastar á un vecino cuyos éxitos le desesperan».

Enumera después la multitud de hechos constitutivos de una verdadera guerra mercantil, «en la que todas las armas son buenas para dominar el mercado», que para Fourier es la mayor de las calamidades. De consiguiente, en la concurrencia encuentra el origen de los fraudes, de los malos deseos, de los odios, de las luchas ruinosas, del agio, y, en último término, «el interés de cada clase en desear el mal de las otras, colocando por todas partes al interés personal en contradicción con el colectivo (1)».

Respecto á la escuela é Iglesia Sansimoniana, contemporánea de la de Fourier, y cuyo influjo en el socialismo moderno ha sido mayor que el de la escuela de éste, dice M. Luis Reybaud, que consideró como una de las causas de la decadencia de las industrias, y del mal-estar creciente de las clases obreras, pintado muy sombríamente en *L'Exposition* y en otras publicaciones, lo era el azote de la concurrencia, «palabra en la que se condensan todas las malas y dañosas consecuencias».

M. Luis Blanc, tal vez el menos original de todos los socialistas, sin embargo de lo cual fué objeto de la crítica cáustica de M. Proudhón, que lo combatió con singular encono; M. Luis Blanc, que ejerció extraordinario y fatal influjo durante el corto periodo de la segunda República Francesa, imponiendo sus *Talleres sociales* sepultados entre la sangre, las ruinas y el humo del combate en terribles jornadas únicamente comparables con las más recientes de la *Commune*, resultado de parecidos errores y extravíos, y de las mismas pasiones, dirigió principalmente su sistema á concluir con la concurrencia industrial; y por eso decía muy bien M. Corbon en «*El Taller*», le hemos visto combatir con toda su energía y con toda su elocuencia el pensamiento de las asociaciones distintas, divididas por intereses, sobre todo

(1) *Teoría de los cuatro movimientos.*

cuando se trataba de una misma profesión, pues lo que quería era una sola profesión única con la tendencia universal.» «Todo el mundo sabe que las pasiones que han inspirado el detestable y fatal folleto *«La organización del trabajo»*, se lee en notable historia anónima de la Internacional, son el odio á la concurrencia y el amor á la igualdad absoluta. La concurrencia es, á los ojos de M. Luis Blanc, la causa de todos los males, el origen de todos los vicios; preciso es apresurarse á hacerla cesar en todas partes. Basta de concurrencia entre fabricantes ó comerciantes, encarnizados en producir ó vender cada cual á mejor precio que sus vecinos; basta de concurrencia entre obreros, que se esfuerzan en aplastarse los unos á los otros en el taller, reduciendo necesariamente el precio de su trabajo. Plaza al *taller social* en el que toda la humanidad, sin rivalidad ni celos, en el que todos los trabajadores, cualquiera que sea su trabajo, reciben el mismo salario.»

M. Ferrán, distinguido profesor y filósofo, expresa á su vez en un libro no ha mucho tiempo publicado (1), un juicio tan imparcial cuanto exacto, de las ideas de M. Luis Blanc, del que copiamos algunos de los conceptos que la concurrencia, verdadera obsesión del autor de la organización del trabajo, merece. «La primera parte del libro es una descripción, bastante ennegrecida, de los males que produce la concurrencia, principalmente las huelgas; está completada por la petición dirigida al Estado para que decreta su supresión y proporcione trabajo á los que carezcan de él, porque de todos los derechos del hombre, el derecho al trabajo es, según M. Luis Blanc, el más sagrado. Por otra parte, la concurrencia es una de las formas más odiosas de ese liberalismo que nuestro reformador combate con odio implacable. Suprimirla será preparar el reinado bendito de esa fraternidad que llama con todos sus votos y es el objeto supremo de todos sus esfuerzos».

(1) *Socialisme, naturalisme et positivisme.*

«Los ataques dirigidos por M. Luis Blanc á la concurrencia son, como M. Thiers ha demostrado hasta con exceso, muy poco fundados en la razón. Con efecto, ¿qué es la concurrencia sino la expresión de la emulación? y qué es la emulación sino la expresión de la personalidad? Para suprimir la concurrencia, sería preciso suprimir nuestra misma personalidad, es decir, el principio que nos diferencia de las cosas, y nos lleva á dar á nuestro sér su perfeccionamiento indefinido. Impedir que nos perfeccionemos, sería imponer á nuestro libre y activo querer, así bajo el punto de vista subjetivo como del objetivo, la inmutabilidad y la torpeza que reinan desde hace tantos siglos en las regiones orientales».

V

Los socialistas posteriores á Luis Blanc, los que en la actualidad forman las grandes agrupaciones, sin exceptuar á los católicos, de quienes particularmente nos hemos ocupado y seguiremos ocupándonos, y en especial los *colectivistas* y *anarquistas*, que son los que han recogido la inmensa mayoría de las masas obreras que en este momento comienzan á retroceder, buscando en la lucha legal y en soluciones prácticas y factibles, cuales las ofrecidas por las otras escuelas, un punto de apoyo que facilite las necesarias reformas, de las que los anteriores procedimientos las alejaban; los socialistas de todas las escuelas han tomado como principio cardinal de sus respectivos sistemas y organizaciones, unas la supresión completa, otras la limitación, y la mayor parte la regularización de la concurrencia, con el propósito plausible de proteger al trabajador en la inevitable lucha que, dado el régimen actual, ha de sostener con el capital, representado por el empresario, con el fabricante y con el patrono; de mejorar las condiciones del trabajo á fin de que el obrero no siga siendo el esclavo de la necesidad, el siervo del taller.

Según todos ellos, en la libre concurrencia, que no es libre para quien necesita del trabajo para vivir, que no es igual entre quien posee más ó menos bienes y es amparado hasta en sus excesos por las leyes, y el que no posee nada, y que al coaligarse con otros para resistir, suele encontrar de frente á los poderes públicos, ni es justa porque le faltan las condiciones de equidad, sin las cuales no hay verdadera justicia, provienen todos los males que se manifiestan creciendo á veces, y siempre persistentes, en la vida económico-social, y trascienden, cual no podía menos de acontecer, á la familia, á la política, etc., etc. Aniquila la concurrencia, ó encerrarla dentro de sus más reducidos límites, sería, á juicio de los mismos, dar un paso inmenso para mejorar la condición material y moral de los hombres; dejarla subsistir tal como existe, equivaldría á permitir que la más peligrosa de las úlceras que corroen las entrañas de las sociedades, continúe creciendo y que profundice ó inficione más cada día el organismo de aquéllas. De aquí el que todos griten contra la concurrencia y lo más característico de sus sistemas y de las reformas en ellos comprendidas. Exponer, aun cuando fuera en compendioso extracto, sus ideas respecto á este particular, sería empresa bastante ardua, propia más bien de un libro á él expresamente destinado, que de un capítulo: basta dar á conocer su pensamiento, su concepto general, y nos parece suficientemente determinado en lo ya expuesto.

Uno de los escritores que entre nosotros han llegado á ser más conocidos, adquiriendo bastante notoriedad, no tanto por la novedad y elevación de sus ideas, cuanto por la galanura de su estilo y lo brillante de su imaginación, M. Eugenio Pelletán, se ocupa en la *«Profesión de fe del siglo XIX»*, de la secular contienda entre el capital y el trabajo; entre el capital, «que es el trabajo de ayer», y el trabajo, «que es el capital de mañana», y lamenta contienda tan dañosa entre lo que no es en realidad sino lo mismo, dos elementos que debieran siempre caminar unidos, y el que de un lado se grite, «hemos sido despojados», y de otro, «somos esclavos», lo

cual afirma no ser cierto, puesto que garantida la propiedad, como lo está, por las leyes, no ha podido haber despojo, ni esclavizarse á los trabajadores, «porque no existe ya ningún privilegio civil ni político», y porque la misma ley «ha puesto su veto á cualquiera intento de servidumbre», aunque fuese voluntaria.

«A pesar de esto, añade, no deja de ser cierto que para dar al trabajador la posesión efectiva de los derechos que la ley le otorga, es menester realizar en su situación un cambio que le dé capacidad social y nacional. ¿Quién hará este cambio? En tan difícil problema viene á parar esta grande y temible lucha.» Los socialistas,—ya lo hemos dicho,—fundan principalmente la solución en la supresión de la concurrencia, en la intervención del Estado, en la sustitución del capital particular por el capital social ó colectivo, en el colectivismo que ocuparía el lugar del individualismo, con Kettler y Monfang en la liberación del obrero de las oscilaciones del mercado, de la concurrencia y de los abusos de la especulación, con el conde de Mun y otros en la reconstitución de las corporaciones gremiales, gracias á las cuales, á su juicio, la concurrencia no será tan extensa ni tan perjudiciales sus efectos, con Proudhón y Carl Marx en el mutualismo, con los economistas en el pleno ejercicio de todas las libertades. M. Pelletán cree que se conseguirá «conquistando la instrucción y haciendo uso de la asociación», y al señalar las diferencias que separan á los individualistas, de cuyas ideas participa, y á los socialistas, dice: «Ellos—esto es, los socialistas,—quieren destruir el pauperismo y sus luchas por medio del Estado, y nosotros por medio del pobre; ellos ofrecen tierras, dinero, trabajo, y no podrán darlos sin despojar á muchos y oprimir á todos; nosotros no damos más que instrucción y crédito, y armamos á la libertad en lugar de destruirla».

Apartándose de todos esos medios por socialistas y economistas ideados para suprimir, ó suavizar cuando menos, la lucha entre el capital y el trabajo, y poner término ó regularizar, estrechándola en lo posible, la

concurrancia que aumentando la demanda de trabajo, y desproporcionándola con la oferta, hace por precisión bajar los salarios y agravarse la situación de los trabajadores, se ofrece el tan conocido y acertadamente impugnado «*Principio de la población*», de Malthus, que éste, lógico inflexible, llevó á sus últimas y extremadas consecuencias. Malthus, que veía crecer la población en proporción geométrica, y en progresión aritmética las subsistencias, que veía surgir de ello un número cada día mayor de consumidores forzosamente improductivos y ociosos, puesto que las industrias y profesiones, limitadas por el mercado, no podían dar empleo á su actividad, que veía en el alarmante crecimiento de la población ociosa, causa precipua de la miseria, de la criminalidad y de otros males sociales, que declaraba estar de más sobre la tierra aquel á quien faltase puesto en el banquete de la vida, bien porque naciese de padres sin medios bastantes para sostenerle, bien porque la sociedad no necesitara de su trabajo; ideas más que desconsoladoras, despiadadas; Malthus no vaciló en aconsejar á los proletarios, á los trabajadores, á todos cuantos dependen del empleo de sus fuerzas físicas, que se abstuviesen de aumentar el número de sus hijos, pues de ese modo dejarán de crearse ellos mismos concurrentes que por precisión acarrearán la baja de los salarios hasta su expresión mínima, produciéndose también las huelgas forzosas con las tristes consecuencias que entrañan, viniendo de ese modo á los capitalistas que ante la menor demanda de trabajo, que ante la disminución de los brazos disponibles, no podrían reducir la retribución del trabajo, y le concederían mayor atención. Pero comprendiendo cuán difícil es que los proletarios, que los trabajadores, sigan un consejo tan opuesto á la necesidad fisiológica de la unión de los sexos, cuán difícil es que la razón se oponga al impulso de las pasiones, y lo venza, sostuvo que «la sociedad misma está en el deber de oponer obstáculos saludables á las uniones irreflexivas, puesto que la concurrancia inevitable de ellas sería el aumento de los crímenes y de toda clase de miserias».

Impulsado por estas ideas, y clamando contra la sociedad, mucho más cruel, según él, que todo cuanto propone, «puesto que los hospitales y los hospicios, y las casas de expósitos, no son más que catacumbas», no vaciló en proponer la adopción de una ley que declarase que «ningún hijo nacido de un matrimonio realizado después de un año á contar desde la promulgación de la ley, y ningún hijo ilegítimo nacido dos años después, tuviese derecho á los socorros de la parroquia».

Innecesario nos parece detenernos en demostrar lo absurdo, lo inhumano é insostenible de conclusiones que recuerdan algunas costumbres de pueblos primitivos, y de las que únicamente hemos hecho mérito por la celebridad de su autor, y para completar las indicaciones de los medios ideados para poner límites á la concurrencia. Prohibir el matrimonio á los pobres vendría á ser lo mismo que fomentar los más inmorales contubernios; cerrar los asilos é impedir los socorros de la caridad, á los niños de tales uniones nacidos, á los ilegítimos, y no sólo á éstos, sino á los habidos en matrimonio, sería hacer recaer sobre los hijos las faltas de los padres, si faltas pudieran ser; y autorizar y aun prescribir, el mayor de los crímenes, el infanticidio, contrariando además los sentimientos de cariño, respeto y consideración á los seres más desgraciados. Un grito de general reprobación respondió á semejantes ideas. Malthus no fué insensible á los clamores de la opinión pública, y á las fundadas censuras de los hombres de ciencia; conoció que había ido demasiado lejos, y en la última edición que de sus obras hizo, suprimió la parte más radical, desconsoladora y opuesta á los sentimientos de la humanidad.

Sin embargo, sus ideas, aunque tan exageradas y erróneas, no dejaron de producir efecto; pues hasta del error no pocas veces resulta el bien. Por una parte, al llamar la atención sobre los efectos de la caridad mal dirigida y administrada, hizo comprender la necesidad apremiante de reformar la beneficencia pública para que sus asilos, hospicios, etc., no continuasen semejan-
1

catacumbas, y de distribuir con más acierto los socorros particulares; por otra parte consiguió que con mayor dureza se combatiese la doctrina patrocinadora del abandono en que los patronos tenían á sus obreros, no pareciendo después muy extraña la proposición de M. Sismondi, de la cual no tardó en apoderarse el socialismo, referente á que fueran obligados los empresarios industriales á proveer á las necesidades de sus obreros en todas las épocas de la vida, tanto en el estado de salud, como en el de enfermedad, pero con la condición de que no pudieran casarse sin su permiso.

De todo cuanto dejamos expuesto, y especialmente de la inmensa discrepancia de las ideas y opiniones emitidas, de varias de las cuales nos hemos hecho cargo con mayor ó menor extensión, que otra cosa no era posible, resulta que el llamado problema de la concurrencia, que hoy tanto sobrexcita los ánimos y preocupa á los hombres pensadores, sobre todo á los que cultivan la ciencia económica, es uno de los más difíciles de resolver, y al mismo tiempo de los que resolución más pronta reclaman. Puede decirse que es el problema cardinal, al que los otros están subordinados. El socialismo y el economismo individualista le miran con señalada preferencia. Para solucionarlo es, sin embargo, preciso resolver antes otros secundarios. Por eso con él se enlazan y á él se refieren estos últimos. A pesar de todo, y de las aseveraciones del socialismo, creemos que no es posible suprimir en absoluto la concurrencia, la lucha de los intereses, debiendo aspirarse tan sólo á hacerla menos dañosa y más fecunda, á regularizarla, á normalizarla, á impedir sus frecuentes fluctuaciones, á contrarrestar sus efectos desastrosos, á evitar que siga convirtiéndose en una guerra permanente en que el fuerte tritura al débil. Aun reducido á estos términos el problema es tan grave como complicado. ¿Se llegará á una solución favorable? No vacilamos en contestar afirmativamente. Con uno de los escritores citados diremos, la inteligencia humana es poderosísima ella: conseguirá la victoria.

CAPÍTULO VII

LAS MÁQUINAS Y EL TRABAJO

I

No es nuestro propósito, ni cabría dentro de los límites de este libro, el estudiar bajo todos sus aspectos y con la amplitud que realmente precisaba, la influencia ejercida sobre la vida económico-social de los pueblos, y sobre el desenvolvimiento de la civilización, por el empleo, cada día mayor, por la multiplicación y perfeccionamiento extraordinario de las máquinas, en las que el célebre socialista y anarquista M. Proudhon, encontraba «el símbolo de la libertad humana, la enseña de nuestra dominación sobre la materia, los atributos de nuestro poder, la expresión de nuestro derecho y el emblema de nuestra personalidad», y que M. Mac Culloch relacionaba y equiparaba «con la mejora y habilidad del obrero». Eslo tan sólo considerarlas bajo uno de sus puntos de vista, el del influjo que han ejercido y continúan ejerciendo en la marcha y manera de ser del trabajo, y en el mayor ó menor bienestar de las clases que de él dependen; punto de vista interesantísimo, y que, á juicio de M. Antonio Rondelet no sólo «entraña una cuestión moral, sino que por él es únicamente como pueden explicarse su pasado, su presente y su porvenir (1)».

(1) *Spiritualisme en Economie politique.*

Que el empleo, la difusión extraordinaria, y el perfeccionamiento creciente de la maquinaria, han beneficiado y benefician de un modo considerable á la humanidad; que á ellos se deben los grandes triunfos alcanzados sobre la naturaleza, convertida en humilde servidora del hombre; que con su auxilio las faenas de éste se han ido haciendo menos duras y repulsivas; que le han dejado libre mayor tiempo para poder cultivar su espíritu; que han ido adaptando á sus cada día mayores necesidades los medios de satisfacerlas; y que han sido y siguen siendo factor principalísimo del progreso; son verdades inconcusas, por nadie negadas y ni siquiera puestas en duda. Pero cuando de lo general se desciende á lo particular, de la acción social de las máquinas, á sus efectos mediatos é inmediatos en la suerte y vida del trabajador, desaparece la unanimidad de opiniones, se presenta uno de los más graves problemas relacionados con el trabajo, y la diversidad de las ideas se enlaza con la diversidad de las escuelas.

Economistas y socialistas luchan con encono al ocuparse de este como de otros muchos problemas económico-sociales. Los unos aprecian siempre en la introducción, perfeccionamiento y multiplicación de las máquinas, un beneficio inmenso, no sólo para la sociedad en general, sino para los mismos individuos, para los trabajadores, á quienes por de pronto pueden dañar, y con efecto, dañan, pero á los que después favorecen: los otros, sin desconocer los servicios prestados, y los bienes producidos por la maquinaria, sostienen, los más radicales, que siempre es dañosa al trabajador, pues como el ingenio humano es inagotable, á la maquinaria de hoy sucede la maquinaria de mañana, y á los trabajadores ociosos por consecuencia de la introducción de unas, se agregan los que vacan por la adopción de otras, y los menos radicales, que van siendo los más, comparan á las máquinas con las tempestades de la naturaleza, las cuales, si es verdad que siembran por de pronto ruinas, producen desastres y hacen víctimas, aumentan después la fecundidad de la tierra, y acumulan en los

mismos puntos que desolaron, bienes sin cuento que llegan á todos.

¿De parte de quiénes está la razón? ¿Son, con efecto, las máquinas un azote que sin tregua ni descanso, hoy como ayer, y mañana tal vez más que hoy, hiere y castiga al trabajador, aumentando en progresión geométrica el número de brazos forzosamente, rebajando los salarios, y haciendo más desastrosa y acongojadora la concurrencia entre los trabajadores? ¿Son, más bien, tempestades pasajeras, que como la fabulosa lanza del héroe de la antigüedad, curan las heridas que hacen? ¿O son una luz sin sombras, «la enseña de nuestra dominación sobre la naturaleza, el emblema de nuestra personalidad», como dice Proudhon, siempre fecundas, siempre productoras de bienes, y que lejos de empeorar, ni aun transitoriamente, la condición de las clases más necesitadas, la mejoran, no obstante sus gritos de angustia?

He aquí una serie de preguntas que hacen de la cuestión de las máquinas, una de las más interesantes del que se ha llamado *problema obrero*, parte la más descolante del pavoroso y amenazador *problema social*; preguntas á que multitud de ilustrados escritores han procurado contestar, y de las que también se han ocupado con especial empeño, aduciendo los poderosos argumentos de las enseñanzas prácticas y lo por ellos mismos experimentado, los trabajadores de todos los países, bien individualmente, ya por medio de sus asociaciones particulares, ya constituyendo inmensas federaciones que se hacen eco de sus aspiraciones y de sus quejas. De todas estas tan encontradas opiniones vamos á hacernos cargo.

II

Jeremías Benthan, el inmortal jurisconsulto inglés que tanto ha contribuido á los progresos científicos del derecho, y que no menos distinguido lugar ocupa entre

los grandes cultivadores de la ciencia económica, ha sostenido, por más que no muy resueltamente, la utilidad y los constantes beneficios de la maquinaria. Para Berthan la utilidad de las máquinas consiste «en el aumento de la eficacia del trabajo, porque haciéndose con mil lo que se realiza con doble número, quedan otras mil disponibles para los mismos trabajos ó para otros. Pero esto supone, añade, que los trabajadores superfluos para la producción de una cantidad determinada de trabajo, sean ocupados en otro, porque si quedasen sin ocupación, la cantidad de riqueza sería la misma después de la invención de la máquina que antes. Si un manufacturero se halla de este modo en estado de ejecutar con mil brazos lo que antes hacía con dos mil, parece á primera vista que el resultado será completar los dos mil operarios en producir doble cantidad de obra; pero á no ser que su capital fijo se haya aumentado, le será imposible ocupar el mismo número, porque las nuevas máquinas y los nuevos almacenes que necesitaría para este aumento de productos, exigiría otro proporcional de capital, y lo más regular será la disminución del número de sus operarios para quienes la concurrencia sería una pobreza temporal (1)».

No se ocultó al genio perspicaz de Benthán que de sus palabras surgía uno de los argumentos capitales contra las máquinas, pues si el aumento del consumo no correspondía con el de la producción, el productor, el fabricante, el patrono, tendría ó que dejar ocioso el capital que le ahorraría el empleo de las máquinas, ó tendría que emplearlo en producción distinta, constituyéndose en nuevo competidor de los que á ella se dedicaban, agravando los efectos de la concurrencia, y la consecuencia para el obrero sería esa pobreza temporal á que alude, y únicamente en el caso de que la producción y el consumo se correspondiesen, ó éste fuera superior á aquélla, la eficacia del trabajo aumentaría

(1) *Manual de Economía política.*

realmente, y los beneficios no serían seguidos por un cortejo de males. Así es que haciéndose cargo de ello, dice que «en esto se funda la oposición popular á que se perfeccionen las máquinas, lo cual es muy razonable de parte de los operarios porque producen, mientras los beneficios por de contado lo son para el fabricante, y perpetuamente para el público que logra mayor baratura siendo más extensa la fabricación.»

Completando su teoría, manifiesta haber dos clases de países en que no tendría fuerza tal objeción, esto es, «los poco poblados y aquellos en que el pueblo es esclavo», cuyo último término debe eliminarse, pues la esclavitud, felizmente arrojada fuera de todos los países cultos, subsiste tan sólo en los más atrasados, en los semisalvajes, precisamente en los que es más lenta la introducción de las máquinas, y, por lo tanto, donde sus efectos apenas son perceptibles. «Si se quiere el aumento de la producción, y hay necesidad de niños, el inventor de las máquinas da con ellas hombres formados; se necesitan trabajadores futuros, y presenta operarios actuales; habría que soportar los gastos de la educación de los hombres, y el tal inventor dispensa de ello; se recibirían extranjeros, y él da indígenas. Esto podría decir el inventor al soberano, y al propietario particular lo siguiente: con cien esclavos se beneficiaba tanto semanal, y con cincuenta puede beneficiarse la misma cantidad, con lo que no hay pérdida aun manteniendo los otros sin que hagan cosa alguna.» Tales son las ideas del apóstol del *utilitarismo* respecto á la acción de las máquinas, que aprecia, como era natural lo hiciese, bajo el punto de vista del sistema utilitario, haciéndose cargo, según hemos visto, de la objeción basada en el daño que más ó menos seguidamente, por mayor ó menor tiempo, producen al obrero. Con todo, los hechos no han confirmado sus cálculos ni su teoría: la constante, no interrumpida, introducción de máquinas, viene produciendo segundas perturbaciones industriales, superabundancia de brazos y consiguiente aumento de trabajadores ociosos; la educación sigue des-

cuidándose, y en la mayoría de las familias obreras se hace imposible; las horas libres para la instrucción han disminuído; las industrias tienen pérdidas por el aumento del capital fijo hecho inútil con los nuevos mecanismos; los extranjeros afluyen, cual lo demuestran las emigraciones é inmigraciones; y los niños y las mujeres van ocupando el puesto del hombre.

III

D. Álvaro Flórez Estrada, el inmortal economista español de los comienzos del ya agonizante siglo, cuyo nombre es más conocido y más apreciadas sus obras en el extranjero que no entre nosotros, se ha ocupado en su *Manual de Economía política*, de los efectos de la maquinaria, exponiéndolos así como las encontradas opiniones respecto á tan importante cuestión, haciéndolo con la claridad y fuerza de raciocinio que le distinguen. Condensa en cortas líneas sus ideas y los argumentos de los que sostienen que «la invención y perfeccionamiento de las máquinas son la mayor calamidad», y en tal particular nos parece leer algunos de los más célebres escritos que en estos últimos años han dado á luz varios de los socialistas católicos: «las máquinas son unos trabajadores que nunca se cansan, que ni durante el día ni durante la noche reposan, que nunca comen ni beben, que no padecen enfermedades, que están siempre dóciles y obedientes para ejecutar las faenas más pesadas: ¿cómo es posible que el obrero-hombre sostenga la concurrencia del obrero-máquina? El efecto necesario de las máquinas es disminuir la demanda de trabajo y desterrar de los talleres á los obreros para convertirlos en mendigos, pues el patrimonio de esta clase consiste sólo en la demanda del trabajo».

Su pensamiento respecto á lo que de verdad se encuentra entre las censuras apasionadas y los aplausos referentes á la aplicación de las máquinas á las indus-

trias, se encuentra resumido en el siguiente pasaje: «La cuestión acerca de la invención y mejora de las máquinas, no es otra en el fondo que la cuestión acerca de la mayor inteligencia y actividad de los trabajadores. Los principios que resuelven la una, resuelven la otra. Si es conveniente á la sociedad la ilimitada destreza del trabajador para que con igual ó menor trabajo pueda proveerla en mayor cantidad de productos, ha de ser por necesidad igualmente ventajoso obtener el mismo resultado con el empleo de máquinas é instrumentos... Sostener que las máquinas de que se sirve el hombre para hacer más eficaz el trabajo, son perjudiciales á la sociedad, equivale á sostener que el hombre no debe aprovecharse de su inteligencia, que no le conviene producir los artículos de riqueza en menos tiempo y con menor trabajo, y que es ventajoso contener los progresos de las industrias y de las artes».

Pero bajo este punto de vista no han combatido la aplicación de la maquinaria á las diversas industrias los adversarios de la misma, y así lo manifiesta el ilustre economista á quien nos referimos, que se ocupa principalmente de la cuestión que versa ó se refiere á si disminuyen ó aumentan la demanda de trabajo, influyendo, por lo tanto, adversa ó favorablemente sobre la condición del trabajador; cuestión que al resolverse lo hace de uno de los problemas que en la actualidad se halla puesto sobre el tapete, apasionando á los trabajadores. Flórez Estrada opina con la generalidad de los economistas-individualistas, que la demanda de trabajo, lejos de disminuir, se aumenta. «Los efectos inmediatos y simultáneos de la invención y mejora de las máquinas, son, además de evitar la mayor parte del trabajo del hombre, el rebajar el precio de los artículos producidos con su auxilio, hacer que sea mayor su pedido, y renovar más rápidamente el capital empleado en la producción. Este resultado, añade, en vez de disminuir la demanda del trabajo, lo aumenta; por consiguiente mejora la suerte del trabajador. Quitar parte del trabajo del hombre no es lo mismo que disminuir la demanda

de trabajo. Las máquinas producen lo primero, mas no lo segundo.»

No nos detendremos en exponer los argumentos que emplea en defensa de su tesis: son los mismos de su escuela. Las ventajas que la maquinaria lleva consigo y los beneficios que reporta á la sociedad aumentando la producción, perfeccionándola, y disminuyendo el precio de los artículos, son innegables; pero no acontece lo mismo en cuanto á si ese aumento de producción es seguido por el correspondiente al consumo, á si el desequilibrio consiguiente á una producción excesiva, no reducirá la demanda de trabajo, y á si las crisis industriales que inevitablemente subsiguen á la adopción inmediata de una maquinaria nueva, ó una modificación radical de la ya usada, no daña directa y gravemente al obrero. De todas estas cuestiones, que son las que hoy preocupan, no se ocupa Flórez Estrada, y es lástima que no lo hiciese, pues su claro ingenio, y su espíritu analizador y práctico, le hubiesen permitido adelantar no poco en el camino de la solución apetecida.

IV

Mucho más optimista que Benthán, y que Flórez Estrada, y más resuelta defensora de los beneficios de las máquinas que aprecia bajo el punto de vista en que venimos considerándolas, se presenta la escuela economista clásica, ó Manchesteriana, y en iguales términos se producen también algunos de los escritores que, por más que realmente no pertenezcan á ella, participan de la generalidad de sus ideas. Entre dichos economistas mencionaremos á M. Baudrillart, quien, por decirlo así, resume las doctrinas de la escuela.

Prescindiendo de sus atinadas consideraciones demostrativas de la evidente utilidad, y aun necesidad absoluta, del empleo de las máquinas, desde las complicadas é ingeniosas de hoy, hasta las toscas, más bien herra-

mientas, de las épocas primitivas, sin las cuales, ni el hombre salvaje de Rousseau, ni el prehistórico habitante de las cavernas, habrían podido subsistir, diremos que dicho escritor manifiesta que aun cuando no pueda negarse el perjuicio momentáneo á que dan lugar con el hecho de sustituir á los trabajadores de la rama de industria á que afectan, "hay, como en todo, que considerar el fin, que es beneficioso, y rara vez se hace esperar largo tiempo, y además un capital hecho disponible para el fabricante por la disminución del precio de coste de la producción, un mayor desarrollo dado al consumo por el mejor mercado, y comunicado á la producción, una masa de productos útiles ó necesarios, puestos á disposición del pobre que gemía en una miseria hereditaria, son para las clases obreras más que compensaciones, son para ellas inmensos beneficios".

Pero no es esto solo. Para el distinguido economista son muchas las causas que se oponen á la invasión demasiado brusca y demasiado general de las máquinas, y por consiguiente, á esos desplazamientos dolorosos que herirían por masas inmensas á las clases obreras, antes de venderse para ellas en mayor demanda de trabajo, en elevación de los salarios, y en mejor mercado de los productos fabricados más económicamente, puesto que en general estos procedimientos nuevos son caros de establecer, y con frecuencia, de éxito dudoso, el temor de perder los capitales, y, digámoslo también, el espíritu de rutina, sirven de contrapeso á lo que habría de demasiado rápido en el empleo de nuevos medios; por otra parte, la invención de las grandes aplicaciones del vapor, marcan en la historia de la humanidad uno de esos varios períodos por los que no hay que juzgar del estado ordinario de la industria, la cual ha tenido asimismo, debido á ellas, su crisis revolucionaria que ha venido precisamente á coincidir con el advenimiento tumultuoso del régimen improvisado de la libertad de la concurrencia. Todo anuncia, pues, concluye, que el último pretexto de las muy fútiles acusaciones dirigidas á los procedimientos de la producción perfeccionada, desapa-

recerán, á la par que las clases obreras organizarán mejor sus ahorros para luchar con ventaja contra las crisis en cierto modo inevitables».

No menos terminantes son las afirmaciones de Juan Bautista Jay, que puede considerarse como el fundador de la escuela económica francesa, pues dice que «si por de pronto la aplicación de la maquinaria deja ociosos algunos brazos que no saben ó no pueden dedicarse fácilmente á otros trabajos, y lleva la miseria y el luto á muchos hogares, más tarde la abundancia de la producción y su menor costo, abaratan el precio de los productos, ganando con ello el consumidor, esto es, todos los hombres». Y M. Roudelit, economista espiritualista, no negando tampoco las perturbaciones más ó menos momentáneas que siguen á la adopción de nuevas máquinas, ó á la modificación y perfeccionamiento de las existentes, afirma que con el tiempo «la producción se regulariza, el consumo se extiende, las necesidades se multiplican, las máquinas que parecían haber reducido para siempre el número de trabajadores, lo duplican y centuplican, las funciones del obrero dejan de ser las mismas, su salario crece al mismo tiempo que disminuye su trabajo, se le pide su tiempo y no sus fuerzas, el trabajo que aniquila tiende á desaparecer para dar lugar al trabajo que ocupa sin gastar, y la civilización no pide al hombre más que su diligencia, pues las fuerzas físicas son las más aptas para hacer lo mismo.»

Otto von Leixner se ha ocupado también últimamente al hacerlo de la *cuestión social y el pauperismo en nuestro siglo*, del problema de las máquinas. Examina la vida del trabajo y el funcionamiento de las industrias, en el momento en que la aplicación del vapor como fuerza motriz en las mismas, cambió la naturaleza de aquella, vida de familia, en que la mujer trabajaba al pie del hogar, con su esposo y sus hijos, y fué sustituyendo, no sin luchas, ni sacudimientos, ni perturbaciones, las manufacturas pequeñas por las grandes fábricas, los talleres domésticos por las inmensas fábricas donde cientos y aun miles de operarios lanzan al mercado esos cauda-

losos ríos de artículos que les inundan. Después de esas consideraciones cuya extensión nos impide que las transcribamos, dice: «Al estudiar esta cuestión social no debe perderse de vista un hecho, y es el de que á pesar de tanto ferrocarril, de tanta máquina de vapor, de tantos poderosos motores hidráulicos, no van ni un céntimo más baratas las caballerías, ni se ha tenido que arrinconar ni hacer astillas ningún carro, ni carreta, ni ómnibus, ni carruaje, ni se han bajado los jornales del personal correspondiente, sino muy al contrario, pues jamás se ha pagado tan caro el ganado caballar, mular y asnar, cuyo número aumenta además en todos los países de un modo extraordinario, lo mismo que toda clase de vehículos. Eso mismo sucede con todas las máquinas que suplen el trabajo del hombre. Ni las de hilar y de tejer, ni las de trabajar la madera, el hierro y todos los materiales brutos, ni las de hacer papel y cartón, ni las de coser y hacer calceta y géneros de punto, han tenido por efecto hacer superfluo el trabajo humano, sino al contrario. En todos los países trabaja un número de operarios de ambos sexos infinitamente mejor pagado, alimentado, vestido, y hasta instruido y civilizado que cien años antes y que en los países y distritos donde no hay máquinas.

»Cada industria que aumenta, impulsa y acrecienta un grandísimo número de otras, y además crea sin cesar otras enteramente nuevas, que reclaman más operarios. El consumo aumenta la proporción del bienestar, y con ambos el movimiento, la ilustración, la inteligencia, la conciencia moral, la conciencia de la dignidad personal y de la igualdad de los derechos sociales.

»Las primeras máquinas de hilar de Hargreave fueron quemadas en Blackbuun, por los trabajadores amotinados, la de Arkwright tuvo la misma suerte en Liverpool, igual cosa pasó con el telar Jacquard en Lyon, etc. En todas partes se vieron escenas de esta clase, pero las máquinas vencieron, como todos los progresos verdaderos».

V

La antítesis de las anteriores ideas nos la ofrecen los escritores á cuyas opiniones vamos á pasar revista: las unas son el reverso de la medalla de las otras. Si las máquinas son para los primeros las grandes bienhechoras de la humanidad, las cariñosas amigas del obrero, son para los segundos terribles enemigos que esparcen por donde quiera la desolación y el luto. Aquéllos reconocen algunos de sus efectos dañosos, pero los conciben momentáneos, transitorios, procuran atenuarlos, y como compensación presentan las grandes ventajas, los inmensos beneficios, á que á la postre dan lugar; éstos se fijan casi exclusivamente en los daños, en los perjuicios, en los obreros que por de pronto vacan, en las perturbaciones, y crisis, y miserias que producen, y truecan contra la causa de tantos males. En la escuela económico-individualista militan los más optimistas; socialistas más ó menos encubiertos son los detractores. Ni en los unos ni en los otros está la verdad completa; tienen razón los que aplauden; la tienen los que censuran. Las máquinas es indudable que producen males, pero también es cierto que originan bienes, y éstos son al fin y al cabo los que predominan. Cómo se han de reducir aquéllos, cómo se han de precipitar éstos; he aquí el problema. Economistas y socialistas, conforme ya hemos dicho, se han ocupado de ello. Oigamos á los últimos.

Hace ya bastantes años que uno de nuestros escritores que hoy forman en las filas del doctrinarismo, el señor Hernández Iglesias, declaraba en notable estudio acerca de la influencia de las máquinas, que "á pesar de su ardiente entusiasmo por el progreso en todos sus elementos sociales, no podía menos de confesar que el descubrimiento de las máquinas y su aplicación á la industria, ocasionan un mal indudable", y señalaba este mal, como poco tiempo antes que él lo habrían hecho los eco-

nomistas de la escuela que M. Blanqui denominó *social*, cuyas ideas indudablemente le inspiraban entonces, así como los de la esencialmente socialista, indicando que «la superabundancia de productos y la escasez eran los dos fenómenos constitutivos que hacía algún tiempo representaban la aplicación del capital bajo la forma de máquinas á la producción; que uno y otro han tomado proporciones tan exageradas como funestas en tiempos y países dados; que ambos se reparten las víctimas de la reforma social; que en ellos se refunden y por ellos se explican las frecuentes convulsiones con que se agitan los pueblos».

Pesimista en este particular, tanto como puede serlo cualquiera *colectivista* y aun *anarquista*, lo es también nuestro distinguido amigo el Sr. Hernández Iglesias, al tratar de los medios ideados para corregir ó aminorar los males, y que, según él, lo han sido, «el fomento de las instituciones de ahorro y la creación de trabajos públicos», medios que, dice, «son ineficaces si la crisis se prolonga ó se repite, porque es muy difícil ahorrar cuando sólo se tiene lo necesario, y porque las obras públicas se alimentan de las contribuciones en que el obrero tiene regular contingente». Estas ideas contrastan, como á primera vista se descubre, con las de los economistas, como demuestran las condiciones particulares de las sociedades, y el ambiente, se imponen aun á los espíritus más refractarios á las influencias de las unas y del otro, y colocan, ya que no introduzcan de lleno, en las de los publicistas radicales de quienes vamos á ocuparnos, y de las escuelas extremas á que se han afiliado las *federaciones* y *uniones* obreras.

El mismo espíritu que en la materia de que tratamos alentaba las ideas del Sr. Hernández Iglesias, alentó también á M. de Sismondi, quien anatematizó de igual modo al industrialismo, cuyas exageraciones son tan funestas, y á las máquinas, que con los innegables beneficios que proporcionan, compensan el daño que producen. Según M. Sismondi, que tantos adeptos conquistó entre nosotros, «estando unida la felicidad pública á un

justo equilibrio entre la población y la renta, y hallándose reducida más cada día la de los trabajadores por la concurrencia de las máquinas, no podría dejar de llegar la sociedad á una serie de catástrofes cuyos signos precursores brillaban en todas partes. ¿No se veía por doquiera respecto el interior la concurrencia con todo su ignominioso séquito de baja de salarios, fraudes comerciales y en la calidad de los productos, y en el exterior, las guerras de aduanas, el contrabando y todos los crímenes que arrastra consigo? Y toda la habilidad consiste, dicen, en vender al más bajo precio posible; se cree tener patriotismo cuando se han arruinado las fábricas extranjeras, pero no se ha reparado en las nacionales. Se han sustituido máquinas más productoras, más dispendiosas, á las que existían anteriormente, se ha obtenido una rebaja en el interés de las cosas y de los capitales, en la renta de los propietarios; una producción anual de cien mil francos elevada á un millón, hace parecer nueve máquinas rivales; las máquinas nuevas aniquilan al capital representado por las antiguas. Hay pérdida para la sociedad por la disminución del interés del dinero, por la disminución de los productos de la industria, por la baja del alquiler de las tierras, por la reducción del número total de trabajadores, y de los salarios de cada uno. Hay, pues, disminución del consumo de todas estas clases, y mientras el manufacturero trabaja con todo su interés en aumentar la cantidad y mejorar la calidad de los tejidos que pone á la venta, trabaja también activa y eficazmente en disminuir el número de los consumidores y en decidir á aquellos que empobrece á hacer durar sus vestidos más largo tiempo y contentarse con calidad más inferior (1).

(1) Artículo publicado en la *Revista de Economía política*.

CAPÍTULO VIII

LAS MÁQUINAS Y EL TRABAJO

(Conclusión)

I

A partir de M. Sismondi y de su escuela, puede decirse que la cruzada contra el creciente empleo de las máquinas se ha ido generalizando entre los más ó menos afectos al socialismo, revistiendo muy graves caracteres, y alcanzando cada día mayor importancia, pues á la lucha en el terreno de las ideas, que no pudo menos de repercutir en el corazón de aquellos á quienes más directamente afectaba, se agregó la más violenta de los trabajadores que, en varias poblaciones y comarcas, perturbado el ánimo y excitados por los males que padecían y que iban creciendo, destruyeron las nuevas maquinarias, incendiaron las fábricas, y, como los tejedores de Lyon, persiguieron y atropellaron á los inventores. Referir tales hechos, que únicamente la triste realidad del mal y el temor á la miseria pueden disculpar, no carecería de interés, pues señala una de las fases, tal

vez de las más dignas de estudio, de las seculares luchas del trabajo.

Los obreros, que contemplaban en las máquinas al más poderoso de todos sus adversarios, á los instrumentos de que los patronos se valían para reducir la mano de obra y bajar el salario, á la causa inmediata de que muchos de ellos quedasen sin ocupación, sumiéndoles en la miseria, y no llegaban á comprender los beneficios que les producirían en adelante, opusieron, en unos puntos todo el peso de las corporaciones gremiales que á la par defendían sus prácticas rutinarias y sus privilegios, y se lanzaron en otros á repetidos actos de destrucción y de violencias. Casi todas las naciones ofrecen repetidos ejemplos de ello, los cuales podrían servir de lección provechosa. Sin embargo, prescindiremos de su narración, y nos limitaremos á exponer la lucha que contra las máquinas se libra en el terreno de las ideas.

M. Proudhón, genio demoledor, espíritu contradictorio que así pulverizaba lo que acababa de construir, como empleaba toda la fuerza de su vigorosa dialéctica en echar por tierra las ideas, creencias é instituciones de mayor arraigo, no sustituyéndolas sino con la disolvente *anarquía*, representación del caos, que ha resucitado convertida en secta, entre los estallidos de la dinamita, el humo de los incendios y los vapores de la sangre de numerosas víctimas; Proudhón que consideró á la maquinaria como «el símbolo de la libertad humana, la enseña de nuestra dominación sobre la naturaleza, y el emblema de nuestra personalidad», arrastrado por esa inconsecuencia que lo caracteriza, propia de espíritus escépticos, ó encubridora del propósito de preparar la destrucción suscitando la confusión y la incertidumbre, concluyó por pronunciarse en contra de las máquinas, recogiendo al efecto cuantos hechos podían serles contrarios.

«He sido testigo, dice, de la introducción de la máquina de imprimir, y puedo asegurar que he visto por mis propios ojos el mal sufrido por los impresores. Habrán transcurrido quizás veinte años desde que se

aplicaron aquellas máquinas, y algunos obreros se han dedicado á su fabricación, pero otros han dejado su ocupación antigua, y muchos han muerto de miseria». En demostración de ello y de los efectos desastrosos que atribuye al constante empleo y perfeccionamiento de la maquinaria, sobre la que hace pesar la generalidad de los sufrimientos del obrero, aun aquellos que la maquinaria ha disminuido, cita otros varios hechos que con su habitual *buena fe* acumuló para aumentar su valor y fuerza, y que pueden verse en sus distintas obras. «En 1836 en un obrador de Manchester, dice, nueve telares, cada uno de 324 canillas, eran manejados por cuatro hilanderos, se hizo que cada uno moviera 680 canillas, y dos hombres fueron bastantes para manejarlos. Y no se detuvo aquí la reforma, porque muy pronto un nuevo mejoramiento mecánico consiguió que un solo obrero hiciese lo que antes ocupaba á cuatro... Un fabricante de Bolton escribía: «La prolongación de los carros de nuestros telares nos permite no emplear más que 26 trabajadores donde en 1837 empleábamos 38». Otro manufacturero inglés se expresaba del siguiente modo: «La insubordinación de nuestros obreros nos ha sugerido la idea de trabajar para pasarnos sin ellos: hemos ensayado y estimulado todos los esfuerzos imaginables de inteligencia para sustituir el servicio de los hombres, y hemos conseguido nuestro objeto. La mecánica ha librado al capital de la opresión del trabajo. Sólo ocupamos ya al hombre provisionalmente y hasta que llegue un día en que se invente un medio de cubrir sin él la necesidad cuya satisfacción le ocupaba».

De este modo fué reuniendo hechos; pero el gran *demoledor*, como se le ha llamado con bastante acierto, y más bien, el gran *sofista*, cual también con no menor exactitud es calificado, se ha cuidado únicamente de reunir los datos demostrativos de los daños momentáneos que al obrero producía por de pronto la introducción y modificación de las máquinas, para ofuscar á las clases trabajadoras, omitiendo mencionar los daños posteriores que las favorecen y benefician, redundando

más aun en provecho del consumidor, por abaratar los productos haciéndolos asequibles á los más pobres; y consumidor lo es el trabajador tanto como factor principal de la producción.

Que las máquinas disminuyen por más ó menos tiempo el número de operarios, dejando sin ocupación á no pocos de éstos, es un hecho indudable, como lo es también el que dan origen á crisis industriales; pero igualmente es positivo, y la práctica lo ha comprobado, que los capitales que con la economía en los gastos quedan sobrantes, buscan inmediato empleo, que la producción se ensancha, que algunas industrias crecen, y los brazos momentáneamente inactivos logran empleo, ya en los anteriores oficios al ensanchar de nuevo su campo de acción, ya en otros oficios similares, ya en las operaciones resultado del invento, ya en industrias nacidas de éste. Nada de ello escapó á la penetración y al estudio de Proudhón, mas procuró reservarlo por lo mucho que podía perjudicar á sus planes y á sus propósitos.

Carl Marx, el más resuelto defensor de los trabajadores, y de la idea de una asociación universal de los mismos, é indudablemente una de las figuras principales del socialismo moderno, ha sido también de los que con mayor empeño intentó demostrar los daños que al obrero ha producido y sigue produciendo el desarrollo casi vertiginoso de toda clase de mecanismos aplicables á las distintas industrias, sin excluir la agrícola, que es la más refractaria á las innovaciones.

Con efecto, en las varias publicaciones tan dignas de estudio del distinguido reformador alemán, se encuentran brillantemente expuestos los efectos mediatos é inmediatos de la introducción de las máquinas, y la refutación de los razonamientos hechos para defenderlas por los economistas, en especial por los de la escuela Manchesteriana. No expondremos sus distintas y á veces exactas consideraciones, porque nos llevaría demasiado lejos: únicamente hemos querido mencionarlo, porque en sus ideas se apoyaron no pocos de los acuerdos de la *Sociedad Internacional de los trabajadores*, y de los congre-

sos posteriores de éstos. Pero si manifestaremos que á juicio de Carl Marx el empleo de las máquinas, cuyo resultado indudable ha sido acelerar la producción, ha motivado un aumento considerable en la duración de la jornada del trabajo, dando lugar á los positivos males que esta jornada excesiva lleva consigo, menoscabando la salud del obrero, y perjudicando su vida familiar y social.

II

No son únicamente los economistas de la escuela *social*, los reformadores y los socialistas radicales, quienes combaten la difusión de las máquinas: también forman coro con ellos los *socialistas cristianos*, á los que en verdad no puede atribuirse miras malévolas, pues inspirándose en las doctrinas y máximas evangélicas, se proponen como fin ostensible, por una más ó menos completa transformación de las condiciones en que se desarrolla la vida del trabajo, la mejora de la condición de las clases desamparadas. Esta noble aspiración, este vehemente deseo, les han extraviado no pocas veces, les han conducido hasta las fronteras de la utopía, les han hecho incurrir en errores y hasta en injusticias. Entre otros muchos de ellos merece ser citado en primer término el arzobispo de Maguncia, Guillermo Manuel von Ketteler, de quien dice el economista italiano Nitti (1), que "interesado por la calurosa y audaz propaganda de Bernardo Lassalle, creyó de su deber de cristiano y de obispo el ocuparse de la cuestión social, y en 1864 publicó el famoso libro *Die Arbeiterfrage und das Christentum*", cuyo éxito entre el clero y entre las masas católicas fué grandísimo", siendo también acreedor á mención el canónigo Hitze, jefe del partido católico del Reichstach.

(1) *El Socialismo cristiano.*

Según Ketteler, es indudable que la existencia de la gran masa de la población de los Estados Unidos, que lo es la clase trabajadora, está relacionada, sometida á las fluctuaciones del mercado: «he aquí, exclama, el mercado de los esclavos abierto en todas las naciones de Europa y regulado conforme al modelo confeccionado por nuestro iluminado liberalismo». Analiza después las causas del malestar de esa gran masa, y encuentra ser de las principales «la supresión de toda organización del trabajo, y el *empleo cada vez mayor de las máquinas*, que desarrollan la grande industria y hacen disminuir el número de aquellos obreros que disponiendo de un pequeño capital, pueden trabajar por su propia cuenta, con lo cual se aumenta el número de los asalariados.»

A juicio del canónigo Hitze, que consignó sus ideas en el opúsculo «*Die quintesem der sozialer Fragen*», publicado en Roma en 1880, la cuestión social es en el fondo «la de la transformación introducida por las máquinas en el orden económico, y, por consecuencia, en las relaciones sociales, pues por efecto de ellas la producción industrial ha aumentado muy rápidamente, y este sistema de las máquinas ha dado lugar á efectos no menos desastrosos en el mundo moral que en el mundo de la política, toda vez que por el indicado sistema de las máquinas el organismo de la familia, unido al hogar, se halla amenazado, y tal sistema, poco á poco, ha dejado de contentarse con la tienda, y ha necesitado de la fábrica, no le ha bastado la aldea, y ha tenido precisión de la gran ciudad, y del Estado nacional, y dentro de poco no se encontrará á gusto ni siquiera en este último, y tendremos una internacional capitalista frente á la internacional de los trabajadores». Pero aun hay más, según Hitze: «No se ha puesto la máquina al servicio del obrero, sino que se ha puesto el obrero al servicio de la máquina, y en cierto sentido el obrero se ha mecanizado. La máquina, que no necesita descanso, pide al obrero el trabajo del domingo y de la noche; ella, que no tiene necesidad de gran fuerza

física para moverse, arranca al obrero las mujeres y los niños, y, en fin, ella no paga á esta existencia maquina, que crea á su imagen, sino un precio muy inferior á lo que el obrero podía ganar con sus manos cuando tenía un oficio.»

¿Qué más puede decirse en contra de las máquinas, cuyo empleo, manifiesta el historiador y economista Blanqui, «hizo experimentar á las condiciones del trabajo la transformación más completa que ha sufrido desde el origen de las sociedades?» ¿Qué más dijeron respecto de ellas los *enciclopedistas* del siglo XVIII, los sanguinarios apóstoles del *terror*, los *niveladores* ó *iguales*, de Babeuf, Antonelli y Marechal, los *sectarios* de Luis Blanc, los *societarios* de Sismondi, los *demoledores anárquicos* de Proudhon, y los *internacionalistas* y *colectivistas* contemporáneos?

Pero los socialistas no quieren, como tampoco lo quieren los radicales, volver á los primitivos instrumentos y aparatos industriales, lo cual sería más que locura, ni á los vetustos artefactos de nuestros abuelos. Indican el mal, lo exageran, lo presentan bajo su más desconsolador aspecto, y á la vez investigan los medios de minorarlo y de conseguir que lo que ahora es un mal, se convierta en un bien. De ello nacen sus planes de reorganización del trabajo, mediante una buena legislación industrial, enlazados con una transformación más á menos completa de los organismos sociales; de ello que algunos, cual el mismo Hitze, dirijan sus miradas al régimen corporativo, aun cuando «más acomodado á las nuevas necesidades y tendencias económicas»; de ello el que otros acudan á la *cooperación* y al *mutualismo*, y de ello, por último, el que los trabajadores cifren sus esperanzas en la adopción de las medidas y reformas de que vamos á dar ligera idea.

III

La *Sociedad Internacional de trabajadores*, nacida en medio de los más perfectos y maravillosos productos del ingenio y de la industria humana, al celebrarse la Exposición de Londres en 1862, por más que antes y muy lentamente había ido elaborándose, y que encontró su sepulcro entre las ruinas de no menos maravillosos monumentos, fué durante su azarosa existencia, la representación de gran parte de las masas obreras, de cuyas aspiraciones se erigió en órgano, y á las que procuró extraviar y extravió con efecto, llevándolas desde la defensa legítima hasta el ataque, desde las pretensiones racionales y convenientes, desde la cooperación y el mutualismo, hasta el colectivismo y la anarquía, desde Carl Max y Lassalle, hasta Bakounin.

La idea de una asociación universal de trabajadores, puede asegurarse que nació en Alemania, antes de que las manifestaciones socialistas alcanzasen en Francia el inmenso desarrollo que consiguieron de la debilidad é imprevisión de la segunda república, pasando de la mera utopía á la aplicación práctica. Según manifiesta monsieur Laveleye en su notable libro *«Le socialisme contemporaine»*, y ha sido corroborado por otros escritores que han hecho objeto de sus estudios la famosa asociación, ya en 1847 dos de los más grandes creadores del socialismo moderno, Carl Marx y Engels, organizaron la asamblea comunista que se reunió en Londres con asistencia de delegados alemanes y de algún otro país. Resultado de ella fué la confección de un programa generalmente atribuido á Carl Marx con la indudable colaboración de Engels, y, á juicio de algunos, de Juan Drouin, y la publicación de un manifiesto en el que se consignaba sus conclusiones; manifiesto dirigido á los *proletarios de todos los países*. No haremos indicación alguna de tales conclusiones, saturadas de pronunciado

espíritu comunista, puesto que no son más que un resumen de doctrinas anteriores. Únicamente diremos que en él se acoge y defiende la idea de una asociación universal, y que para traducirla en hechos se convocaba para el año siguiente á todos los obreros para celebrar en Bruselas un congreso internacional que gravísimos sucesos políticos impidieron que pudiera efectuarse.

Así fué preparándose, y así nació la célebre y funesta asociación que hoy se intenta reconstituir.

Referir sus peripecias, consignar y analizar sus programas, reseñar sus discusiones, apreciar sus actos, poner de relieve sus disidencias y luchas intestinas, equivaldría á escribir la historia, ciertamente interesantísima, del movimiento obrero durante tal período. Varios publicistas lo han efectuado, siendo de lamentar que en sus notables escritos no se encuentre siempre la imparcialidad que constituye el requisito más esencial de la verdadera historia. Nosotros no lo intentaremos siquiera.

Uno de sus principales fundadores, M. Murat, dijo ante el tribunal del Sena, al indicar las causas determinantes de la creación de la sociedad, entre otros particulares de que nos haremos cargo en lugar más oportuno, que "la perfección de las máquinas, cuya multiplicación se ve por todas partes, y la producción gigantesca, que es la consecuencia de la aplicación del vapor y de la electricidad, vienen todos los días á cambiar las condiciones de la sociedad; que á medida que la potencia de las máquinas se multiplique, deberá ser menos necesario el trabajo del hombre: ¿qué se hará de los que de él carezcan? ¿Deberán quedar improductivos y como elementos de concurrencia? ¿Se les dejará morir de hambre, ó ha de alimentárseles por los que trabajan? He aquí el problema que hay que resolver, exclamaba M. Murat, y decía inmediatamente: Nosotros no pretendemos resolverlo, pero creemos que cambiando nuestros pensamientos y nuestras observaciones con los obreros de las distintas nacionalidades, llegaremos á descubrir con mayor rapidez los secretos económicos de

las sociedades: muchos sistemas se han propuesto para la resolución, la mayor parte han sido magníficos sueños, pero la prueba de que no se ha descubierto la verdad, es que la buscamos todavía».

M. Murat planteó de tal modo el problema que surge de las relaciones entre las máquinas y el obrero, entre los efectos de la aplicación de aquéllas á las industrias y la situación de éste, y también estuvo bastante acertado al asegurar que las soluciones hasta entonces propuestas, ó no eran más que utopías, ó eran incompletas y erróneas. ¿Cuáles fueron las de la asociación universal de que tanto se prometía? ¿Cuáles los resultados de la comunicación de los pensamientos y de las observaciones de los obreros de las distintas nacionalidades? La contestación puede hallarse en sus mismas palabras: prueba de que no la encontraron es que todavía la buscan.

Con todo, en las discusiones y en las actas de sus congresos, encontraremos algo que ponga de manifiesto sus ideas. Los célebres jefes de la Federación francesa, Tolain, Firgburg y Varlin, miembros de la comisión administrativa, dieron á luz en 1867, con motivo de la famosa huelga de Roubeux, un manifiesto en el que se decía que «el uso de las máquinas en la industria, envuelve un problema económico cuya solución próxima se impone. Nosotros, trabajadores, añadían, reconocemos en principio el *derecho* de los obreros á un *aumento importante de jornal*, toda vez que á favor de una nueva clase de herramientas se les impone una producción más considerable». De modo que para esos obreros internacionalistas la solución única del problema de las máquinas, ante el cual retrocedieron M. Murat y los demás inteligentes fundadores de la asociación, no está en la adopción de los medios más aptos para que el trabajador no quede forzosamente ocioso, bien procurando que la aplicación de nuevas máquinas no sea simultánea, bien facilitando su paso á otras ramas de la industria, en que no superabunden los brazos, ni exceda, por lo tanto, la oferta al pedido, bien facilitándoles, ó el Es-

tado, ó el Municipio, ó las Sociedades de previsión, el jornal que les falte, mientras carezcan de ocupación, sino aumentando considerablemente el salario, sin duda para que, aun cuando el manifiesto no lo dice, puedan con el exceso formar un fondo de reserva. Tal idea podría ser aceptable si no diese lugar á otros problemas no menos difíciles de resolver, y que tan sólo podrían ser resueltos por el socialismo radical, sustituyendo con el *colectivismo* y la intervención directa y coactiva del Estado, la acción individual, pues de otro modo, ni el fabricante, ni el patrono, ni el empresario, podrían ser obligados, sin desconocerse y conculcarse respetabilísimos derechos, que el colectivismo forzoso también vulnera, á retribuir la mano de obra con un exceso que, ó no correspondiese con la eficacia de la misma, ó superase las utilidades de la industria ó empresa.

Todavía más significativo lo fué el acuerdo adoptado por el congreso obrero que se celebró en Bruselas en septiembre de 1868. Dicho acuerdo fué el siguiente: «Considerando que la máquina ha sido uno de los más poderosos instrumentos de despotismo y extorsión en manos de los capitalistas, y que los desarrollos que pueden deber crear las condiciones necesarias para la sustitución de un sistema de producción verdaderamente social, al sistema de jornales; Considerando que la máquina no hará verdaderos servicios á los trabajadores interin les ponga en posesión de ella una organización de *crédito mutuo*; el congreso acuerda: 1.º, que sólo por medio de las asociaciones *cooperativas* y con una organización de *crédito mutuo*, puede la producción llegar á poseer máquinas; 2.º, que, sin embargo, en el estado actual, los trabajadores, *constituidos en sociedades de resistencia*, han lugar á *intervenir en la introducción de máquinas en los talleres*, porque esta introducción no debe efectuarse más que con ciertas garantías ó compensaciones para el obrero».

Vese, pues, como á medida que iba creciendo la internacional, se apartaba de sus primeras tendencias, de las que coincidieron con su creación, y aun la determi-

naron, de las que agruparon en torno de su bandera numerosos trabajadores que acudían llenos de fe y de esperanza en sus promesas. Conforme á los primitivos directores, sustituyeron nuevos allegados, no todos pertenecientes á la clase obrera, y las miras ocultas, tan sólo de los *iniciados* conocidas, fueron traduciendo en hechos, se prepararon con las exageraciones, al mismo tiempo que las disidencias de que Bakounin fué el alma y el *anarquismo* el resultado, los desprendimientos de los elementos más sanos y los tristes sucesos de la *Commune*. Conforme esto sucedía, por una parte, el Internacionalismo, por otra, fué transformándose, y para realizar la evolución, pareció tomar como punto de partida, las ideas de las asociaciones obreras de los años 1830 y 1848, que el sansimoniano disidente, M. Bucher, resumió diciendo: "Queríamos constituir la comunidad del instrumento del trabajo, y como en el lenguaje económico comprende las máquinas, los útiles, los capitales mobiliarios é inmobiliarios, tendíamos positivamente á la comunidad de la propiedad general.

Ya no eran las tímidas ideas del primer manifiesto citado las que imperaban, ya no era el aumento considerable del jornal lo que como solución proponían, ni tampoco el aprovechamiento de las máquinas por asociaciones cooperativas y por el mutualismo, ni la intervención transitoria del obrero en su adopción en los talleres: fueron desechando todos estos medios, como abandonaron su primera actitud defensiva. Quisieron mucho más, comprendieron al instrumento del trabajo en la proscripción general de la propiedad individual, y el Internacionalismo, y los trabajadores constituidos en *uniones*, entraron de lleno en el *colectivismo*.

Este es el que desde entonces prepondera, el que se apoderó del ánimo de la inmensa mayoría de trabajadores, el que informó sus actos, el que impulsó al pueblo laborioso lanzándole á los mayores extremos, y el que al constituirse últimamente en España el nuevo partido político federal social, forma la parte más saliente de su radical programa. Los trabajadores, desde dicho mo-

mento, más que ideas propias, vienen sosteniendo las de las escuelas socialistas que más les cautivan; los unos, tal vez los menos, siguen sosteniendo la cooperación y el mutualismo; los otros, que forman federaciones numerosas, apoyan las doctrinas y soluciones colectivistas; huestes más nutridas se han agregado al *socialismo cristiano* cuyos verdaderos fines apenas se vislumbran entre las nebulosidades de que se rodea; y varios, ciegos é ilusos, continúan buscando su redención en las engañadoras y mentidas ideas del funesto anarquismo, del cual, con todo, y especialmente entre nosotros, van desprendiéndose poco á poco, hoy con mayor rapidez que ayer, porque al lado del crimen, aunque éste se ponga al servicio del supuesto idealismo de Sanz Escartín, y del no más cierto altruismo de Lombroso, no pueden ni quieren formar las conciencias honradas, las que no se inclinan al mal por instinto ó por educación. Todos lamentan los efectos de las máquinas; pero faltos de ideas propias, y sin la unidad de dirección que distinguió á la Internacional, no buscan por sí el remedio: se dejan llevar por las distintas y con frecuencia encontradas corrientes, y al encontrarse en el camino, chocan y pelean.

Así acontece en la actualidad: las divergencias producidas por los que no siendo trabajadores se han confundido con ellos, y por los que habiéndolo sido emplean exclusivamente su tiempo en propaganda cotizada, determinan conflagraciones más ó menos ocultas, y direcciones opuestas. Mientras los unos quieren la lucha legal de los comicios y de la política, para que ésta, con la imponderable fuerza de las grandes masas, que el sufragio universal les permite utilizar, les depare el triunfo; los otros, desconfiando de los políticos y de la política, no sin razón, intentan constituir un partido exclusivamente obrero, y vuelven á recordar el internacionalismo; mientras los unos quieren el todo y persiguen la revolución social, los otros quieren ir obteniendo reformas en el régimen y vida del trabajo y sean como jalones que marquen y faciliten su camino: dentro de

estos últimos se marca novísima y plausible dirección que hemos podido comprobar en Cataluña; procuran fomentar y sostener la instrucción del obrero como medio el más rápido de completar su redención. De aquí los rozamientos y aun las animosidades que se advierten entre los mismos trabajadores; de aquí la explicación de algunos hechos al parecer incomprensibles; y de aquí otra fase que ofrece la cuestión social.

IV

Despréndese de cuanto dejamos expuesto, que el problema económico-social relacionado con la aplicación cada día mayor de la maquinaria á las industrias, continúa en pie, sin haberse caminado mucho en la vía de su resolución, contribuyendo como el que más á mantener la excitación de los ánimos, á encender las pasiones, á enconar la lucha del trabajador con el capitalista, con el fabricante y el patrono. Ni los economistas clásicos, demasiado apegados á la libertad económica y á la ilimitada concurrencia, ni los economistas ecléticos, que aceptan la intervención legislativa y del Estado dentro de ciertos límites y con determinadas condiciones, buscando la atenuación de los momentáneos y dañosos efectos de las máquinas sobre la situación del obrero en instituciones de previsión y prudentes reformas, ni los socialistas científicos y cristianos, que acuden á esas mismas instituciones, no ya creadas y sostenidas por las libres iniciativa y acción individual, sino inspiradas y en gran parte mantenidas por aquél, á más amplias y radicales reformas, y á la reconstitución de las corporaciones gremiales, sin monopolios, privilegios y restricciones, ni los socialistas revolucionarios que ofrecen como panacea, ya el mutualismo, que pierde terreno, ya la cooperación, que se mantiene sin crecer, ya el colectivismo, que avanza y se deja absorber por el comunismo, ni los anarquistas, cuyo único programa, al nihi-

lismo usurpado, es la *pan-destrucción*, la desaparición de todos los poderes coactivos, cualquiera que sea su origen, de las leyes y códigos, y en lontananza una fingida organización, una utópica sociedad de bienandanza, en la que reinará el más exagerado altruismo; ninguna de esas escuelas, ninguno de esos sistemas, ninguno de esos más ó menos hermosos ensueños, ha llegado á una solución aceptable: completamente utópicos los unos, perturbadores y absurdos los otros, incompletos varios de ellos, han dejado en pie la cuestión.

Las máquinas seguirán perfeccionándose y multiplicándose; continuarán comunicando mayor desarrollo á las industrias; continuarán ensanchando la producción; continuarán también produciendo daños más ó menos duraderos, más ó menos considerables, al trabajador, en tanto que no se transforme, ó modifique, la vida económica, y se cambie la manera de ser actual del trabajo, lo cual no es tan fácil. A esto es á lo que se puede y debe aspirar: cuantos pasos se den en tal sentido, cuantas reformas se realicen con tal objeto, serán otras tantas etapas recorridas para llegar al fin que todos apetecemos, serán otras tantas conquistas obtenidas por la humanidad para su mayor bienestar, serán nuevos triunfos de la tan injustamente censurada civilización moderna.

CAPÍTULO IX

EL INDUSTRIALISMO Y EL CAPITALISMO

I

El inmenso desarrollo industrial que distingue y caracteriza á nuestro siglo, y al que se ha dado el nombre de *industrialismo* por sus tendencias y por la influencia incuestionable que ejerce en la vida de las naciones, y el no menor predominio de los capitales, acumulados y reconcentrados más cada día, ó sea el *capitalismo*, gobran desfavorablemente sobre la condición de las clases proletarias en general, y particularmente de las trabajadoras?

He aquí una de las cuestiones que con mayor ardimiento se debaten, y que, como todas las de que venimos ocupándonos, marca la distancia que separa á los socialistas de los economistas-individualistas, dividiendo también á estos últimos, pues no son pocos los que prescindiendo de las intransigencias, prejuicios, preocupaciones, y aun de ciertos principios de la escuela á que pertenecen, y á la que se ha denominado *clásica*, aceptan aquellas ideas de sus adversarios cuya verdad ha demostrado la experiencia, constituyendo una nueva escuela económico-social que de *ecléctica* pudiera calificarse,

toda vez que tanto se aparta de una como de la otra dirección, y que ha formado su cuerpo de doctrinas enlazando los principios armonizables de las otras escuelas, sacando de ellas nuevas consecuencias, adoptando teorías más fundadas y admisibles, y cobijando aspiraciones calcadas en la vida real.

Industrialismo y *capitalismo* son palabras que con frecuencia se repiten para acumular sobre ellas, ó más bien, sobre las manifestaciones y hechos que representan, la generalidad de los vicios que afectan y perturban la vida social, y de los males que la afligen. Se les considera como un funesto engendro de nuestro siglo, como un nuevo feudalismo no menos avasallador, irritante y dañoso que el que dominó y destruyó los pueblos durante la Edad media, aunque sin la auréola de las conquistas gloriosas y de las legendarias proezas; se les considera como constituyendo un poder despótico é invasor, desprovisto de toda grandeza, que azota las naciones, y crece y se sostiene á costa de los modernos siervos: la fina sátira del pueblo le califica y designa con el nombre de *nobleza del algodón*, en contraposición á la antigua *nobleza de la sangre*.

Consignaremos algunas de las más descollantes opiniones de entre las emitidas por los publicistas que lamentan y condenan la existencia y el desarrollo del *capitalismo* y del *industrialismo*, y de entre los que ciertamente sin entusiasmo salen á su defensa; y las consignaremos principalmente, más que por la conexión que tienen con la generalidad de los problemas del trabajo, por evitar digresiones que en otro caso habríamos tenido necesidad de hacer con bastante frecuencia.

II

El socialismo moderno, que conforme pasan los años se distancia más del que ha sido llamado *socialismo histórico*, aun cuando de éste provenga, por más que otra

cosa crea y sostenga el distinguido economista italiano Francisco Nitti, es quien realmente ha inventado los dos términos, *capitalismo é industrialismo*, para representar todo un régimen de explotación económica por las grandes industrias y los inmensos capitales; régimen que ha impedido que las trascendentales conquistas de la ciencia resultasen todo lo beneficiosas á la humanidad que era descable y podía esperarse de ellas; régimen que intentan cambiar de un modo radical los socialistas, ó substituirle con otro de verdadera igualdad, en el que no haya ni explotadores ni explotados, ni amos ni siervos del taller, ni esclavos de las necesidades, ni poderosos entregados á la ociosidad y á la satisfacción de todos los goces, de todos los placeres, ni cultivadores adheridos á la gleba, ni desgraciados siempre luchando contra las adversidades de la vida y siempre gastando sus fuerzas en abrumador trabajo.

Estas ideas y aspiraciones han sido expuestas y desarrolladas por M. Emilio Lepetit en un trabajo digno de estudio (1). Dicho escritor entiende que el socialismo contemporáneo representa la forma histórica de la ruda lucha que se libra contra el beneficio, «que no tiene función alguna que desempeñar, ó más bien, es la tendencia á substituir al sistema de producción que permite hoy el goce de semejante beneficio, un sistema según el cual todas las utilidades se distribuyan en razón de la función económica de los que contribuyen á crearlas.» Á su juicio «la base física del socialismo es la forma actual de producción, que ha dividido á la sociedad en dos clases: una de los que tienen y otra de los que no tienen; una de los que oprimen y explotan y otra de los explotados y oprimidos». Manifiesta después que el socialismo, que tan en claro ha puesto los excesos á que la mala organización económico-social y el predominio de la gran industria han llevado, motivando entre otros efectos la creación de un verdadero poder en el capita-

(1) *Le Socialisme.*

lismo, tiende positivamente á la conquista del beneficio, á la "transformación de lo que representó la lucha de los esclavos contra los señores, sus explotadores», la lucha del *tercer Estado* contra el feudalismo que no pudo resistir el empuje de los poderosos municipios y de las ciudades libres, de las corporaciones industriales, de las ligas mercantiles, y condensa su teoría en las siguientes líneas: "Las tendencias económicas, que se revelan en los progresos de la cooperación, en la rapidísima generalización de las sociedades anónimas, en el desarrollo de la grande industria, impuesto por las necesidades de la producción, confirman nuestra creencia acerca de la socialización futura, pues una vez analizado el sistema actual de producción y de distribución, entendemos que la producción en grande irá substituyendo poco á poco á la pequeña, que se generalizará la participación en los beneficios, y que la cooperación se sobrepondrá á las empresas industriales y comerciales, de modo que dentro de un término indeterminado y en una medida también indeterminada, habrá de realizarse la organización que el socialismo desea»).

De este modo, con tales transformaciones, que es indudable comienzan á realizarse, conceptúa M. Lepetit, cuyas ideas se aproximan tanto á las del socialismo científico, que habrán de corregirse los abusos inherentes al industrialismo y al capitalismo modernos, abusos contra los cuales con bastante razón se revuelven y luchan animosamente las clases que componen el proletariado, y muy en especial las trabajadoras, por ser las que más directa é inmediatamente sienten sus efectos. En la teoría de M. Lepetit hay mucho de cierto, pero también se encuentra no poco en discordancia con los hechos. La cooperación y la participación en los beneficios es evidente que concluirán con ese feudalismo del capital que hoy impera, lo cual, á su vez, pondrá término á la mayor parte de los motivos de agravio alegados por los adversarios de los actuales organismos sociales. Pero la desaparición de las pequeñas industrias, que casi viven en la familia y á la familia mantienen, fortá-

leciendo su espíritu y estrechando sus lazos, para ser absorbidas por la grande industria, lejos de constituir un progreso, de entrañar una mejora, de favorecer á los pequeños, creemos que será funestísima, ó cuando menos poco beneficiosa, pues la industria pequeña responde á fines sociales dignos de ser atendidos. Mas si esa organización, que M. Lepetit no precisa lo bastante cuál haya de ser, aun cuando indique algunas de sus bases, ha de realizarse en una medida y en un tiempo indeterminados, lo cual implica vaguedad que acerca el sistema á la utopía, es muy difícil juzgarle con exactitud, y únicamente puede hacerse tomando como término de comparación lo que ha ido sucediendo conforme la grande industria ha ido absorbiendo á la pequeña, que en un período más ó menos próximo á la completa evolución, serán mayores los abusos de que con fundamento podrán quejarse los trabajadores y los pequeños capitalistas que no hayan podido formar parte, cualesquiera que sean las causas de ello, de las empresas ó asociaciones cooperativas. Si hoy los abusos son muchos, lo serán infinitamente mayores, y la competencia que se produzca será más desastrosa, hasta llegar á un extremo en que el gigante industrial aplaste al pigmeo.

III

Brevemente, sí, pero con notable claridad y con la incuestionable autoridad que por todos se le reconoce, han sido señalados por el sabio pontífice León XIII, que no participa de los optimismos ni se deja llevar por las ilusiones de algunos economistas-individualistas que con titánicos esfuerzos procuran retener al mundo que se les escapa, los males de la reconcentración excesiva de los capitales, y del acrecentamiento no menos excesivo del industrialismo. «En realidad, dice, los progresos portentosos de las artes y los nuevos caminos emprendidos por la industria, el cambio de las relaciones existentes

entre patronos y obreros, el haberse acumulado en pocas manos las riquezas y extendido la pobreza en la multitud, este estado de cosas y el empeoramiento de las costumbres, han hecho estallar el conflicto, el mal es tal y de tanta gravedad que tiene disgustados y suspensos los ánimos. Suprimidas en el siglo pasado las corporaciones sin sustituirlas con otra cosa, sucedió que poco á poco los obreros quedaron solos é indefensos enfrente de la codicia de los patronos y de una desenfrenada competencia, aumentando el mal una usura devoradora, á pesar de haber sido tantas veces condenada por la Iglesia, aunque con nueva forma, ejercida por hombres codiciosos y especuladores, y debiendo añadirse á esto el monopolio de la producción y del comercio, ejercido por un número relativamente muy pequeño de grandes capitalistas, los que han impuesto á la infinita multitud de los proletarios un yugo poco menos que servil (1)».

Bastantes años antes que el venerable Pontífice, el inmortal filósofo y escritor catalán D. Jaime Balmes, que en este como en otros puntos se adelantó á su época, y cuyo genio perspicaz le hizo más de una vez entrever el porvenir, emitió ideas y expuso conceptos muy semejantes á los del jefe de la Iglesia católica. «La industria aumenta sus productos, escribía; el comercio se extiende; se toca el límite de la perfección materialista que no ha visto en los hombres sino máquinas, ni ha imaginado para la sociedad fin más útil y grandioso que el de los intereses materiales: en la misma proporción ha crecido la miseria, y para todos los hombres previsores es claro como la luz del día que las cosas llevan una dirección errada, que si no puede acudirse á tiempo, el desenlace será fatal, y que esa nave que marcha veloz con viento en popa y velas desplegadas, se encamina velozmente á un escollo donde perecerá. La acumulación de riquezas causada por la rapidez del movimiento industrial y mercantil tiende al planteamiento de un sis-

(1) Encíclica sobre la cuestión social.

tema que explota en beneficio de pocos el sudor y la vida de todos: pero esta tendencia halla su contrapeso en las ideas niveladoras que viven en tantas cabezas, y que formulándose en distintas teorías, atacan más ó menos á las claras la organización actual del trabajo, la distribución de sus productos y hasta la propiedad. Masas numerosas, sufriendo la miseria y privadas de la instrucción y educación moral, se hallan dispuestas á sostener la realización de proyectos criminales é insensatos el día en que una fuerte combinación de circunstancias haga posible el ensayo».

Las ideas y presagios del eminente Balmes se han visto confirmados por los hechos. Todo cuanto vaticinaba si no se aplicaba un remedio eficaz y pronto, se ha realizado, y prueba de ello son las palabras de León XIII que parecen la continuación y el complemento de las suyas; tristes sucesos ocurridos en nuestros días, las crisis industriales que se repiten y aumentan la miseria, la reconcentración de los capitales que conduce al monopolio industrial y mercantil, el desasosiego y la agitación de esas *masas infinitas de proletarios*, las manifestaciones criminales de ciertas sectas como la anarquista, la amenazadora tempestad que se elabora en el espacio, esto es, la llamada pavorosa cuestión social, y el convencimiento de que la nave, con velas desplegadas é impulsada por los vientos, se acerca con rapidez vertiginosa al escollo. El filósofo español se penetró de los males y anunció el peligro: el sabio Pontífice ha sentido también los mismos males y desde su elevado solio da la voz de alarma. Lo que vió, lo que temió el humilde presbítero, lo ve, lo teme el alto dignatario. Ambos se fijan en iguales causas, ambos señalan idénticos vicios y abusos, ambos reclaman su corrección. Las palabras industrialismo y capitalismo son escritas por ellos: otros publicistas han sacado las consecuencias.



IV

Coincidiendo con Balmes, con M. Lepetit y con León XIII en varias de sus ideas, y casi al mismo tiempo que los dos últimos, señalaba los males provenientes del capitalismo y del industrialismo, un notable escritor alemán, M. Adler, á quien dirige no pocas infundadas y acres censuras y á quien procura combatir con escaso éxito el economista-individualista M. Leroy Beaulieu (1), achacándole capitales errores é ideas falsas, y atribuyéndole también, como afiliado al *socialismo científico* de Rodbertus Yagetrow, precursor de Carl-Marx, el cultivar la *astrologia científica*, imputación que hace extensiva á la mencionada escuela socialista, y con la que ha pretendido zaherir tanto á la una como al otro.

M. Adler, cuyo bien pensado estudio acerca de la protección debida á las clases trabajadoras (2) se halla muy lejos de merecer la poca consideración y hasta el desdén con que de él se ocupa el inflexible economista clásico, y á quien éste elige "por haber sistematizado sus recriminaciones que hoy en ambos mundos se dirigen contra el orden industrial», reduce á nueve los que son consecuencia, no del régimen industrial liberal, como le hace decir M. Leroy, sino de ese régimen económico basado en principios y aplicaciones erróneas, como empieza á reconocerse, aun por los economistas que siguen las nuevas direcciones, en leyes injustas que han determinado otras desigualdades y privilegios, en el ciego respeto á pretendidos derechos intangibles, que pugnan entre sí y contrarían y menoscaban otros más ciertos y positivos, más respetables y atendibles, y en el culto funesto á una llamada libertad que no tiene de tal sino

(1) *L'Etat moderne et ses fonctions.*

(2) *Annalen des deutschen Reiches für Gesetzgebung.*

el nombre, puesto que se resuelve en pro del fuerte y en contra del débil.

Estos males son, á juicio de M. Adler: 1.º «el trabajo generalizado de los niños en las fábricas», de cuyos efectos nos ocuparemos en la segunda parte de este libro, mal de efectividad reconocida por todos los estadistas y escritores, desde León XIII hasta los que rechazan las religiones positivas, desde los socialistas y colectivistas anárquicos hasta los economistas Manchesterianos, siendo muy pocos los que entre estos últimos procuran atenuarlo; 2.º «el trabajo también generalizado de las mujeres en estos mismos lugares», objeto también de nuestro estudio, é igualmente condenado por numerosos y notables publicistas, que daña la vida familiar, la moralidad, el vigor de las generaciones, y contraría la grande, la elevadísima, la misión única de la mujer; 3.º «la duración, á veces extraordinaria, de la jornada del trabajo para todos los obreros en general», duración cuyos perniciosos efectos habremos de demostrar; 4.º «la tasa con frecuencia sumamente baja de los salarios de los trabajadores no calificados, es decir, de aquellos cuya faena no precisa de aprendizaje», salarios que apenas bastan para cubrir sus más precisas necesidades fisiológicas, y de ningún modo para atender á las no menos precisas necesidades morales; 5.º «las huelgas temporales, y como consecuencia de ellas la privación del salario para muchos obreros que son capaces de trabajar y están dispuestos á hacerlo», huelgas cada día más frecuentes, que aumentan la miseria y dificultan, ya que no imposibilitan, el ahorro; 6.º «la incapacidad del trabajador y la falta de medios de existencia, resultado de accidentes de que el obrero puede con dificultad librarse, debidos muchos de ellos á la avidez industrial y á la falta de una eficaz protección»; 7.º «la vejez prematura, á la que escasamente atiende una beneficencia por lo común degradante, dada la forma en que se produce»; 8.º «las incapacidades producto de las enfermedades que son inherentes á multitud de faenas»; y 9.º «las habitaciones insanas que una odiosa explota-

ción fuerza muchas veces á los obreros á que las ocupen, satisfaciendo un interés elevado».

No diremos, ni decirse puede con fundamento, que todos estos males sean modernos, propios de nuestro siglo, ni que todos sean también producto del régimen que gobierna las industrias, de la sustitución que va haciéndose de la grande industria á la pequeña predominante en otros tiempos, y del inmenso desarrollo del que se denomina *capitalismo*: en esto nos hallamos conformes con M. Leroy Beaulieu y con los demás economistas de su escuela.

Pero sí afirmaremos con M. Adler y con los socialistas, que el desarrollo y concentración industrial, creando fortunas fabulosas, han contribuido y contribuyen á que muchos de dichos males se agraven y extiendan tanto que pueda tener verosimilitud la aseveración de que son su emanación directa y necesaria. Y unimos las palabras *desarrollo* y *concentración* para expresar con ellas un solo concepto, porque el desarrollo de las industrias por sí solo, siempre que corresponda con el consumo, y el desarrollo de los capitales, cuando éstos se multiplican, lejos de ser dañosos y de aumentar los males sociales, los reducen y atenúan, y contribuyen al bienestar general.

Lo que produce mayores males, lo que aumenta los ya existentes, es la extensión de la grande industria á costa de la pequeña, es la reconcentración en ella de la vida industrial, es la absorción de los capitales pequeños y medios por las desmesuradas fortunas, producto las más de las veces del agio y del monopolio, de especulaciones no muy conformes con la verdadera moralidad, y de otras causas análogas, sin que lleguemos, además, á decir en absoluto con el eminente naturalista y antropólogo M. Virey, que «el oro no se prueba tanto con el fuego como el hombre con la alta propiedad, pues conforme vamos subiendo los grados de la riqueza ó del poder, los gérmenes internos de nuestros vicios, imperceptibles durante el invierno de la pobreza, brotan á sus anchas, florecen con el calor y la estación del favor, por

cuanto nada se opone á sus medros, siendo efectivo que si nuestras leyes, según la expresión de Anacarsis, son las más de las veces telas de araña desgarradas por las avispas, pero suficientes para coger á las moscas, estos decretos del fuerte contra el desvalido, oprimen siempre á las clases ínfimas, las cuales sostienen, mejor que la cumbre, el peso del edificio social, probando con frecuencia la historia de las naciones, que malvados poderosos disfrutaban de entera impunidad, pues los más severos legistas, ni aun se atreven á decidir que sea lícito, por ejemplo, dar muerte á un tirano (1)».

V

Ya en los primeros años del siglo xix, próximo á terminar sin haber resuelto la mayor parte de los problemas durante él planteados, M. Roberto Owen, cuyas observaciones son tanto más de apreciar cuanto que emanaban de un genio escrutador y analítico, de un industrial que pasó toda su vida en el trabajo y rodeado de obreros, dirigiendo establecimientos fabriles y practicando ensayos que aun cuando algunos de ellos fracasasen, no dejaron de ofrecer resultados prácticos, sirviendo de provechosa enseñanza; M. Roberto Owen consignó en una Memoria dirigida á los soberanos de los cuatro Estados que formaban la fatal y reaccionaria cuádruple alianza, de la que España fué una de las víctimas, ideas que en mucho parecen calcadas en las que sostuvo bastantes años antes nuestro gran economista y estadista Campomanes, y que por esta conexión creemos oportuno exponer.

Según la Memoria aludida, que es del año 1818, los grandes descubrimientos que immortalizan los nombres de Arkooright y Walt, produjeron como resultado más

(1) *Historia natural del género humano.*

6 menos inmediato el aumentar doce veces el poder productor de la Gran Bretaña, sin que produjeran beneficio alguno á las clases proletarias, y si por el contrario una inmensa miseria, mayor cada día, muy especialmente en las clases trabajadoras, elevándose igualmente el impuesto de pobres en razón directa de las economías introducidas en la mano de obra; y terminaba diciendo que "en el estado actual de la producción y de la distribución de las riquezas, la miseria de las clases trabajadoras tenía que irse aumentando más cuanto que las fuerzas mecánicas fueron sustituyendo á la acción del hombre, no encontrando para salir de ello más que un solo camino, *renunciar á esos grandes centros manufactureros* entregados á una alternativa perpetua de actividad y de huelga dentro de una concurrencia desordenada y envidiosa, y *reemplazarlos con pequeños centros* á la vez *industriales y agrícolas*, pues dividiéndose entre el cultivo de la tierra y la fabricación de distintos productos, los miembros de estas colonias podrían pedir á la una de estas clases de trabajo lo que les negara la otra, y sacar directamente del suelo un alimento que no llegarían á procurarse por la vía indirecta de la industria».

Se ve, pues, que Owen, no soñador sino en parte, conceptuaba que de los grandes adelantos mecánicos que acababan de tener lugar, emanaría un cambio completo en la manera de ser de las industrias, cambio que ya iba realizándose, y que, desde los primeros momentos, lejos de favorecer, perjudicaba, y perjudicaría infinitamente más á los trabajadores; creía que las fuerzas mecánicas continuarían sustituyendo á la acción del hombre, que los grandes centros fabriles, resultado inevitable de la grande industria, absorberían á los pequeños, entregando al obrero á una competencia desastrosa, y proviniendo de todo ello el aumento de la miseria, y entendía ser preciso para impedirlo, volver á los centros pequeños, á industrias no tan en grande, y á la unión de la fabril con la agrícola, esto es, á un sistema completamente distinto del que hoy constituye el *industrialismo*.

Estas ideas, tan sensatas y razonables, no le pertenecían por completo: antes de él las habían emitido varios economistas, y entre ellos, según ya hemos indicado, el conde de Campomanes en sus discursos sobre la industria y la educación popular, y en los apéndices á los mismos, en los que abogó por las pequeñas industrias, y preconizó como medio para contener la miseria, un sistema mixto de agrícola y fabril, á fin de que la una contrarrestase los efectos de los paros y ocios forzosos de la otra.

VI

Acabamos de aludir á la grande industria, y antes de pasar adelante indicaremos lo que debe entenderse por tal, si bien su verdadero concepto puede sobreentenderse y se desprende de cuanto dejamos expuesto. En Adán Smith, en Juan Bautista Say, en Babbage, en Stuart Mill, en Dunoyer, en Madrazo, en Carreras y González, y en general en todos los economistas que ponderan sus ventajas, por más que se opongan á su excesiva reconcentración, encontramos pasajes que muy bien pueden servir para dar á conocer lo que entendieron por grande industria.

Según M. Baudrillart «son muchas las razones que abonan y militan todavía por la extensión de las explotaciones industriales, con tal que no sea tal que se confunda con el monopolio al que se aproximan». Las industrias han sido divididas en grandes, medias y pequeñas, conforme su mayor ó menor extensión, su mayor ó menor desarrollo, etc., etc. Todas ellas cuentan con resueltos partidarios, en especial la industria media, tan alejada del atomismo de la pequeña, como del monopolio que casi se confunde con la grande. En ésta se comprenden, cual acertadamente escribió M. Julio Si-

món (1), «todas las ramas del trabajo humano que emplean numerosos obreros aglomerados, y tienen por agente principal una máquina de vapor ó hidráulica», ó lo que es lo mismo, todas las ramas de la producción, sin exceptuar la agrícola, en las que concurren los tres requisitos ó condiciones que señala; y decimos que sin exceptuar la agrícola, pues en ella pueden igualmente concurrir, si no en todas, en muchas de sus clases y operaciones.

M. Julio Simón reconoció, con los econonistas y con los mismos socialistas, que esa grande industria «casi ha removido la faz del mundo, pareciendo que un genio benéfico no deja de arrojar con profusión en medio de la multitud, fardos de seda, de algodón y de lana». Pero con los moralistas, y apartándose bastante de los econonistas, ve que á la par de estos beneficios produce considerables daños «que agravan el mal, que lo difunden, que lo generalizan». Y no sólo ve esto: dice que no puede menos de llamar la atención «de cuantos hombres serios se ocupan de los intereses morales de la sociedad» un mal no menos positivo, y, hasta cierto punto, de mayor trascendencia, «el que á medida que las manufacturas se multiplican, el trabajo á domicilio se hace cada vez más improductivo, que cuanto mayor facilidad tienen las mujeres de colocarse en las manufacturas, más dificultad encuentran de tener ocupación en sus casas, siendo la misma causa la que por un lado las enriquece, y por otro las arruina», y, en resumen, que «la grande industria paga bien á las mujeres, pero las arranca á la familia y á sus deberes».

Iguales efectos sobre la moralidad atribuye M. Le Play al *industrialismo*, pues dice que «la corrupción de los obreros sobreviene y se origina de los capitalistas, los cuales, con su audacia, con la fastuosa ostentación, con el desamor y menosprecio, excitan en ellos el ansia de venganza, la envidia, el odio y el deseo de desacato»;

(1) *La obrera*.

y redondea su pensamiento encerrándole en una conclusión desconsoladora, terrible, que parece trazada, más que con su pluma, con la de alguno de los más fanáticos de los sectarios de Bakounin, cual lo es la de que hoy el trabajo «es el único suicidio concedido á la virtud».

No ha llegado á tanto el socialista Bebel, quien, no obstante su radicalismo, se ha limitado á expresar que «el actual régimen capitalista, con la organización burguesa, hace imposible la vida para el setenta y cinco por ciento de las naciones, habiéndose duplicado en veinte años el precio de la moneda, sin que hayan tenido los salarios un aumento proporcional». Con estas palabras deja entrever la idea de M. Le Play; pero no llega á formularla desembozadamente. El socialista alemán se detuvo en un punto que no vaciló en traspasar el célebre maestro de París, y de los numerosos católicos franceses que al ocuparse de las cuestiones sociales, tributaron homenaje á la libertad económica, si bien con limitaciones rechazadas por los individualistas exaltados.

Los socialistas de la cátedra, que, por decirlo así, representan el matiz más conservador del socialismo, se pronuncian contra el capital y lo atacan, tal vez más enérgicamente que los radicales y los comunistas-colectivistas, sobre todo cuando se apodera de las industrias y toma la forma de industrialismo, se han hecho eco de los odios, han fomentado las preocupaciones y las rivalidades de los proletarios contra los poseedores de bienes, y contribuido á la lucha, cada día más violenta y extensa, entre los dos factores de la producción. Así Schafle, á quien por algunos se considera como mero precursor del socialismo científico, dijo ya hace tiempo que «el abuso no está tan sólo en la degeneración de la nobleza territorial y sacerdotal, sino que aun se encuentran mayores refinamientos en los abusos de la *nobleza del oro*, que Platón y Aristóteles, cuyas opiniones eran, por otra parte, tan distintas, están conformes en marcar con el sello de la infamia semejante nobleza. En nuestro tiempo este abuso es mayor que nunca por

parte de esa aristocracia del oro, que se dice liberal: muchos millones se han usurpado por los influyentes jefes del partido parlamentario liberal, la justicia se ha hecho instrumento de partido, y con el abominable abuso del nombre de la libertad constitucional, este liberalismo expoliador no se cuida de emancipar á la mayoría de la población».

Así Ichmaller sustenta las mismas ideas, y Scheel manifiesta que «la cuestión obrera lo es de lucha entre los débiles y los fuertes, y exige que un poder más fuerte intervenga en favor de los primeros», é indica después su creencia de que es además «una cuestión de clases, naciendo de aquí, para su resolución, la necesidad de medidas que se extiendan á todas ellas y á sus agrupaciones».

M. León Faucher, cuyo nombre es tan conocido, y cuya significación científica no es menos notoria, acercándose bastante á los anteriores, después de hacer notar que «los ebanistas, carpinteros, cerrajeros, etc., que trabajan en pequeños talleres, bajo la dirección del patrono, están dotados de mayores condiciones de moralidad que las grandes aglomeraciones de obreros que trabajan en las grandes manufacturas», y que «á continuación de una crisis industrial, de una disminución de la exportación, de un exceso de producción, los grandes talleres se ven obligados á veces á disminuir el trabajo», manifiesta que «la miseria, la embriaguez, la inmoralidad, la relajación de los lazos de la familia, se desarrollan más en las grandes aglomeraciones de obreros, habiéndolos confirmado hace años la observación».

Por último, M. Carlos de Remusat ha dicho que «la grande industria, es decir, la aplicación de la ciencia, del trabajo á la materia, desarrollado en grande escala por los grandes capitales, podrá ser la conquista más característica de las sociedades modernas, pero también es la causa que influye más poderosamente en la moralidad de las masas: he ahí, añade, en una palabra, el mayor peligro, y si las actuales sociedades están destinadas á perecer, la grande industria contribuirá mucho á ello».

VII

Los proletarios, y muy particularmente los trabajadores, que forman su núcleo principal, han llegado á persuadirse de que el capitalismo y el industrialismo se nutren de ellos, y de que viven, crecen y se desarrollan á su costa, viniendo á ser como extensa llaga que al mismo tiempo que profundiza en el organismo social, le infecta y le corroe. La inmensa mayoría de los vicios y males de la sociedad, y desgraciadamente los más funestos, entienden que son el resultado de una protección que ocultándose tras del lema, «¡respeto á la libertad!» se concede á las invasiones *capitalísticas* encaminadas á la reconcentración y acumulación de las riquezas, conseguidas por el agio y el monopolio de que Max Nordau ha diseñado un perfecto bosquejo, y de la no menor é inconsiderada protección con que se procura fomentar el desenvolvimiento industrial, por sí solo demasiado avasallador, y que del mismo modo que los grandes capitales, roban los empleos útiles á los pequeños á quienes á lo sumo permiten agruparse constituyendo sociedades anónimas y comanditarias, matan á los industriales medios y pequeños, y con éstos á numerosos obreros, sin dejarles expedito camino alguno para que ejerciten su actividad.

«Los trabajadores, se lee en un curioso opúsculo publicado en 1871 á raíz de los deplorables sucesos de la Commune (1), saben que si el feudalismo de la tierra ha sido destruido, se ha levantado sobre sus escombros, tal vez más temible porque cuando oprime lo hace con instrumentos más poderosos, el feudalismo industrial que al utilizarse de la máquina, nuevo elemento em-

(1) *Les mystères de l'International, son origine, son but, ses chefs, son rôle sous la Commune.*

pleado por la diligencia y actividad humana, lo ha vuelto en contra del hombre, y transformado no pocas veces ese protector escudo en arma ofensiva.»

Expone después las pretensiones de los trabajadores, encaminadas á defenderse de ese nuevo señor feudal, de ese creciente industrialismo que les oprime y aplasta, y dice que al efecto quieren «el derecho al utensilio, y marchan hacia la reforma de la explotación industrial, sosteniendo que la revolución social debe transformar las relaciones del capital y el trabajo, pues entre el industrialismo y el salario es entre los que el antagonismo fermenta».

Enumera á continuación varias de las manifestaciones de este antagonismo, de esta lucha entre industriales y obreros, y al exponer los hechos reveladores del uno y de la otra, manifiesta que «conforme se afirma más la potencia del capital, se aumenta también la resistencia del trabajo; que los comités de los delegados de las corporaciones obreras se constituyen en todas partes para el sostenimiento del equilibrio en la cuestión de los salarios, organizándose con un espíritu de legítima defensa del trabajo las *Traders unions* que por de pronto no respondieron á las aspiraciones de los obreros, no siéndolas dado en mucho tiempo más que combatir con las *huelgas* las pretensiones del capital que se defendía con los *paros* repentinos de los talleres, venciendo siempre como el más fuerte».

Señala dicho folleto las consecuencias inmediatas de esta lucha desastrosa entre las dos fuerzas productivas que debieran marchar siempre unidas, expresando que «los patronos sufrían, pero los obreros eran los que realmente padecían». Y no sólo padecían, sino que después de cada huelga que terminaba rindiéndose, entregándose á discreción, consumidos los recursos y ahorros, lo cual acontecía las más de las veces, pues los ahorros del obrero, si llega á tenerlos, son escasos, y los fondos ó reservas para la resistencia por lo regular poco importantes, los capitalistas, empresarios, patronos é industriales, aumentaban unas veces sus exigencias, sostenían

otras las causales de la huelga, y el industrialismo se fortalecía, se desarrollaba, porque ese duelo, ese combate funesto entre el capital y el trabajo, entre el patrono y el obrero, ofrecía mucha semejanza con los que en otros tiempos sostuvieron los señores feudales, encerrados en sus inexpugnables fortalezas, resguardados por aceradas armaduras, agrupados en apretados escuadrones, esgrimiendo toda clase de armas, con los pobres aldeanos y siervos, debilitados y extenuados por la miseria, cubiertos de mugrientos harapos, desunidos y aun luchando los unos contra los otros, sin más armas que los toscos aperos de la labranza, sin otra fortaleza que la desmantelada choza: después de la fácil victoria, nada gloriosa para el triunfador, éste cuajaba de víctimas los pilares de la horca, lúgubre representación de su poder, apretaba las cadenas al siervo y las colocaba en la garganta del artesano, aumentaba las arbitrarias gabelas, y acumulaba los oprobios sobre el vencido: el señor feudal de hoy, que no arriesga sino su oro, después del triunfo, para el que cuenta con el apoyo de los Poderes públicos, hace que el vencido se humille, le impone nuevas cargas y deberes, y lanza sobre él todo el peso de los daños, toda la condenación por la lucha: *væ victis*, era el grito de aquél; *væ victis*, es la exclamación de éste.

No tardó el trabajador en persuadirse de la desigualdad de semejante lucha, de lo difícil que para él era sostenerla en los términos en que la había comenzado, de lo dañosa que le resultaba siempre, y desde entonces, como con toda exactitud se expresa en el folleto á que nos referimos, «en lugar de gastar para sostener las huelgas el capital que resultaba de la acumulación de sus cotizaciones, pensó en emplear en la *cooperación* sus capitales colectivos, no tardando en demostrar sus primeras asociaciones cooperativas que parcialmente podían competir con el capital». Indudablemente fué este un paso muy acertado y que podía modificar en beneficio de los obreros las condiciones de su lucha con el cada día más poderoso industrialismo. Oponerle la fuerza de la cooperación obrera era una gran idea; mas para que con-

dujese á resultados prácticos se precisaba su generalización, su universalización. Cooperativas aisladas, poco podían pesar en la balanza: cooperativas extendidas por todas las naciones y pueblos, relacionadas entre sí, hechas solidarias, que encerrasen en su seno la mayoría de los trabajadores, podían significar mucho. Desgraciadamente los progresos de la cooperación han sido y siguen siendo lentos, en muchos países se han paralizado, y la impaciencia obrera, buscando en otras formas de la asociación un éxito inmediato, y alzando sus miradas hasta los ensueños que como realidades posibles se les presentan, y acudiendo de nuevo á las huelgas que á ellos principalmente dañan, y extremando su actitud batalladora, y combatiendo cual á enemigos á elementos y fuerzas sociales que pudieran tener á su lado, y dejándose conducir por propagandistas que de la propaganda viven, y sembrando desconfianzas, recelos y temores, lejos de ganarlo pierden terreno. Hoy, por fortuna, inician un cambio de dirección, y comienzan á seguir derroteros más seguros. Pero sus vacilaciones han favorecido al industrialismo que querían aniquilar: cuanto más dudan, vacilan y se fraccionan, más firmeza y cohesión adquiere aquél. Es siempre el señor feudal formando con sus apretadas mesnadas un solo cuerpo inspirado y movido por un solo espíritu.

VIII

No sin razón los trabajadores prorrumpieron en sentidas quejas contra los abusos y excesos del *industrialismo*, en el que puede comprenderse el *capitalismo*, y lucharon después por contrarrestarle, y luchan hoy con mayor empeño por destruirle, cimentando sobre los escombros sus extensas colectividades. El industrialismo, causa de no pocos males, ha nacido del inmenso desarrollo industrial, y, sobre todo, de las inmensas transformaciones sufridas por las industrias á consecuencia

de los dos grandes descubrimientos del siglo último, el vapor y el tejido mecánico, de la aplicación de aquél á la confección de los más variados artículos; descubrimientos que, si por un lado beneficiaron á la sociedad, por otro la fueron dañosos, toda vez que cambiaron las condiciones de existencia de las manufacturas, y, por lo tanto, las de la existencia de los trabajadores, enlazada con aquélla y de aquélla dependiente; cambios que dieron desmesurada preponderancia al capital, que abusó de ella y fué reconcentrándose, hicieron más insegura la vida del trabajador, privaron á éste de recursos y ocupaciones supletorias, extendieron la concurrencia, exacerbándola entre los mismos trabajadores, hicieron más sensibles, más desastrosos, sus efectos, y promovieron, para aprovecharse de ellos, crisis numerosas del trabajo.

M. Luis Reybaud, que ni de socialista ni de revolucionario puede calificarse, pintó con mano maestra en la más conocida y apreciada de sus distintas obras (1), y bajo sus distintos aspectos, la vida de las industrias antes de que tuviera lugar su transformación; vida que permitía á los trabajadores permanecer en los campos sin que nunca les afectasen en masa las seducciones, vituperables placeres y la disipación lamentable de las ciudades y de los grandes centros del trabajo, dedicarse á la agricultura cuando sobraban brazos en la industria fabril, y á ésta cuando excedían á la demanda en aquélla, sirviéndose mutuamente de apoyo ambas ocupaciones. «La introducción de los nuevos agentes industriales, dice, realizó una completa revolución en este estado de cosas: la industria colectiva ataca á la industria aislada; el trabajo mecánico vence y aniquila al trabajo á mano. Pensando en este cambio imprevisto se comprende, aunque sin participar de ella, la locura de los *Luddistas*. Esos millares de cabañas que tienen montadas miles de artefactos, se ven poco á poco obligadas al des-

(1) *Etudes sur les réformateurs, etc.*

amparo por los establecimientos gigantescos animados por el vapor con ingeniosos mecanismos. Los brazos del hombre sostuvieron hasta lo último la lucha contra las fuerzas naturales, y no cedieron sino ante el creciente testimonio de su impotencia. Entonces se produjo en el equilibrio de las poblaciones una perturbación de cuyas consecuencias aun no se han librado. Los motores mecánicos, modificando las formas y términos de la producción, la elevaron á una potencia hasta entonces desconocida. El precio, moderando las cosas, tenía por precisión que excitar el consumo, y bien pronto los agentes naturales que, á primera vista, parecían despojar al trabajo humano, le imprimieron nueva energía.»

Pero como el consumo tiene sus límites, y la producción industrial seguía creciendo, superando con mucho á aquél, y la población de los campos había afluído á las ciudades, y las grandes fábricas no podían desaparecer por ser inmensos los capitales en ellas invertidos, ni pararse por las considerables perdidas que su paro entrañaba, se inició un nuevo y lamentable período, muy semejante al primero, igualmente señalado por Reybaud, en el que siembra el industrialismo los desastres, en el que los progresos de la mecánica vienen en auxilio del productor, y hasta cierto punto contra el obrero, disminuyendo el número de brazos empleables, limitando la ocupación de los más vigorosos, de los hombres, haciendo descender el precio del trabajo, y permitiendo utilizar á la mujer, al muchacho y al niño, y poniendo de ese modo á unos obreros enfrente de los otros, á las madres, á las esposas, á los hijos, enfrente de los maridos y de los padres, sujetándoles además, lo cual constituye otra disminución indirecta del salario, á un trabajo prolongado con exceso, y, de consiguiente, á causa de tal prolongación, superior á sus fuerzas y contrario á su salud. Todo ello ha determinado lo que Lammenais en las *«Palabras de un creyente»* llama explotación de los obreros por los patronos «que aumentan las horas del trabajo y disminuyen los salarios, hacen morir á los trabajadores por falta de lo necesario, y son discípulos

de Satán más crueles que los amos que tienen esclavos»; conceptos no poco exagerados aun cuando no distantes de la verdad.

IX

A esta misma llamada explotación, á estas mismas manifestaciones del industrialismo, se refiere el cardenal Gibbons cuando dice que la despiadada conducta de los capitalistas que valiéndose de toda clase de armas procuran aumentar sus beneficios encaminando las leyes en provecho exclusivo suyo, oprimen cruelmente no sólo á los obreros pertenecientes á los distintos ramos de la industria, sino también á los niños y á las mujeres; y al afirmar que el obrero tiene el derecho de resistir contra tales iniquidades, y de organizarse para poner remedio á los peligros que amenazan al orden social y á la civilización por culpa de la rapacidad, la corrupción y la opresión de los capitalistas.

A ellas se referían también los Obispos católicos alemanes reunidos en el año 1869 en Fulda, los cuales, no discrepando del socialismo radical, convinieron en que «la sociedad industrial moderna está regida de la manera más brutal por las leyes del tráfico», en que «el salario se halla regulado por la férrea ley económica de la oferta y la demanda», en que el trabajador «no tiene garantía alguna, ni esperanza de mejora, en que «no hay nada que facilite su progreso moral y espiritual», y en que «para que la Iglesia cumpla verdaderamente su misión, es necesario que encamine sus esfuerzos á combatir la necesidad y la miseria, extirpar el vicio, mejorar las condiciones morales é intelectuales del obrero, organizar el trabajo y el salario de manera que se mejore la situación del trabajador,» y otras varias medidas protectoras y garantizadoras de sus derechos, á las que ya hemos aludido y de las que nos ocuparemos con la ex-

tensión necesaria en los correspondientes capítulos, razón por la cual ahora las omitimos.

A ellas alude M. Sismondi, quien, como escribió el economista Blanqui, «movido del contraste de la grande opulencia y de la miseria extraordinaria de que había sido testigo en Inglaterra, sorprendido de ver estos adelantos de la industria servir casi exclusivamente para algunos hombres, sin ventajas conocidas para la generalidad, estudió las causas de estas anomalías, y creyó haberlas encontrado en la constitución misma de la industria».

M. de Sismondi sostuvo que estando unida la felicidad pública á un justo equilibrio entre la población y la renta, y habiéndose reducido más cada día la de los trabajadores por la concurrencia y el empleo de las máquinas, no podía menos de llegar la sociedad á una serie de catástrofes: «se han sustituido, decía, máquinas más poderosas, más caras, á las que existían, se ha obtenido una rebaja en el interés de los capitales, una fabricación anual de cinco mil francos se ha elevado á un millón», y la consecuencia de todo ello recae sobre el obrero, que es la cabeza de turco sobre quien se descargan todos los golpes, que sufre por la concurrencia, por la disminución de los gastos, por los progresos de la maquinaria, por cuanto idea el capitalista para hacer más fructuoso su capital, el industrial para aumentar, ó cuando menos sostener sus beneficios; y el trabajador, ante los menores ingresos, disminuye su consumo, y como los trabajadores forman la gran masa de la población, y su consumo es el mayor, descende el consumo total, y de aquí nuevos inventos de aquéllos, de los industriales, de los capitalistas, y una agravación del malestar de los obreros, y de aquí las catástrofes ya ocurridas, y las más imponentes que se presienten.

Por último, el Sr. Pi Margall, definidor del credo del moderno partido Federal Socialista Español, que, por decirlo así, ha sustituido al Federal histórico, puesto que entre sus respectivos programas existen diferencias esenciales, ha puesto de relieve en varios de sus notables es-

critos, los males del industrialismo, que, con otros publicistas, califica de *feudalismo industrial*, y ha señalado, principalmente en su profundo estudio acerca de las *Nacionalidades*, obra en la que magistralmente condensa los fundamentos y las aspiraciones del *federalismo* que en realidad aparece más ó menos perceptiblemente en todas las manifestaciones de la vida de las distintas regiones españolas, más ayer que hoy, y más aun en estos últimos años que en los que inmediatamente les precedieron, la constante aspiración de los trabajadores á poner término «á este tan fatal *feudalismo*, apoderándose del gobierno de las naciones».

Aun cuando las ideas del Sr. Pi Margall son dignas de detenido estudio, no sólo por su significación científica, por la autoridad que las presta la respetabilidad del acaso más consecuente de nuestros hombres públicos, cualidad apreciablesísima en un período en que cuantos de la política viven no se distinguen por su consecuencia, sino por lo mucho que han influido é influyen todavía en el movimiento social, no intentaremos tan ardua faena que nos alejaría de nuestro plan y ensancharía nuestros propósitos. Sin embargo, no podemos dispensarnos de copiar algunas de sus palabras que han motivado estas ligeras observaciones.

«En el año 1848, dice, dieron en París (los trabajadores) la más sangrienta batalla que haya podido darse en el recinto de ciudad alguna. Se han organizado después, han discutido y formulado en congresos internacionales su programa, y han llevado el espanto al corazón de las demás clases. Por sus propias discordias y las medidas de sus enemigos se presentan hoy menos temibles, pero no arrepentidos. Como pudieron más en 1871 que no en 1848, á pesar del silencio á que se les redujo, podrán mañana más que en 1871, porque está en la ley del progreso que desaparezca la última forma de la servidumbre y caiga el feudalismo industrial como cayó el feudalismo guerrero. Son la revolución del porvenir.»

Esto que el distinguido hombre público escribía y profetizaba en 1882, se ha visto en parte confirmado. El

industrialismo, que en verdad constituye un feudalismo de nueva especie, ha comenzado á sufrir, en especial de las clases obreras asociadas, golpes tan rudos, que no es posible subsista en su actual manera de ser, obrando cual implacable déspota. Conforme las clases obreras se agrupan y encaminan á un mismo fin sus esfuerzos, conforme adquieren mayor influencia en la sociedad, el régimen industrial se transforma, siendo de esperar que de tal transformación resulte la transformación de aquellos caracteres que al industrialismo hacen odioso. La nueva revolución á que el Sr. Pi Margall alude, puede decirse que está realizándose, y el impulso que la comunican personas ilustradísimas, la llevará á feliz término, sin sacudidas violentas ni perturbaciones dañosas.

En obsequio á la brevedad haremos caso omiso de lo manifestado por otros escritores que coinciden con el señor Pi Margall, aun cuando las escuelas á que pertenecen son muy distintas, en considerar las exageraciones del industrialismo como productoras de males y preparadoras de perturbaciones gravísimas si no se alienta la evolución fecunda que se inicia y es la única que puede reducir los unos y hacer menos sensibles las convulsiones que pudieran tener lugar. Las luchas á que el señor Pi Margall alude, y otras no tan generales pero sí más significativas, de fecha reciente, las causas que las determinaron, y los efectos desastrosos que han producido, deben servir de lección. Las revoluciones, y sobre todo las que tienen por determinantes errores económicos y vicios sociales, no se alejan con medidas de represión ni con paliativos ó remedios empíricos: es necesario prevenirlas, anticiparse á ellas, atacarlas en sus fundamentos, inutilizarlas con reformas que satisfagan las generales aspiraciones. Esto es lo que procuran, muchas veces desacertadamente, los socialistas; esta la principal misión de los pensadores y de los verdaderos estadistas; este el deber más imperioso é ineludible de los gobiernos.

X

No seguiremos exponiendo los cargos que se formulan contra el industrialismo moderno y contra el invasor capitalismo. Pocos son los economistas no apegados ciegamente á las doctrinas de la escuela Manchesteriana y al individualismo irradiado de la filosofía del siglo último, que más ó menos ostensiblemente, y con mayor ó menor dureza, no les hagan objeto de sus ataques. En cuanto á los socialistas, más apasionados, y, por lo mismo, más violentos, la unanimidad es completa.

Lo cierto es que el industrialismo constituye un mal, que crece, que va apoderándose de toda la vida económica social, y unido con el capitalismo de la vida social entera; mal que se hace preciso combatir con eficaces é inmediatos remedios. ¿Cuáles han de ser éstos? He aquí otro problema por resolver, y que merece, sin duda alguna, no pasar desapercibido y mucho menos ser desdeñado. Su relación íntima con todas las importantísimas cuestiones económico-sociales y aun jurídicas, puestas sobre el tapete, algunas de las cuales han sido objeto de nuestras anteriores investigaciones, y otras lo serán de las sucesivas, dificulta, ya que no imposibilita por completo, el que pueda ser tratado aisladamente, y motiva las distintas y encontradas soluciones propuestas, aun las de los mismos socialistas que ofrecen como panacea el resultado de sus antagónicos sistemas.

Así, por ejemplo, M. Sismondi, á quien acabamos de citar, se inclinó hacia las pequeñas industrias, abogó por el abandono de esa absorbente maquinaria que tiende á invadir y apropiarse completamente todas las esferas del trabajo, hasta el punto de hacer posible la idea del anarquista Kropotkin, de que los mismos servicios domésticos sean desempeñados por ella, propuso que se pusieran trabas y restricciones á una mayor división del trabajo, que cada hogar constituyera una so-

ciudad completa, aun cuando en miniatura, y que todas las familias vuelvan al sistema de la indivisión anterior, sostuvo la conveniencia de facilitar la repoblación de los campos, dificultando la emigración á las ciudades, y sostuvo igualmente que, como sucede en Suiza y en algunas comarcas de España, y reclamaron para todas Campomanes, Jovellanos y otros economistas cuyos nombres apenas son conocidos de los sabios y que nuestro inolvidable amigo y maestro D. Santiago Diego Madrazo mencionó y apreció en todo cuanto valían en el bosquejo histórico de su doctrinal obra, el enlazar las industrias agrícola y fabril á fin de que la una neutralice los efectos de las crisis que afecten á la otra.

Blanqui aceptó el plan, desarrollado después ampliamente como hemos visto, y llevado á la práctica en varios países é industrias, de dar participación en las utilidades del empresario ó patrono al obrero, y de constitución de sociedades comanditarias en beneficio del trabajador colectivo.

Decurtius, que atribuye al industrialismo los mismos perniciosos efectos en todos los países, «cualesquiera que sean la raza, la lengua y la cultura intelectual», que conceptuó lógicas consecuencias suyas, «la excesiva extensión de la jornada de trabajo y el trabajo industrial de las mujeres y de los niños», que lo comparó con «un río inquieto, sin orillas», encomienda al legislador el remedio, hoy más fácil y sencillo, mañana más costoso y complicado, y cree que el legislador debe dictar disposiciones referentes al salario, á la protección al obrero, sea joven, sea adulto, toda vez que no puede permitirse que el niño trabaje, como ya no se permite en la generalidad de los países, y las faenas á que la mujer pueda dedicarse, etc., etc.; medidas que deben adoptarse en todas las naciones para evitar, si á todas ellas no fuesen extensivas, que los industriales de aquellos puntos en donde no se establecieran, se encontrasen en más favorables condiciones para luchar contra la concurrencia extranjera, razón por la cual «las convenciones internacionales son la *conditio sine qua non* para el desarrollo

del derecho obrero en general». Y el Congreso Católico de Amberes «consideró como el principal fin de la legislación social, y de la organización cooperativa, llevar el equilibrio y la estabilidad á la producción y al consumo».

Los socialistas democráticos, los comunistas y los sectarios de Bakounin, participan en mucho de las anteriores ideas; pero persuadidos de que los actuales organismos sociales, que conservan bastantes de los vicios heredados de aquellos que no hizo desaparecer por completo la inmortal revolución francesa del siglo XVIII, revolución que á pesar de sus errores, extravíos y aun crímenes, constituye uno de los períodos más gloriosos de la historia de la humanidad, son un obstáculo para que el derecho del obrero se reconozca en toda su amplitud, y se garantice de los ataques y emboscadas de los fuertes, buscan el remedio en otras organizaciones más racionales, más penetradas del concepto de lo justo, calcadas en los dictados de la ciencia, modificación más bien de las existentes las unas, quiméricas, utópicas ó imposibles las otras, y alguna de ellas notoriamente dañosa á la misma clase obrera en cuyo beneficio se dice ideada.

De cada una de ellas creen sus adeptos que habrá de resultar la desaparición del tan combatido industrialismo; pero en tanto que llega su hora aceptando las conclusiones del socialismo práctico, cooperan á su consecución en la medida de sus fuerzas y en cuanto no se oponen sus principios. Varias de las conclusiones del socialismo práctico han sido ya aceptadas por los legisladores, otras están en camino de serlo también, y los hechos no tardarán en decidir acerca de su eficacia para curar un mal que ya muy pocos niegan, y considerado por muchos evidente.

Como justificación de tales medidas y aun de los actos de violencias, se presenta con todas sus sombras el cuadro del industrialismo, del cual hemos procurado trazar un ligero bosquejo. Constituye el mejor resumen de lo que piensan acerca de él los socialistas, el que hizo Winterer en el Congreso de Lieja: con él pondremos término á este capítulo: «Se ha puesto el hombre al servicio de

la máquina, y hay que invertir los términos en beneficio de la humanidad. No se ha visto en el obrero más que un instrumento, un factor en el problema de la producción, y hay que tener presente que el obrero es un padre, y la obrera una madre. Se ha ido permitiendo insensiblemente que el dinero se convierta en la primera potencia del mundo, y hay que librar á la humanidad de este reinado humillante, fatal y despiadado. Se ha permitido al capital disciplinar individualmente á los hombres y producir esta multitud inaudita de proletarios que nos espantan, y es necesario que á costa de toda clase de esfuerzos se detenga, ó al menos se ponga obstáculo á esta obra funesta de proletarización indefinida.» Nada más diremos por nuestra parte: las palabras del ilustre socialista cristiano no necesitan de aclaración ni de ampliación. Con ellas, cual acabamos de manifestar, ponemos término á esta serie de consideraciones con las cuales hemos procurado presentar bajo sus distintos aspectos uno de los problemas más graves que se relacionan con el trabajo.

CAPÍTULO X

SOCIEDADES DE RESISTENCIA, COALICIONES Y HUELGAS

I

Después del industrialismo, forma que puede calificarse de ataque por el capital, objeto de tantas censuras y causa de no pocos males, el orden lógico impone que nos ocupemos de las sociedades de resistencia, de las coaliciones y de las huelgas, forma de defensa á veces, de ataque casi siempre, por parte del obrero, para resistir en unas ocasiones, oponerse y contrarrestar en otras, y combatir en las más, las invasiones, las exigencias, los excesos y abusos, las imposiciones de aquél, y causa asimismo de no menores males, conflictos y desastres.

Casi paralelo al movimiento que cabe llamar *cooperativo*, iniciado en Francia después de la caída de Carlos X, último representante en ella del *legitimismo*, rey para quien las lecciones de la experiencia y de la desgracia de nada sirvieron, y generalizado en el resto de Europa desde el advenimiento de la segunda República; movimiento que tan fecundo pudo ser en bienes si los errores, extravíos, elucubraciones y ensueños de Fourier y San Simón, de los socialistas representados por el

Taller y Luis Blanc, sobre todo de este último, y de algunos otros sectarios menos importantes, pero de índole y tendencias parecidas, no le hubiesen perturbado, colocando enfrente de él valiosos elementos que de mucho le habrían servido, y llevándole por derroteros á cuyo término estaba la ruina de las sociedades creadas bajo su influjo; casi paralelo á este tan plausible arranque de espíritus generosos é innovadores, que se propusieron mejorar, en primer término la producción, y después la distribución de los productos del trabajo, se produjo otro movimiento más general é imponente, que se propagó con la rapidez de la electricidad, que fué oscurecido por hechos tristísimos, que todavía sigue desarrollándose, que comienza á dejar unas formas adoptando otras más radicales, y que, á diferencia del anterior, es más bien una de las manifestaciones de la empeñada lucha social, uno de los medios de combate al que tanto cariño tienen, y del que tanto esperan, las clases trabajadoras, para vencer al capital, y muy especialmente al denominado industrialismo: nos referimos al movimiento determinado por las *coaliciones* y las *asociaciones de resistencia*, consecuencia natural de aquéllas, y por las *huelgas* que las unas y las otras han organizado, fomentado y sostenido dándoles su carácter cada día más señalado y una extensión de que antes carecían.

La *coalición*, del mismo modo que la asociación, es el arma del débil, es la forma adoptada por el trabajador para resistir unas veces las injustas y exageradas pretensiones del capitalista, patrono, industrial ó empresario, en cuyo caso constituyen un medio lícito de defensa, siempre que no rebase ciertos límites, introduciéndose en el terreno de la delincuencia común; y otras veces, para imponerse y hacer admitir pretensiones y acuerdos que cuando se basan en sus derechos, ó en la equidad, no merecen la menor censura, ni la oposición que han encontrado en las legislaciones y en los Poderes públicos, antes por el contrario son dignas de apoyo, pero sí cuando son injustificadas y lesionan derechos ajenos, en cuyo caso la sociedad, y la representación de ésta, el

Estado, deben intervenir, cumpliendo este último su elevadísima misión de tutelar el derecho.

Hablando de esta dirección del movimiento obrero, manifestaba Proudhón (1) que «después de 1789 la sociedad ha sufrido un cambio inmenso, y la situación no parece, con todo, mejor; que más que nunca todo el mundo puede estar bien alojado, bien vestido y bien alimentado, y trabaja por mucho menos; que los jornaleros se coaligan y se declaran en huelga para que se les reduzcan las horas de trabajo y se les aumenten los salarios; que los maestros, según se dice, acceden por un lado, buscan economías en la producción á expensas de la calidad de los productos; que asegurar la disminución de trabajo, á que ante todo aquéllos aspiran, mantener su salario en alza y perpetuarse en un cómodo *statu quo*, es su aspiración; que los jornaleros no se limitan á coaligarse contra sus maestros, lo hacen en muchos puntos contra la concurrencia de los trabajadores de fuera, á quienes prohíben la entrada en sus ciudades; que se conciertan contra el uso de las máquinas; y que se ponen en guardia contra la admisión de nuevos aprendices, vigilando á los amos, intimidándoles y cohibiéndoles por medio de una policía oculta é irresistible.»

Después de esta exposición compendiosa de los propósitos y objetivo de los obreros al coaligarse, que envuelve, aunque disfrazada, una censura de los mismos, y no se compagina mucho con otros pasajes de la obra de que la tomamos, lo cual no sorprende en uno de los espíritus más contradictorios de nuestra época, se ocupa Proudhón de las coaliciones de los maestros, y dice, que éstos «por su parte, no quedaron debiendo nada á los trabajadores», y añade que semejante lucha «es la lucha del capital contra el trabajo, en que la victoria está guardada, no para los grandes batallones, sino para las bolsas repletas». Pregunta á continuación: «¿quién resistirá por más tiempo, la huelga, la caja del amo ó el estómago

(1) *De la capacidad política de las clases jornaleras.*

del jornalero? En la hora en que escribo, contesta, la lucha es tan viva en ciertos puntos de Inglaterra, que se teme que el libre cambio, concebido é inventado para el triunfo del capitalista inglés, de la grande industria inglesa, no se vuelva contra Inglaterra misma, cuyo pueblo, cuyo organismo y cuyas herramientas, distan de tener la flexibilidad que les distingue en Francia: convendría, no obstante, salir del paso, buscar remedio á mal tan grave. ¿Qué dirá la ciencia?, hablo de la ciencia oficial. Afortunadamente nada: nos aburre con su eterna ley de la oferta y de la demanda, ley falaz en los términos con que se la formula, ley inmoral, propia seguramente para asegurar la victoria del fuerte contra el débil, del que tiene contra el que no tiene».

En estos términos plantea y resuelve el *grandemoledor*, como con exactitud se le llama, el problema de las coaliciones y de las huelgas; su conclusión no puede ser más desconsoladora, más pesimista: ve al obrero acudiendo á las coaliciones no sólo contra el capital para resistirse é imponerse á él, sino contra el trabajador extranjero, llegando hasta contemplar con recelo la admisión de aprendices; ve al capital coaligándose también y devolviendo con creces los golpes que recibe: ve en estas coaliciones, en las del obrero y en las del capital, dos fuerzas inmensas y contrarias que mutuamente se destruyen; ve una lucha sin cuartel ni tregua, nacida hoy, entre el débil y el fuerte; y concluye augurando que los numerosos batallones sucumbirán ante las gruesas y repletas bolsas.

II

M. Proudhón, cuyos sombríos pronósticos todo induce á creer que se verán desmentidos, no ha sido tampoco exacto al fijar el punto de partida de las coaliciones. Ejemplos de ellas nos ofrece la historia de todos los tiempos y de todas las naciones; pero sí es lo cierto que

cuando más claramente se manifiestan, cuando toman su verdadero carácter, cuando con mayor generalidad y más señaladamente expresan la lucha entre los dos grandes agentes de la producción, capital y trabajo, constituyendo un estado casi normal, un mal casi permanente, y constituyéndose las *uniones* que más bien que la *resistencia* organizan el *ataque*, y revelando la *evolución*, muy perceptible desde el año 1830, de la cual constituye, por decirlo así, sus *prodromos*, fué durante la revolución francesa del siglo XVIII, pues ya entonces constituyeron, según ha expresado un distinguido escritor, «uno de los principales cuidados del gobierno, no habiendo vacilado la Asamblea constituyente en rechazar las coaliciones por medio de una ley, porque temía ver renacer bajo esta nueva forma las corporaciones que acababa de suprimir.»

Mas esta ley fué completamente inútil, como lo fueron también, y además no poco peligrosas, las promulgadas durante la Restauración, más encaminadas á la persecución de fines reaccionarios que no á evitar y corregir males, por lo cual no consiguieron sino reavivar los no apagados combustibles, hacer olvidar acontecimientos dolorosos, y comunicar mayor fuerza y nuevos alientos á los revolucionarios y á los especuladores políticos que vieron aumentadas sus huestes con los obreros perseguidos. También fueron ineficaces las ideadas por los gobiernos de Luis Felipe de Orleáns, el *Rey ciudadano*, que ni contener pudieron el crecimiento de la marea socialista obrera; y las mismas del segundo Imperio, en las que fermentaba la levadura del socialismo radical, no obstante lo cual fueron causa de numerosos procesos criminales que por término medio al año llegaron á setenta y cinco sociedades de trabajadores y ocho de maestros, y que por razón de los indultos que seguían á las condenas, no tuvieron, según los ministros confesaban en una exposición confidencial, «ni las ventajas de una legislación penal severa, ni la honra y los beneficios de una legislación liberal», tanto más cuanto el Imperio, que aparentemente penaba las coaliciones, las daba en

realidad fuerza positiva con el hecho de buscar el apoyo de las clases obreras, fomentando con imprevisión que de rechazo obró en contra suya, ideas y doctrinas cuya personificación fué la *Internacional* que contribuyó no poco á la nada gloriosa caída de su irreflexivo protector.

Ocupándose el Sr. Pi Margall de la cuestión que debatimos, con relación al país más industrial de España, y, de consiguiente, al en que las luchas del trabajo se han manifestado siempre con mayor extensión y vigor, y han sido más numerosas y potentes las asociaciones y coaliciones obreras, decía en el prólogo de su traducción de las obras de M. Proudhon citada, que «antes de los graves sucesos del año 1854, la clase jornalera estaba organizada en Cataluña como no lo había estado en ningún otro pueblo de Europa. Las artes y los oficios todos, asociado cada uno de por sí, obedecían á un centro común cuyas palabras bastaban para que en un momento dado los obreros de toda una provincia abandonasen los talleres y discurriesen por las calles, llevando á todos los ánimos la consternación y la alarma. Testigos las dos formidables manifestaciones de 1854 y 1855 que afectaron al mismo gobierno y produjeron general sensación en el reino. La situación fué tal que el gobierno y las Cortes Constituyentes se creyeron obligados á legislar sobre las asociaciones jornaleras, y establecer una persecución especial para las cuestiones de salarios. La clase jornalera de Cataluña mandó desde luego una comisión que pasó á exponer sus quejas y sus deseos ante la de las Cortes. Aquellas mismas Cortes recibieron en 1855 un memorial donde se les pedía la libertad de asociación en términos absolutos. Firmábanla nada menos que 34,000 trabajadores de distintas provincias, entre ellos miles de trabajadores del campo».

De ese modo comenzaron á manifestarse en Cataluña las asociaciones obreras; de ese modo se iniciaron las *coaliciones*, respondiendo á una organización que más ó menos subsiste todavía, aun cuando, como veremos más adelante, no tengan la fuerza de la unidad, ni se muevan por un impulso único. Los obreros de las demás

provincias no fueron indiferentes al movimiento, pero en casi todas ellas las coaliciones, por especiales circunstancias de las localidades, no tuvieron el alcance, ni se difundieron tanto, ni se revelaron tan enérgicas, ni inspiraron tantos temores, como en la región Catalana. La población agrícola, no obstante su *misoneismo*, como diría Cesare Lombroso, su repugnancia á cambiar de hábitos é ideas, causa principal de su relativo atraso, siguió el impulso. Las firmas de agricultores que aparecían en el memorial á que el Sr. Pi Margall alude, así lo demuestra. Entonces comenzaron las cuestiones hoy candentes de los Rabassaires catalanes, de los caseros y jornaleros de Castilla, de los *cortijeros* y braceros de Andalucía. Coaligados unas veces y en determinados puntos, y aislados ó agrupados accidentalmente, evidenciaron que el fuego había llegado hasta ellos. Con carácter socialista se manifestó en Andalucía; con tendencias comunistas en Castilla. La legislación fué haciéndose cada vez más represiva; se multiplicaron las trabas y las restricciones de la libertad de asociación, se disolvieron las coaliciones, y comenzó un período verdaderamente lamentable de nuestra historia, período en el que enlazándose las cuestiones obreras con las políticas, se produjeron trascendentales sucesos, terminando con la revolución de Septiembre.

III

Esa represión que casi constantemente, pero unas veces con más recrudescimiento y persistencia que otras, según haremos notar, fué dirigida contra las *coaliciones* de los trabajadores, y contra sus *uniones*, sin distinguir entre las que tan sólo tendían al fin loable, ó cuando menos justificable, de la defensa, no viniendo á ser en último término sino la asociación del capital-trabajo, y las que tenían por objeto preferente, ya que no exclusivo, la guerra al capital representado por el empresa-

rio, fabricante, patrono ó maestro del taller, y la consecución de otros fines que afectaban en su esencia á la vida económica y á la total de la sociedad; esa persecución ciega, sistemática, por lo regular injustificada, tuvo por resultado aumentar la importancia y cohesión de aquéllas, y convertirlas, de asociaciones ó coaliciones públicas, en coaliciones ó asociaciones más ó menos secretas, ó que ocultaban sus verdaderos propósitos disfrazándolos por engañosas apariencias y cual respetando en todo la legislación establecida, cual si fueran exclusivamente asociaciones de socorros mutuos, de previsión, de seguros, de enseñanza y de recreo; medio por el que eludían y se burlaban de las leyes, no desconociendo, sin embargo, nadie absolutamente, lo que en realidad eran, y lo á que por modo cierto aspiraban.

La historia de las coaliciones obreras, haciendo ver la ineficacia de las disposiciones adoptadas para combatir las, demuestra también los efectos contraproducentes que producen las leyes que, demasiado restrictivas y absolutas, castigan al mismo tiempo que hechos delictuosos por su naturaleza y efectos, otros que no son tales delitos, y que tan solo de tales se reputan porque ellas así lo declaran; de leyes que no tienen apoyo, ni en el derecho, ni en la opinión pública, ni en la conveniencia social; de disposiciones de carácter económico y administrativo, tanto más erróneas y censurables, cuanto que impiden ó coartan el libre ejercicio de muy respetables derechos, é invaden esferas que no las son propias.

Esas coaliciones, que pueden considerarse como una de las formas de la asociación del capital, pues capital es el trabajo, son tan legítimas, diremos anticipando ideas, que constituyen una verdadera asociación del trabajo acumulado, bajo las distintas manifestaciones reconocidas por las legislaciones civil y mercantil. Dejar á los capitalistas, llámense empresarios, fabricantes ó patronos, que se asocien libremente, que se coaliguen, como lo han hecho, é impedir que el trabajador lo haga también para defenderse y resistir los efectos de la asociación de aquellos que directa ó indirectamente les afec-

ten, es adoptar un procedimiento anti-jurídico, rechazado por la ciencia, y que entraña la desigualdad más insostenible.

Y sin embargo así ha venido sucediendo: se han declarado ilegales las coaliciones de trabajadores; se las ha penado en ciertos casos, como lo hizo nuestro código; se ha permitido que los fabricantes ó los patronos sostengan las propias cuyo verdadero objeto no ocultan, revistiéndolas de la forma de sociedades mercantiles, para responder con la fuerza de la asociación á las peticiones y reclamaciones de aquéllos; se han considerado las huelgas, fuesen ó no fuesen pacíficas, fuesen ó no justificadas, como sospechosas y peligrosas, no disfrutando los Poderes públicos sus recelos y su prevención, cuando menos, con el hecho de adoptar medidas preventivas que más que á evitar excesos parecían tender á dificultarlas, favoreciendo por tal modo indirecto á una de las partes contendientes, á la misma que en la generalidad de los casos las había motivado, y que no pocas veces respondía á la huelga particular, ó aislada, con el paro general de todas las manufacturas locales ó regionales; y por tales causas, unas imputables á los obreros, otras á los patronos, y algunas á la misma ley, la cuestión de las coaliciones y las huelgas, complicándose más cada día, tomando un aspecto más sombrío, ha llegado á constituir, no obstante ser factible su solución, uno de los graves y amenazadores problemas del trabajo, explotado en beneficio propio, ya por los partidos políticos, cuya popularidad disminuye, ya por las sectas sociales.

IV

Hace algún tiempo decía el distinguido profesor y sociólogo D. Gumersindo Azcárate, resumiendo los debates habidos en el Ateneo de Madrid sobre la *Cuestión social*, que "las coaliciones de obreros y capitalistas, y

las huelgas de aquéllos como las abstenciones de éstos, son inevitables mientras las relaciones entre unos y otros sean una mera lucha de intereses, y por esto, como medios históricos y transitorios no pueden menos de aceptarse; pero por eso también la razón no puede dar su aprobación á un recurso que arguye injusticia de una parte respecto de la otra, de los que vencen si los vencidos ceden, no ante la razón sino por temor á mayores perjuicios; de los vencidos si conceden por conveniencia lo que antes debieron otorgar por deber y por equidad».

Del anterior párrafo se desprende que el Sr. Azcárate no conceptúa en absoluto contrarias las coaliciones al derecho, ni combate también en absoluto las huelgas: cree inevitables las unas y las otras mientras que lo sean de lucha las relaciones entre patronos y trabajadores, y no armónicas cual es de desear y puede esperarse que llegarán á serlo, por lo mismo que de agentes imprescindibles de la producción se trata. Pero únicamente las acepta como medios *transitorios é históricos*, enlazando la coalición con la huelga, lo cual entendemos ser error, pues las coaliciones pueden tener, y muchísimas de ellas han tenido, objeto muy distinto, así como tampoco la inmensa mayoría de las huelgas han nacido de las coaliciones ni se han sostenido por ellas y por sus cajas de resistencia. Las coaliciones pueden servir á fines permanentes, y entonces la transitoriedad no existe: las huelgas son más bien las que ofrecen semejante carácter, pues no son sino manifestaciones de esa lucha por el Sr. Azcárate indicada: causas muy distintas las producen, y como todas las guerras, no pueden ser de larga duración.

«El derecho de coaligarse, ha escrito el economista Baudrillart, yendo mucho más lejos y siendo más explícito que el Sr. Azcárate, resulta de la libertad del trabajo que sería ilusoria é incompleta si el obrero no tuviera el derecho de negar, lo mismo que el de ofrecer sus servicios, siendo excusado el decir que tal derecho no puede ejercitarse contra la libertad misma, no obstante lo cual, esto es lo que sucede cuando la coali-

ción se manifiesta con violencia, ó amenaza contra los maestros ó empresarios, ó cuando en ella se ejerce una presión tiránica sobre los mismos obreros» (1).

Distingue, pues, el ilustre economista, como hemos distinguido nosotros, al fijar el carácter y legitimidad de las coaliciones, entre el uso del derecho, que hace derivar de la libertad del trabajo, uso legítimo, y que sólo desconociendo los más sagrados principios puede perturbarse, y el abuso, que ya entra en la esfera de la penalidad, y contra el cual «siempre debe estar armado y ser inexorable la ley».

No funda en esto solo la legalidad de las coaliciones, no obstante de ser fundamento suficiente, por cuanto añade que «bajo otro punto de vista, la libertad de coaligarse no es más que un caso particular y una aplicación de la libertad de las transacciones, libertad ilusoria si los empresarios, maestros ó patronos no pueden entenderse y concertarse á su vez para el mismo objeto». He aquí, brevemente expuesta, pero con una precisión y claridad admirables, por un escritor cuya opinión es de gran peso, la verdadera doctrina jurídica y económica referente á las coaliciones, que puede igualmente extenderse á la apreciación de las huelgas; doctrina con arreglo á la cual no puede considerárselas, como el señor Azcárate lo hace, cual únicamente admisibles como medios históricos y transitorios; doctrina desconocida y contrariada por cuantas legislaciones se han opuesto á las coaliciones, en especial á las de los obreros, no reconociendo su legalidad y llegando á infligirlas penas.

Tiene razón sobrada M. Baudrillart: si la libertad del trabajo, si la libertad de las transacciones, jurídica y socialmente ha de respetarse, puesto que sin ella no habría derecho ni verdadera contratación, las coaliciones deben ser reconocidas, respetadas y garantidas por la ley, lo mismo las de los patronos que las de los trabajadores, ya tengan por objeto fijar nuevas condiciones

(1) *La liberté du travail et les démocrates.*

á la fabricación, al trabajo en sus distintas formas, ya determinar el salario, ya precisar los términos de la distribución de los beneficios, ya regularizar la duración de la jornada. Mientras que no persigan fines antijurídicos, que no se opongan violentamente á la voluntad de los otros, que no coarten, ni menoscaben, ni vulnereen el derecho ajeno, todo cuanto en su contra se haga, constituirá un atentado, una arbitrariedad. Las leyes que permiten á los capitalistas asociarse, esto es, que se coaliguen, para realizar empresas ó servicios públicos ó particulares tocando con el agio y el monopolio, aumentando de ese modo desmesuradamente sus beneficios, y perjudicando no pocas veces á la sociedad en general y á los individuos en particular, ni en equidad, ni en justicia, ni en derecho, pueden interponer su veto cuando los trabajadores se unen, asocian ó coaligan para mejorar su condición en el trabajo, ó para contraponer las suyas á las uniones de los patronos y resistir sus exigencias.

En este error que combatimos, de confundir las coaliciones de carácter pacífico con las violentas, sometiéndolas á la misma proscripción, y en el no menos lamentable de conceptuarlas como un renacimiento de las corporaciones gremiales suprimidas, que á serlo constituirían como éstas un atentado á la libertad, incurrió la Asamblea Constituyente Francesa de 1791 al suprimirlas, é incurrieron sobre todo varios de sus oradores que, en nombre de la libertad, á la libertad atentaban de un modo directo.

M. Chatelier fué quien más se distinguió entre ellos, pudiendo servir sus discursos para demostrar como un error lleva fatalmente á otros y á conclusiones radicalmente opuestas á lo mismo que se quiere defender. La Asamblea Francesa suprimió en 15 de febrero de 1791 las antiguas corporaciones de artes y oficios por ser contrarias á la libertad del trabajo, por haber nacido del privilegio y vivir y sostenerse dentro del privilegio, por haber convertido el patronazgo en un monopolio que el Estado explotaba, por impedir que los trabajadores se

ganasen el sustento utilizando por su cuenta y como mejor les pareciese sus fuerzas y aptitudes á no satisfacer las gabelas y sujetarse á las odiosas é irritantes restricciones gremiales, y por dañar de ese modo al desarrollo y perfeccionamiento de las industrias. Cuando comenzaron á constituirse las coaliciones obreras, por la libre voluntad de los trabajadores que las formaban, sin la menor sombra de privilegio, para obtener principalmente el alza de los salarios, Chapelier y la Asamblea no vieron en ellas más que nuevas corporaciones y sin diferenciarlas de las que tanto les repugnaban, y sin penetrarse de que las coaliciones no hacían sino ejercitar un derecho y usar de la libertad, incurriendo en error sensible, y creyendo también, no menos erróneamente, como dice un escritor moderno, "que habiendo quitado á los patronos la autoridad que el Estado les había concedido, era justo privar á los trabajadores de las fuerzas que la naturaleza les daba». De modo que por haber hecho desaparecer el privilegio de los maestros ó patronos, se creía justo privar á los obreros del derecho de asociarse: así en nombre de la libertad se desconocía el derecho.

El otro error en que Chapelier y con él la Asamblea Constituyente incurrieron, no es menos evidente, pero no pugna tanto con la buena doctrina. Consecuencia de los actos violentos á que varias de las coaliciones obreras se entregaban, lo fueron las medidas represivas patrocinadas por Chapelier y que subsistieron en Francia hasta el año 1864. Chapelier, que decía que "el salario ha de fijarse por la convención libre del trabajador y del patrono», creyó equivocadamente, por haberse fijado tan sólo en el abuso, y lo mismo creyó la asamblea, que no había tal libertad si los obreros se unían para establecer las bases; confundieron el ejercicio regular con el abuso del derecho; no distinguieron entre las coaliciones productoras de actos violentos y las que los rechazaban; y al poner el mismo interdicto á las unas que á las otras, vulneraron el derecho de asociación, y socavaron por una de sus principales bases la declaración de los derechos

que con tanto entusiasmo habían proclamado. Acaso contribuyó á tales errores el falso concepto que de la igualdad tuvieron los filósofos y los revolucionarios del siglo XVIII; igualdad á cuya consecución sacrificaron hasta los derechos que reputaron ilegislables por ser inherentes al hombre. Ese mismo equivocado concepto, predominando posteriormente, ha determinado también los sensibles extravíos de algunas de las escuelas socialistas que sofocan por completo la libertad individual en beneficio de una igualdad tan quimérica cuanto absoluta.

M. Julio Simón al ocuparse con tal motivo del absurdo que resultaba de permitir al obrero ó al patrono hacer aisladamente lo que no era lícito si lo verificaban varios poniéndose para ello de acuerdo, fundándose esta legislación tan alejada de los principios jurídicos en que «si los patronos se concertaban para bajar el salario, ó bien los obreros para subirlo, estas respectivas determinaciones debían reducir, ó á los patronos á la ruina ó á los obreros á la miseria, si la parte perjudicada no quería aceptarlas», punto de vista bajo el cual también habían considerado las coaliciones cuantos defendieron las medidas prohibitivas; M. Julio Simón al tratar de esta materia dijo que tales fundamentos eran, no sólo erróneos, sino contrarios al derecho y á la práctica, «porque el Poder público no puede reprimir un acto sino cuando hiere un derecho reconocido por la ley, y ésta no reconoce ni el derecho de hacer trabajar al obrero, por lo cual podía hacerse un concierto, bien fuese para dejar de trabajar, bien para dejar de dar trabajo, sin faltar á las leyes, y, por consiguiente, sin merecer castigo alguno».

Inglaterra, más práctica que las demás naciones, y por lo tanto menos propensa á dejarse arrastrar por las impresiones del momento, por ninguna clase de excitaciones ya en sentido restrictivo, ya con espíritu ampliamente liberal, mantuvo constantemente el derecho de los patronos y de los trabajadores á coaligarse, á formar uniones, aun en aquellas ocasiones y momentos en que las tempestades sociales, desencadenadas en el conti-

nente europeo, amenazaban invadirla. País el más apegado á sus leyes y costumbres tradicionales, respetó siempre, sin cuidarse de consignarlas en constituciones sistematizadas y variables según cambian de dirección las corrientes políticas, todas las libertades y todos los derechos de los ciudadanos; y como entre las unas y los otros ocupaban lugar preferente la libertad de reunirse y el derecho de asociarse para fines lícitos, por ninguno de sus estadistas pasó la idea de limitar, y mucho menos de prohibir, las coaliciones obreras, no obstante los vituperables sucesos á que dió lugar el *Cartismo*, y que también señalaron uno de los períodos de la vida de las *Traders Unions*.

No tardaron otras naciones en seguir el ejemplo de Inglaterra, y en la actualidad son muy pocas las que niegan á los obreros tal derecho, y muchas menos las que fulminan penas contra las coaliciones. Las buenas doctrinas jurídicas y económicas se han abierto camino, y la legitimidad de aquéllas tiene por defensores, con excepciones rarísimas, á todos los publicistas, á cuantos han profundizado en el estudio de las cuestiones sociales, como á los mismos que rechazan las más grandes conquistas de nuestro siglo.

CAPÍTULO XI

SOCIEDADES DE RESISTENCIA, COALICIONES Y HUELGAS

(Continuación)

I

Ya que á las *Uniones* inglesas hemos aludido en el capítulo anterior, y por ser acreedoras á que de ellas se haga mención especial, atendiendo á su antigüedad, significación é influencia en la vida general del trabajo y en la particular de las clases obreras, haremos acerca de las mismas brevísimas indicaciones, procurando en cuanto nos sea dado ceñirlas á la materia de este capítulo y á las especiales cuestiones que ventilamos.

Innecesario nos parece decir cuán vigoroso ha sido siempre en Inglaterra el espíritu de asociación en todas sus manifestaciones, legales é ilegales, fecundas y dañosas; espíritu sin el cual, ni su industria, ni su comercio, habrían alcanzado el desarrollo inmenso que han conseguido, colocando á la Gran Bretaña al frente del movimiento industrial y mercantil, llegando en alguna época casi á monopolizar todos los mercados, á cubrir con sus barcos todos los mares, á invadir con sus capi-

tales todas las naciones y á poblar con sus industriosas colonias las regiones más apartadas. Ese mismo espíritu no podría menos de manifestarse igualmente vigoroso en las clases trabajadoras que, por decirlo así, palpaban los resultados de la asociación, se penetraban de sus inmensas ventajas y comprendían que en la asociación habían de encontrar el cambio de su condición, la fuerza para emanciparse por completo, la base de su regeneración, el poder para resistir las imposiciones del capital, y el apoyo para conquistar el puesto que dentro de la sociedad las correspondía.

Los gremios y cofradías de la Edad media, las corporaciones de artes y oficios posteriores, no tan asfixiantes como aquéllos, las que ya comenzaron á decaer en los albores de la revolución, fueron los primeros pasos dados en una senda sin término que conduciendo al *Cartismo*, de tan pronunciados caracteres anti-jurídicos en varios períodos de su existencia, á las *Traders unions*, uniones jornaleras que, como decía el conde de París en 1869, llegaron á reunir un ejército de más de ochocientos mil voluntarios, dando lugar á frecuentes y no siempre pacíficas huelgas, á la *Sociedad Internacional* cuya obra más culminante lo fué la *Comunne* de París, y á juicio de algunos, aunque no con exactitud, también el *Cantonismo* español, y en la que el socialismo, con todos sus errores, absurdos, extravíos, elucubraciones y sueños, ideas verdaderas y pretensiones más ó menos justificadas, llegó á dominar por completo, á las *federaciones colectivistas*, al *comunalismo*, á los centros del *socialismo cristiano*, y á las odiosas agrupaciones del *colectivismo-comunista anárquico* que aspira en moderna evolución patrocinada por Kropotkin y Juan Grave á una unión universal, se fracciona en la actualidad en dos direcciones opuestas, la una que comienza en la *cooperación* y llega al colectivismo obrero, y la otra que parte del comunismo y abarca al nuevo anarquismo, teniendo representación ambas entre nosotros, si bien muy limitada esta última, y elevándose la primera por su correcta conducta, por el oportunismo

que la inspira, y especialmente en Cataluña y Madrid, por el entusiasmo y la perseverancia con que los obreros al asociarse fomentan los centros de instrucción del pueblo, considerándolos como elementos poderosísimos para llegar á la consecución de sus ideales. Y ya que á la instrucción acabamos de aludir, séanos permitido aplaudir esa aspiración de la clase obrera, de la que tantos beneficios puede prometerse, y no menores esperar la sociedad en general. Los distinguidos obreros que la mantienen y difunden, á costa de tantos sacrificios, y luchando sin desfallecer contra toda clase de obstáculos, han hecho y siguen haciendo por la causa del pueblo trabajador infinitamente más que sus pretendidos reudentores. Institutos como el Ateneo Obrero de Barcelona, modelo digno de copiarse, como el Centro de Instrucción del Obrero, de Madrid, como los de instrucción y recreo de Las Corts de Sarriá, Hostafranchs, San Feliu de Llobregat y otros puntos, son los que en realidad preparan y facilitan la revolución pacífica, las soluciones sin luchas cruentas de la cuestión social.

«Las *Trade's unions*, escribe el Sr. Monera y Pujol en su notable estudio sobre el *Derecho obrero*, empapado en las ideas del *socialismo católico*, hiciéronse en Inglaterra arma defensiva de los obreros contra la explotación patronal, cuando imperaba la doctrina revolucionaria, perseguidora de las corporaciones y de toda asociación obrera; tomaron entonces la organización de sociedades secretas y como tales llevaron hasta el cabo su programa, que era y sigue siendo muy acreedor de la simpatía social; encontramos en él condiciones harto raras por desgracia; sencillez, espíritu de orden y justicia recta, imparcial é inflexible también. Las *Trade's unions* se caracterizan ante todo por no perseguir fines políticos; buscan tan sólo la solución de problemas económicos, y no cualesquiera de entre los múltiples que hoy ofrece la ciencia, sino de aquellos que atañen á los asociados: los que se refieren al régimen de los talleres y sobre todo á la retribución del trabajo.»

El conde de París, que recorrió los principales cen-

tros industriales durante el periodo álgido de las *Trade's unions*, especialmente los de Inglaterra, estudiando prácticamente todas las cuestiones que se relacionaban con la vida del trabajo, la manera de ser de las clases obreras, la mayor ó menor efectividad de sus males, la mayor ó menor justificación de sus quejas, de sus deseos y aspiraciones, los medios adoptados para llegar á satisfacerlas, y sobre todo el carácter y tendencias de las *uniones*; el conde de París dice en el libro que publicó el año 1869 cuando el movimiento internacionalista obrero alcanzaba desmesurada fuerza, que «la *unión jornalera* era ante todo una caja permanente de huelgas; que después de haber satisfecho la entrada, á veces bastante crecida, los socios deponían cada semana una cuota que variaba desde un penique hasta uno y dos chelines, formándose así un fondo de reserva que crecía rápidamente y estaba destinado á sostener á los miembros de la sociedad cuando holgaban».

Describe á continuación la forma como se hallaban organizadas las *Uniones*: funcionaban bajo la dirección de un consejo de vigilancia y de un consejo ejecutivo elegido todos los años en votación secreta, compuesto de un presidente, un cajero y un secretario, correspondiéndole el gobierno de la sociedad, las relaciones con los fabricantes, las decisiones relativas á la falta de trabajo, el señalamiento de indemnizaciones y la admisión y expulsión de los socios: á la asamblea general estaban reservados «los grandes asuntos financieros, tales como la imposición de una contribución extraordinaria á todos los miembros, si estando sin trabajar una parte de ellos no bastaren para mantenerles los recursos ordinarios de la unión».

Indica también que las *Uniones* más poderosas, entre las cuales menciona las de los mecánicos, fundidores, hilanderos de Lancashire, y obreros en hierro del norte de Inglaterra, etc., etc., «tenían una organización más complicada, y se subdividían en gran número de ramas, componiéndose cada clase de éstas de los obreros que habitaban un mismo distrito, elegía su comité, tenía su

caja especial que administraba, pero de la que daba cuenta al consejo general».

Igualmente manifiesta que todas estas *Uniones*, cuya organización es indudable tuvieron á la vista los fundadores de la *Internacional*, pues con la de aquéllas tiene la de ésta bastante semejanza, exceptuando las que se conocieron con el nombre de *sociedades jornaleras*, las cuales dedicaban exclusivamente sus fondos al sostenimiento de las huelgas, se proponían, además de la resistencia y combate, los socorros mutuos, las indemnizaciones en casos de accidentes, y el auxilio en las enfermedades y entierros, cuyas ventajas, apreciadas en todo su valor por los obreros, sirvieron para aumentar de un modo considerable el número de asociados, y debilitaron la desconfianza producida por aquellas que tenían por único objeto promover y sostener las huelgas.

Concluye el conde de París su interesante libro, que no deben relegar al olvido los que deseen conocer la historia de las clases trabajadoras, y los elementos y las ideas que han determinado el inmenso desarrollo del socialismo moderno, llamando la atención sobre la notable consistencia adquirida por esas *Uniones* cuando aun no eran inspiradas por personas que no participaban de la vida del trabajo; consistencia tal que «aun entre sus mismos adversarios nadie se lisonjaba de disolverlas, siendo preciso para ello volver violentamente atrás, hasta las leyes que consagraban la esclavitud de las clases obreras».

En Francia han experimentado las *Uniones*, fluctuaciones semejantes, han pasado por las mismas fases, y sufrido las sacudidas que la vida política de la nación: carácter distinto tienen las establecidas desde los años 1830 al 1848, las que nacieron, se desarrollaron y tuvieron su fin desastroso durante la segunda República, cuyo carácter tan pronunciadamente socialista fué tal vez la principal causa de su temprana muerte, y las que fomentó impremeditadamente el gobierno imperial de Napoleón III que encontró sus más implacables adversarios en los mismos que buscó como auxiliares.

En todos estos períodos, y especialmente en el último, las coaliciones obreras fueron numerosas, conforme lo demostró M. Levasseur (1), sin que bastasen para contener sus progresos las disposiciones gubernativas, no pocas veces arbitrarias, las leyes, en lo general, rigurosas, y los múltiples procesos ó causas criminales que después de 1849 se incoaron y siguieron por los tribunales históricos, dando lugar á más de cuatrocientas sentencias; fallos irrisorios, pues á todos ellos siguieron los indultos que dañaban los intereses que se querían defender, demostrando la impotencia de los códigos cuando la opinión pública no les apoya, y aumentaron el desprestigio de la justicia histórica que en todos los países va perdiendo su significación, su fuerza moral y su importancia, haciéndose sentir la necesidad de su completa transformación.

Ni tan siquiera sirvieron tales procesos para dar á conocer el régimen, extensión y tendencias de las *coaliciones*: éstas se encubrían unas veces con las formas y apariencias de sociedades mercantiles, ó funcionaban cual sociedades secretas, ó eran negadas terminante y categóricamente por los asociados á quienes interrogaban los representantes de los poderes públicos. Pero lo cierto es que se extendieron por todas partes. En un principio se propusieron, como se lee en un libro curioso (2), «defenderse de toda tentativa para reducir los salarios, si bien pasaron pronto de la defensiva á la ofensiva, y comenzando después á entenderse las unas con las otras, con lo que, los grupos, poco numerosos en un principio, y sin lazos entre sí, fueron á poco trocándose en masas enormes y compactas, cuya fuerza pudo en ciertos momentos parecer irresistible».

En España también se conocieron las *coaliciones*: el movimiento que éstas representaban, no tardó en extenderse á ella, por más que ni tan vigoroso ni tan gene-

(1) *Historia de las clases obreras.*

(2) *Historia anónima de la Internacional.*

realizado como en Inglaterra, Francia, Bélgica y otras naciones. Las condiciones de su vida industrial, que comenzaba á desarrollarse, eran muy distintas que las de éstas; los abusos, y exigencias y temores á que las coaliciones respondían, apenas eran sensibles; la afluencia de la población agrícola á las ciudades comenzaba; la formación de grandes centros de industria estaba en embrión; los brazos, ó no excedían, ó no superaban con exceso á la demanda; guerras y perturbaciones civiles preocupaban ó distraían los ánimos de otras ideas; sucesos políticos gravísimos encaminaban la opinión en determinado sentido; y gobiernos casi siempre reaccionarios, y una legislación suspicaz y excesivamente represiva en lo general, por una parte coartaban y aun impedían la libre manifestación del pensamiento, y por otra se oponían á la constitución de sociedades que no estuviesen calcadas en los moldes tradicionales y se armonizasen con las aspiraciones de los Poderes. Sin embargo, conforme se desarrollaba la industria, y con su desarrollo se cambiaban las condiciones del trabajo, sobre todo en Cataluña, y se aumentaban las facilidades de comunicación con el extranjero, y las ideas de Francia traspasaban las fronteras, y los obreros de este país se comunicaban con el nuestro, y la actividad política dejó de absorber por completo las demás actividades, fueron constituyéndose *coaliciones*, pero su vida fué precaria y azarosa: no tuvieron la importancia que algunos escritores les han atribuído. Se necesitaron otros sucesos, se necesitó un cambio casi radical en la manera de ser de la nación, para que creciese y se fortaleciera el movimiento obrero. Esta aparición, por la forma y en las condiciones en que tuvo lugar, por las circunstancias que coincidieron con ella, por su simultaneidad y expansión rápida, ofreció caracteres muy especiales. El radicalismo se apoderó de él.

II

Puede asegurarse que de las *Uniones obreras* nació la *Sociedad Internacional de trabajadores*, por más que la idea de la misma surgió en Alemania. Ellas la prestaron sus más nutridas y sensatas huestes, lo más saliente de su primer programa, y las bases de su organización. Adonde llegó después, cuando elementos ajenos al trabajo se apoderaron de ella, cuando se bastardeó su naturaleza, cuando fué sustituido el *mutualismo* por el *colectivismo* demagógico, y cuando Berkonnin y sus adeptos la inficionaron con las doctrinas *anárquicas*, motivando el retraimiento, primero, y la retirada, después, de los principales de sus fundadores, las disidencias que la destrozaron, y los excesos y atentados que tanto daño la hicieron y la enajenaron tantas simpatías, lo indicamos en otro lugar. Lo que llegó á ser á poco de nacida, nos lo dice claramente la publicación conocida con el título de *Notas políticas sobre la Internacional*: «en filosofía es el ateísmo, el materialismo, la negación de toda religión; su programa político se resume en la libertad individual absoluta, obtenida por la supresión de todo gobierno y la división de las nacionalidades en comunidades más ó menos federadas; su economía política consiste esencialmente en la desposesión compensada de los capitalistas, y la distribución de su dinero, de los instrumentos del trabajo y de la tierra, á las asociaciones obreras; su teoría histórica es que la nobleza y la clase media han dejado pasar su tiempo, habiendo llegado el de los proletarios, y excluyen de la sociedad lo que no pertenezca á la clase obrera».

¿Qué medios habían de adoptarse para conseguir la realización de este programa? En sus estatutos, en sus manifiestos, en las discusiones y actas de sus congresos, en todas partes los encontramos; las coaliciones ó federaciones particulares, y la unión ó federación universal.

«Interin haya industriales y obreros, interin haya concurrencia entre aquéllos y disputas sobre los jornales, se lee en el mensaje de los obreros ingleses (Agosto de 1862), la única salvación de los trabajadores es la unión: la concordia entre nosotros y nuestros industriales, es el único medio de destruir las dificultades que nos rodean.» «No se nos acuse de soñar con leyes agrarias, igualdad quimérica que colocaría á cada uno en lecho de Procusto, reparto y maximum, impuesto forzoso, etc., etc., decían á su vez en un manifiesto electoral en 1864, el cincelador Tolassi, el mecánico Murat, el pasamanero Simonin y el broncista Calaminat, jefes de la federación francesa: tiempo es ya de concluir con todas estas calumnias propaladas por nuestros enemigos y acogidas por la ignorancia: la libertad del trabajo, el crédito, la *solidaridad*; he aquí nuestros sueños.»

Pero donde más resueltamente se proclamó la coalición, la unión general, la solidaridad de los trabajadores, á que respondía la creación de la sociedad internacional, como medio de emanciparse de la opresión del capital, y de realizar la clase obrera sus aspiraciones, fué en el preámbulo de los estatutos aprobados por el Congreso de Ginebra de 1866. En dicho preámbulo se lee: «Considerando que la emancipación de los trabajadores debe ser obra de ellos mismos; que sus esfuerzos por conquistarla no deben tender á constituir nuevos privilegios, sino á establecer derechos y deberes iguales, y á anonadar toda dominación de clase; que la emancipación económica de las clases obreras es el grande objeto al que todo movimiento político debe estar subordinado como un simple medio; que todos los esfuerzos hechos hasta ahora han fracasado por falta de *solidaridad* entre los obreros de diversas profesiones de cada país, y de una *unión fraternal* entre todos los trabajadores de las distintas naciones; acuerda, etc., etc.»

Muchos escritos podríamos citar de entre los numerosos que la fecundidad *Internacionalista* produjo, demostrativos de la influencia que ejercieron en ella las *Trade's unions*, y de que el pensamiento de sus fundadores fué



relacionar entre sí á las *uniones* dispersas, dar mayor fuerza, unidad é importancia á las *coaliciones*, formar de todas una sola que con su inmenso poder decidiera la lucha entre el capital y el trabajo, y conseguir, como se dijo en uno de los manifiestos, que el cuarto Estado, que no era nada, llegase á serlo todo; frase con la que parodiaron la célebre del abate Sieyes en el siglo anterior; y, por último, establecer la solidaridad, de la que se prometían algo más que la redención del proletariado.

Pero como de estas y otras muchas ideas internacionalistas nos venimos haciendo cargo en los distintos capítulos de este libro, ahora, y para evidenciar más y más la filiación indicada de la *sociedad internacional*, basta dar ligerísima idea de su organización. De ella, y de su comparación con la de las *coaliciones* y las *uniones* resultará demostrado (así lo creemos), que aquella en sus comienzos, y en tanto que otras ideas y propósitos no la extraviaron, fué más que nada una especie de lazo de unión de las coaliciones y sociedades de resistencia existentes, y á las que faltaba para que su acción fuese del todo eficaz, la unidad directiva y el enlace que la nueva intentó proporcionarlas.

La organización pública de la *Internacional*, —y decimos pública porque á su lado había otra conocida tan sólo de los iniciados,—era casi una copia de la propia de las coaliciones y uniones inglesas. Los asociados residentes en la misma región, ó pertenecientes al mismo oficio, ó que habitasen en el mismo pueblo, formaban una *sección*; varias *secciones* de la región formaban una *federación*; todas las *federaciones* componían la *sociedad*. Esta era dirigida por los congresos anuales, y gobernada por un *consejo general*. Las secciones elegían los *delegados* que habían de representarlas, ya en los congresos, ya en el consejo general. Cuando varias secciones estaban próximas y eran poco numerosas, se reunían para constituir un *comité local*, especie de intermediario entre ellas y el *Consejo federal*. Este tenía á su cargo, según manifestó M. Oscar Testut, «la defensa de los jornales, de los diversos intereses de las corporacio-

nes, y el estudio de las cuestiones económicas y sociales, debiendo procurar también *establecer la unión entre todos los obreros en la lucha contra la explotación del capital*». El Consejo general era el encargado de la constitución de los congresos, de la ejecución de los acuerdos de éstos, de dar á conocer trimestralmente y de un modo minucioso la situación de los obreros, y en especial cuanto se relacionaba con las huelgas.

Sabido es el empleo que de su organización, recursos y fuerzas hizo la Internacional, promoviendo y fomentando las huelgas más injustificadas y temerarias, sobrexcitando con deliberado propósito las pasiones de las clases obreras, exacerbando la lucha de éstas con el capital, impidiendo la armonía y la buena inteligencia entre los dos elementos productores, dando cabida á ideas las más disolventes, apoyando los movimientos revolucionarios y anti-patrióticos bajo la capa de un humanitarismo universal, y dañando con todo ello la noble causa del pueblo trabajador. Intento que pudo ser tan fecundo en bienes el de los fundadores de la Internacional, se vió contrariado bien pronto y fracasó por haberse falscado dolosamente la idea. Una parte de sus elementos, la menor, la menos ilustrada y trabajadora, pero que se fortaleció y creció gracias á su audacia, siguió los pasos de Bakounín y no tardó en comenzar su criminal *propaganda por la acción*; otra, más considerable é instruída, ha venido sosteniendo la doctrina *colectivista*; y la mayoría de los asociados, agrupándose en uniones y formando coaliciones, dió nueva vida á las *Trade's unions* inglesas que ya en el año 1871, marcando su evolución, consignaban en el artículo noveno de su programa, que «en el estado militante de las clases obreras su movimiento económico y su acción política estaban indisolublemente unidas»; evolución á la que se opusieron varias de las uniones de otros países, y entre ellas las de los obreros colectivistas más exaltados de España; evolución que dos sociólogos italianos, los doctores Lombroso y Laschi, pusieron de relieve al manifestar que «las *Trade's unions* han derramado en el

campo político toda la actividad que antes ejercitaban en el campo económico, mostrándose contrarias al gobierno, declarándose solidarias con los socialistas democráticos alemanes, y decretando en el congreso de Nottingham (Septiembre de 1883) la formación de un partido político obrero, habiendo fundado como producto de su actividad política la *Land nationalization society* que sostiene la revolución irlandesa, ligándose con los fenianos, y creando en contraposición al *Land Londiun* el lema *Land comumim* que tiene por sus escritores á Henry George y Vallace, autores del *Progres and Poverty*, y del *Land nationalization*, obras que á millones se difunden entre las clases pobres (1); evolución tal vez más perceptible en Bélgica y Alemania, y que entre nosotros se descubre en las importantes colectividades industriales y agrícolas, que al par de fines económicos persiguen fines políticos como medio el más adecuado para conseguir la realización de aquéllos.

III

Las huelgas han sido el resultado más positivo y en lo general funesto, de las *coaliciones* y *uniones*, las cuales, bien como medio de defensa, bien como arma de combate, se han valido de ellas, creando para sostenerlas las cajas llamadas de resistencia. La huelga es, con efecto, el recurso extremo del obrero para sostener sus derechos cuando el patrono los desconozca ó vulnere, para defenderse de los abusos de éste, para resistir sus más ó menos justificadas pretensiones y exigencias, en cuyos casos, y siempre que se limitan al uso del innegable derecho de no trabajar, siempre que no se resuelvan en coacciones y otros actos de violencia, deben respe-

(1) *El delito político.*

tarse, deben ser amparadas por la ley y por los funcionarios encargados de velar por su estricto cumplimiento.

Con bastante frecuencia es también la huelga una de las manifestaciones de la lucha entre el capital y el trabajo, un arma exclusiva de pelea, tomando este carácter cuando su objeto es imponerse el trabajador al patrono ó empresario compeliéndole á otorgarle determinadas concesiones, exigirle la modificación contra su voluntad de las condiciones del trabajo, disminuyendo las horas del mismo y aumentando la tasa del salario haciéndolo subir por encima de su nivel natural. Entonces, aunque no llegue á la coacción y á la violencia, constituye una huelga injustificada é indefendible en los más de los casos.

Casi todas las huelgas espontáneas, aisladas, nacidas de los mismos obreros, han ofrecido el primer carácter: la mayor parte de las generales, de las organizadas y sostenidas por las *coaliciones*, de las que sistemáticamente fomentó la *Internacional*, de las que promovieron entre otras sociedades la de los *cartistas*, la yankee de los *Kinghtz of labour*, las alemanas de los *Baneres Veresi*, y las *bodegas societarias* de Italia y Francia, han presentado el segundo aspecto. Todas, sin excepción alguna, pero las generales y preparadas mucho más que las particulares y espontáneas, han producido más ó menos considerables daños á la sociedad por las crisis industriales que motivaron, por las perturbaciones á que dan lugar en el funcionamiento de las industrias y en la vida económica de los pueblos, por la disminución de la riqueza que es consecuencia de ellas, y por la mayor miseria que determinan en las familias de los mismos trabajadores que las sostienen. Pocas, muy pocas, han sido seguidas de resultados beneficiosos para el obrero. Generalmente han sido infructuosas, y á más de ello perjudiciales á sus mantenedores.

De aquí el que el problema de las huelgas se considere como uno de los más interesantes; y de aquí también el que con bastante frecuencia y exactitud se haya dicho que las huelgas, arma tan repetidamente empleada, lo

es siempre de dos filos, hiriendo con el uno á la sociedad y al patrono, é hiriendo al mismo tiempo con el otro al trabajador que la esgrime.

Algunos escritores han atribuído á la *Internacional* el desarrollo de las huelgas; opinión á juicio nuestro bastante equivocada, pues mucho tiempo antes de que la *Internacional* lo hiciese, y de que dedicase á regularizarlas y sistematizarlas una parte importante de sus ingresos, y no poca de su actividad, y de que promoviese varias de las más violentas, alentase á otras, y ayudase á muchas, las *Trade's unions*, las *coaliciones*, las *agrupaciones obreras*, las habían realizado en casi todas las naciones, las habían arrastrado á lamentables excesos, habían hecho de ellas su objetivo principal, y creando las *cajas de resistencia*, modelo de la célebre *caja del cuarto*, para socorrer á los *compañeros*.

Cataluña, en esto como en todas las cuestiones que se relacionan con el régimen de las industrias y la vida del trabajo, se anticipó á las demás regiones y provincias. Tuvo sus huelgas generales y particulares, espontáneas y premeditadas, pacíficas y violentas; tuvo sus *coaliciones*, y tuvo sus *cajas de resistencia*, mucho antes de que la *Internacional* las utilizase y de que fueran conocidas en el resto de España. Las cajas han ido siempre unidas en ella á los centros, uniones, sociedades y agrupaciones. Tanto ha sido su desarrollo, que no ha mucho tiempo contaba Barcelona con más de veintitrés, San Martín de Provensals con cuatro, Gracia con tres, Sans con dos, Villafranca del Panadés con una, Igualada con otra, lo mismo que Capellades, Claramunt, Manlleu, Sabadell, Manresa, Villanueva, Vilasar de Mar, Palamós, San Feliu de Guixols, Premiá de Mar, Vilasar de Dalt, Palafrugell, Granollers, Mataró, Casá de la Selva, Olesa de Monistrol, Vich, San Feliu de Llobregat, Badalona, San Juan Despi, San Fructuoso Bagá, Sallent, Tarrasa, San Esteban de Castellar, Tarragona, Reus, Vendrell y Valls. Pero ni estas cajas, ni los centros de que dependían, han estado exclusivamente afectas al sostenimiento de las huelgas, ni su filiación era tan sólo

socialista, como los agentes gubernativos equívocadamente han creído: respondían y siguen respondiendo á otros fines, á la previsión, al socorro, á la instrucción, etc., etc.

Huelgas de trabajadores ha habido siempre y en todos los países, si se exceptúan los pueblos exclusivamente agrícolas y aquellos en que los oficios y las industrias estaban entregados á los esclavos, y en los que el trabajador libre no lo era de hecho, sino que estaba sujeto á la semi-esclavitud de los gremios y corporaciones cerradas, impuestas por la ley, y por la ley sometidas á miles de restricciones y trabas.

Pero cuando realmente se presentaron con su verdadero carácter, fué al constituirse libremente con sus derechos y exenciones las ciudades y municipios, y al comenzar, sobre todo en los pueblos del litoral del Mediterráneo, el desarrollo mercantil é industrial, que no tardó en ser extraordinario en Italia, en las ciudades Anseáticas, en varias de la costa de España, etc., etc. La huelga precisa de una mayor ó menor libertad del trabajo, del reconocimiento de los derechos del trabajador, de la extensión de las industrias, y por eso no las hubo en los pueblos de esclavitud, ni en aquellos sujetos á un régimen opresor: nacieron con la libertad, y á la sombra de la libertad han tenido su crecimiento. Por eso nos ofrece muy pocas la historia hasta las postrimerías del siglo último.

Acaso la primera que se recuerda sea la que tuvo lugar en Breslau en 1329, realizada por los obreros cerveceros que la sostuvieron durante un año para conseguir el aumento de jornales: los huelguistas consiguieron su objeto sin que las autoridades de la Silesia adoptaran medida alguna coactiva. Otra huelga digna también de mencionarse por su importancia y por la intervención arbitraria de las autoridades en favor de los patronos, fué la de los herreros de Dantzic en 1385, los cuales hubieron de desistir bien pronto en sus pretensiones y deponer su actitud á causa de la conminación que en un bando les hizo la autoridad, de cortar las orejas á

todos los obreros que negaran á sus patronos la obediencia profesional.

Desde entonces, y á medida que se penetraba en la época que puede decirse contemporánea, fueron siendo más frecuentes las huelgas, pero con carácter defensivo en su mayor parte. Así es que las *coaliciones* y *uniones* obreras no hicieron más que darlas nuevas formas, aumentar su extensión, fortalecerlas con la unión, hacerlas servir para fines de mayor alcance, y utilizarlas como medio de resistencia y de lucha con el creciente y avasallador industrialismo. Así es que la Internacional no hizo sino seguir la marcha iniciada. Ciertamente que son muchas las que ha promovido y alentado, y que ha defendido y justificado las que no tenían justificación, ni de defensa eran merecedoras; y también es verdad que en sus periódicos, en sus alocuciones, y por medio de sus emisarios, excitó los ánimos y arrastró hasta donde tal vez no querían ir los trabajadores; pero su acción, en pocas ocasiones motivada por el verdadero interés de los huelguistas, que respondían á muy distintos propósitos, no sobrepujo nunca la de las *Trade's unions*, la de las *coaliciones*, maestras suyas, cuyos procedimientos no hizo sino adaptar á su pensamiento capital. Más generales que las huelgas promovidas por ella, lo fueron, por ejemplo, en España, las ocho anteriores de Granada, las de Manlleu, Valls, Málaga y otros puntos; más trascendental la de Itafordshire que duró nueve meses y consumió sesenta millones de las cajas de resistencia; más perturbadoras las á que dió lugar el *cartismo*.

CAPÍTULO XII

SOCIEDADES DE RESISTENCIA, COALICIONES Y HUELGAS

(*Conclusión*)

I

Parte muy principal de la historia de la *Internacional* la constituye la de las coaliciones y huelgas desde que á poco de nacer aquélla en el recinto ó taberna de los masones ingleses, comenzó á utilizarlas para atraerse adeptos y acercarse á su verdadera aspiración. Ella, que en un principio no vaciló en declarar anti-económicas las huelgas, se rectificó bien pronto. Desde entonces se dió á conocer en todas partes su intervención, dañando por la forma como obraba, tanto ó más que á los patronos á los obreros: sus recursos, que no prodigaba, llegaban, no adonde podían aliviar la miseria de los huelguistas, sino adonde la convenía dirigirlos, pues nunca intervino desinteresadamente, por amor á los *compañeros*, sino para aumentar afiliados, ó para perturbar el funcionamiento normal del trabajo y de las industrias, ó para enardecer la lucha con el capital, ó para atemorizar á la *burguesía*, porque el terror como auxiliar de la propa-

ganda, preconizado por el *anarquismo*, no fué olvidado por los directores de la célebre asociación.

Se deben, pues, á su maquiavélica conducta, el carácter pronunciadamente anti-jurídico que comenzaron á tomar las huelgas, las pretensiones exageradas que los huelguistas por lo regular formulaban, los desastres que se produjeron, y la frecuencia con que se repetían. Por eso lo que antes constituía las más de las veces un hecho espontáneo, llegó á formar parte de un sistema que con el pretexto de emancipar al obrero, de reconstruir el trabajo colocándole sobre sus bases naturales, y de conquistar para el pueblo trabajador, para el cuarto Estado, el puesto que por su importancia le corresponde, lo que realmente perseguía era el comunismo, y para conseguirlo, la destrucción de los organismos ó instituciones sociales.

Ese cambio radicalísimo de la Internacional respecto á la justificación, utilidad y conveniencia de las huelgas fué tan sensible que acaso contribuyó á poner de manifiesto las profundas discrepancias que, primero latentes, y después de un modo más pronunciado, fueron alejando á los internacionalistas fundadores, de los que poco á poco, pero con perseverancia digna de mejor causa, la hicieron olvidar los fines á que tendiera al constituirse. El internacionalista Varlin, uno de sus principales jefes, decía en 22 de mayo de 1868: «La asociación internacional no admite las huelgas en principio; cree que son un medio anti-económico, conforme se declaró en Ginebra y lo declara en todas partes». En el Congreso de Bruselas fueron aceptadas las conclusiones de la comisión administrativa, leídas por Brismó, consignándose en ellas que «la huelga no es un medio de declararse libre el trabajador, si bien es una necesidad en la situación actual de la lucha entre el trabajo y el capital, que hay lugar á someter á ciertas reglas, ó condiciones de organización, de oportunidad y de legitimidad, siendo consecuencia de ello la precisión de crear sociedades de resistencia para todas las profesiones que no las tienen aún, después de solidarizar entre sí las sociedades de re-

sistencia de todos los países, instituyendo en cada federación local de las sociedades de resistencia, una caja destinada á sostener las huelgas, y constituir en cada federación un consejo de arbitraje que juzgue de la oportunidad de las huelgas y de la legitimidad de las mismas».

Los párrafos transcritos, al mismo tiempo que confirman nuestras aseveraciones, demuestran la poca firmeza de principios que distinguió á la Internacional, sus vacilaciones, la lucha interna que la destrozaba y fué una de las causas de su disolución. Por medio de uno de sus jefes más distinguidos declaró «que no admitía la huelga en principio», que la conceptuaba «anti-económica»; declaración que ratificó en uno de sus congresos diciendo que «no es un medio de hacer libre al trabajador», y á muy poco, olvidando lo que tenía consignado, afirmó ser necesaria, la erigió en sistema, y fijó las reglas para regularizarla, generalizarla, hacerla más potente y someterla á su dirección suprema. La contradicción no puede ser más flagrante: si es anti-económica, es decir, dañosa, si no es medio apropiado para poder producir la libertad del obrero, esto es, inútil cuando menos, debió rechazarla, oponerse á su práctica, y de admitirla y sostenerla, como lo hizo, no debió asentir, ni aprobar, ni elevar á la categoría de acuerdos, las anteriores proposiciones.

Pero sigamos esta breve exposición de las ideas internacionalistas que tanto alucinaron á los trabajadores y que todavía siguen siendo el evangelio de bastantes que de buena fe las siguen entre nosotros; ideas que, como recogidas de los utopistas, de los reformadores políticos, de los socialistas, de las *uniones*, sin suficiente discernimiento, bajo la impresión de las circunstancias y del momento, pugnan las unas con las otras, y carecen de la cohesión, de la correspondencia y del enlace que habrían precisado para constituir un cuerpo de doctrinas, un verdadero sistema.

En el número correspondiente al 27 de marzo de 1869 del periódico *L'Internationale*, se lee lo siguiente:

«¿Qué prueba la multiplicación de las huelgas? Que la lucha entre el capital y el trabajo se acentúa cada vez más, que la anarquía económica se hace cada día más profunda, y que caminamos velozmente hacia el término fatal que está al final de esta anarquía, la *revolución social*. Cuando las huelgas se extienden, transmitiéndose poco á poco, es que se acercan á ser una huelga general, y una huelga general con las ideas de emancipación que hoy reinan, no puede menos de llevar á un gran cataclismo que cambiaría la *piel de la sociedad*. Es preciso que el pueblo esté pronto, que no vuelva á dejarse *escamotear por los habladores y los soñadores* como en 1848, y para esto es preciso que se organice fuerte y férreamente.» «Aun algunos años más de desenvolvimiento práctico, exclamaba pocos días después (3 de abril) otro de los órganos de la asociación, *L'Egalité*, redactado por Eliseo Reclús, Malvá, Combault, Vartin, Guillaume, Bakounin, Say, Gumbel, De Paepe, Eccarius, Sambuzzi y Alberti, aun algunos años más de desenvolvimiento pacífico, y la asociación universal vendrá á ser una potencia contra la que sería ridículo querer luchar.»

El pensamiento de la Internacional queda al descubierto en las anteriores líneas: si defendía las huelgas no era porque las creyese buenas, sino con un fin maquiavélico, para utilizarlas, para servirse de ellas en la lucha que había entablado contra el capital, para llegar á la *revolución social*, para que la sociedad *cambiase la piel*, para convertirse en *potencia incombustible*. Olvidó por completo la defensa del obrero, olvidó los fines positivos que con las huelgas se propusieron alcanzar las *coaliciones* y *uniones* de trabajadores, no atendió sino á sus propósitos, á la lucha, primero pacífica para poder desenvolverse, después armada para convertirse en el único poder: los que así no pensaban eran *habladores y soñadores*. Los sucesos de la *Commune* son los corolarios: sus demás doctrinas y actos relacionados con las huelgas no son más que el desarrollo de este pensamiento íntimo.

II

En medio de sus gravísimos errores, encontramos en las llamadas doctrinas internacionalistas, no pocas verdades y principios exactos que pugnan con ellas y más bien parecen haberse deslizado cautelosamente. La declaración de que las huelgas son anti-económicas es una de esas verdades. Con efecto, «las huelgas, según escribía el Sr. Pérez Pujol (1), entrañan una pérdida efectiva para la riqueza pública; ceden inmediatamente en daño del trabajador, privado de su salario, y del fabricante, privado de la utilidad que saca de sus productos; alejan á los obreros de los empresarios, de modo que desconociendo los unos la situación de los otros, extreman sus exigencias, sin querer ni poder atender razones que les obligarían á templarlas, si acercándose las conociesen; y estas luchas, especie de guerra industrial, traen consigo los daños de la verdadera guerra, los odios y rencores, la paralización y ruina de las industrias: perjudicados unas veces los obreros, los fabricantes otras, llega al cabo un día en que las pérdidas hacen cerrar el taller, se arruinan unos cuantos capitalistas, y quedan en la miseria algunos cientos de obreros».

Carl Marx y algunos otros de los más ilustres inspiradores del *Internacionalismo*, estaban persuadidos de la efectividad de estos males, y acaso á su influencia se deba la condenación que en un principio hizo de las huelgas como anti-económicas, admitiéndolas tan sólo, bien para no alejar los elementos de las antiguas uniones que las patrocinaban, bien por considerarlas como un mal necesario «en el estado actual de la lucha entre el capital y el trabajo», bien por aspirar á producir en el momento oportuno una huelga general que les depa-

(1) *La cuestión social en Valencia.*

rarse el triunfo, sin fijarse en lo poco que se armonizaban sus distintas conclusiones, y en que la huelga general, si posible fuese, centuplicaría los males de las parciales, siendo quienes más sufrirían sus efectos las clases proletarias y en primer término los trabajadores.

La huelga general, ese fatal engendro del desvarío internacionalista, en la que todavía sueñan los más radicales y exaltados colectivistas, no daría la victoria, ni produciría la felicidad del trabajador: le encadenaría de nuevo, y aumentaría sus desgracias. Más lógicos y puestos en la razón, más conocedores de las verdaderas leyes económicas, más conformes con las realidades de la vida, la generalidad de los socialistas de hoy, si aspiran á una más ó menos profunda transformación social á fin de purificar y regenerar la sociedad, no quieren paralizar y ni aun siquiera suspender la actividad humana: saben que las fuerzas vitales no pueden suspenderse sin que sobrevenga la muerte, y ellos no quieren la muerte, quieren la vida, tanto más enérgica y vigorosa cuanto que aspiran á que todos los miembros de la sociedad, sin excepción alguna, sean trabajadores, activos, laboriosos, cumplan el deber del trabajo.

Los hechos han confirmado siempre en este particular los dictados de la ciencia económica. Una de las huelgas más recientes, terminada en Septiembre de 1895, la huelga de Alcoy, puso de relieve, aun á los ojos de los menos dispuestos á dejarse impresionar por la luz, los inmensos daños que á la sociedad en general, á las industrias, á los fabricantes, á las localidades y comarcas donde tienen lugar, y sobre todo á los mismos obreros, producen esas paralizaciones del trabajo, esos recursos extremos, de los que patronos y trabajadores deben huir, sometiendo, para no llegar á ellos, sus diferencias, ya á los tribunales industriales cuya creación reclama la opinión científica, ya á los jurados mixtos que con lisonjero éxito funcionan en varios países. Según datos exactos y cálculos que tocan con la realidad, durante los sesenta días en que los trabajadores de Alcoy tuvieron abandonados los telares, dejaron de cobrar

400,000 pesetas, perdió 25,000 el comercio de tejidos, 20,000 el de comestibles, 20,000 el de borras, 5,000 el de tintes, igual cantidad el de algodón, el de transportes y los comisionistas, y los propietarios dejaron de cobrar 20,000 por alquileres, ganando tan sólo los agitadores de oficio que para seguir percibiendo las espléndidas dietas que cobran de las federaciones, uniones y cajas de resistencia, y poder permitirse el lujo de los gabanes de pieles, de las fondas más confortables y de los viajes en coches de primera, por más que en lugar oportuno, para engañar á los explotados, los cambian por los humildes de tercera, tenían especial interés en que la huelga durase para que su lucrativa misión también se prolongara.

Otros casos no menos significativos, referentes á las numerosas huelgas provocadas principalmente por la *Federación obrera americana* de los Estados Unidos, encontramos en la memoria escrita por los delegados de los *sindicatos* de París en la Exposición de Chicago. Según dicha memoria, de las 22,559 huelgas que hubo en el Estado de New-York desde el año 1885 hasta el 1892, llegaron á un acuerdo con los patronos en 1,572, no pudieron conseguir sus aspiraciones en 5,348, y en las demás las impusieron total ó parcialmente. A causa de tales huelgas dejaron de ganar los obreros por jornales 56.725,136 pesetas, y percibieron por socorros de los demás obreros y de las cajas de resistencia, 9,278,151 pesetas, cuya cantidad constituía una nueva pérdida, siendo de agregar también el importe de sus ahorros particulares que consumieron improductivamente. Los patronos á su vez perdieron 32 millones de pesetas, y tales pérdidas, repercutiendo en las demás ramas de la industria y del comercio, por la solidaridad de todas las manifestaciones de la actividad humana, centuplicaron esos daños que con más templanza y buenos deseos en los unos y en los otros pudieron evitarse, ó cuando menos disminuirse.

Si se hiciera parecido estudio respecto á las numerosas huelgas que desde aquella fecha han tenido lugar,

no ya en todas las naciones, sino tan sólo en algunas, podría tenerse más ó menos exacta idea, pero suficiente para llegar á penetrarse de los grandes desastres á que dan lugar esas tristes, y á veces justificadas formas de la lucha fratricida entre los dos grandes agentes de la producción, y también, no en pocas ocasiones, de la que libra el obrero por la existencia. Igualmente se conocería hasta dónde llegarían los efectos de la huelga universal que, para imponerse al capital y dictarle leyes, intentaron realizar los internacionalistas y algunas de las más radicales sectas del socialismo.

De creer es que el capital, por una parte, y los trabajadores, por otra, fijándose en daños tan positivos, y persuadiéndose de que la guerra es siempre fatal y desastrosa, buscarán otros medios menos perjudiciales para defender sus respectivos derechos, armonizándolos entre sí, y llegando á la concordia de la que tantos bienes pueden prometerse. Las intransigencias, odios y rencores, jamás han dado lugar á otra cosa que á conflictos, perturbaciones y males: la concordia y la armonía, sobre todo entre elementos que no pueden permanecer separados, son las que únicamente benefician. Por eso los verdaderos amantes de las clases trabajadoras no son aquellos que las excitan al combate, que las llevan á la lucha, sino los que procuran llevar á su ánimo el convencimiento de que su unión íntima con los demás agentes productivos, con las otras clases sociales, que de ellas necesitan y de ellas provienen, es la que ha de realizar la transformación que anhelan, completando las conquistas ya obtenidas, y realizando las demás reformas que se imponen y que ciertamente no rechazará la sociedad.

III

Sin embargo, y á diferencia de las *Trade's unions* inglesas, que, como lo demostraron en su vigésimo octavo congreso anual, celebrado en Cardiff, en sep-

tiembre de 1895, se inclinan más cada día á los procedimientos prácticos, abandonando las utopías, la mayoría de los trabajadores han evidenciado durante los últimos años con su conducta que las lecciones de una dura experiencia les han servido de poco, que todavía siguen ciegamente las inspiraciones del radicalismo socialista, y que continúan creyendo en la eficacia y utilidad de las huelgas como medio preferente, ya que no el único, de obtener las reformas á que aspiran, y poner término á los vicios que afectan á la vida del trabajo é impiden la marcha regularizada de las industrias. Así se desprende de la estadística formada por el ministerio del Comercio de Francia, pues según ella las huelgas tuvieron gran desarrollo en el año 1893, realizándose durante él 634 en 4,386 establecimientos con 170,123 huelguistas, mientras que en el año anterior no hubo sino 261 en 500 establecimientos, tomando parte en ellas 60,000 obreros.

A producir este resultado, que comprende á más de una nación, viene contribuyendo la evolución cada día más perceptible y significativa de los *sindicatos obreros*, hacia el socialismo revolucionario; sindicatos que anulan la personalidad y la iniciativa individual de los trabajadores que de ellos forman parte; contribuyendo también al mismo resultado la actividad vertiginosa desplegada por los agitadores y predicadores de profesión, como Baudín, Thivrier, Millerand, Laforgue, Ferroul y otros, que, bien para justificar la percepción de considerables dietas, bien para defender su *modus vivendi*, ya para sostener su influencia, ó para ir realizando determinados propósitos, recorren las poblaciones, excitan los ánimos de los obreros, enardecen sus pasiones, concitan los odios, alientan á los huelguistas, les compelen á tomar actitudes de violencia, les estimulan á persistir en su actitud, les sugieren pretensiones y exigencias que saben no pueden ser atendidas, les animan cuando desfallecen, les proporcionan algunos auxilios cuando de ellos pueden sacar partido, y en todas partes son el mayor obstáculo para que entendiéndose los patronos

con los trabajadores, lleguen á un acuerdo, á una transacción, terminando sus diferencias.

Así, por ejemplo, hace pocos años, produjeron los *sindicatos* una huelga de tres mil operarios de las fábricas de Rives de Gier, y llevaron sus pretensiones al extremo de reclamar para sus delegados las mismas atribuciones que correspondían á los fabricantes, paso preliminar ó preparatorio de la *nacionalización* de las fábricas, minas y tierras; así los operarios *sindicados* de los establecimientos metalúrgicos de Gier, provocaron una huelga que duró más de dos meses, y cumpliendo las órdenes de los jefes, impidieron con toda clase de medios violentos que los no *sindicados* trabajaran; así en varias poblaciones de Cataluña se han debido también á los *sindicatos* varias de las últimas huelgas, y á esas órdenes superiores, en ellas y en otras comarcas, los atentados contra los *esquirols*, ó sean los trabajadores que por no figurar entre los *compañeros* no querían abandonar sus puestos y no dar aliento á huelgas injustificadas; así en Madrid, en Vizcaya, en Alcoy y en otros puntos, la sombra negra de los obreros lo han sido esos *sindicatos* y los delegados ambulantes que de unos á otros, sin darse tregua, fueron atizando la tea de la discordia; así en Toulouse, en el congreso de los setecientos cincuenta *sindicatos* y de veintitrés *Bolsas del trabajo*, se acordó constituir cajas nacionales de huelgas; hechos todos ellos que descubren algo del porqué las huelgas se repiten, ofrecen cada vez peores caracteres, se producen muchas sin causa ostensible que las justifique, y hasta se sostienen por los mismos trabajadores que ni aun procuran ocultar su disgusto por haberse lanzado á ellas, y que reconocen y confiesan que son muy pocas las veces que los llevan á la consecución de sus verdaderos deseos, y antes por el contrario agravan su precaria situación.

IV

¿Debe permanecer indiferente el Estado ante los trabajos sistemáticos de algunos organismos del llamado partido obrero, y de varias de las sectas del socialismo revolucionario; trabajos encaminados á suscitar perturbaciones dañosas á las industrias, producir y fomentar huelgas las más de las veces injustificadas, y llevar á las que justificación tienen, por torcidos senderos, esparciendo la alarma, motivando violencias, ejerciendo lamentables coacciones, y llegando á veces hasta crímenes de los que después los mismos huelguistas se horrorizan por haberse cometido, ó por malvados que de la huelga se aprovecharon para satisfacer sus enconos, ó en el enloquecimiento producido por la lucha, sin beneficiar la causa del trabajo, sin contribuir á mejorar la condición del trabajador?

Ya lo hemos dicho: el Estado no puede ni debe permanecer indiferente. Mientras que la propaganda de los reformadores sea pacífica, mientras que los hechos se desenvuelvan dentro de la ley, respetándola, mientras que no se lesione ningún derecho individual ni social, mientras que no se intente perturbar la sociedad socavándola en sus bases fundamentales, necesarias á la vida de la humanidad, mientras que por medios jurídicos se procure llegar á fines que podrán ser más ó menos erróneos, pero con los que se confía encontrar el bienestar individual y el perfeccionamiento de la humanidad, el Estado no puede obrar con su fuerza coactiva: debe observar, estar prevenido, dispuesto á defender el derecho, realizar aquellas reformas que la esencia y el interés general aconsejen y la opinión pública reclame, y á lo sumo interponer su autoridad moral para que esta misma opinión no se extravíe y para que á todos llegue la verdad.

Pero si la propaganda no es pacífica, si es cual la in-

tentada al comenzar el siglo, por Babeuf y sus secuaces, y ahora por los nuevos Babeufistas, cual la llevada á cabo por los Cartistas, por la secta de los Invencibles, y por la más odiosa Anarquista, si con ella se persiguen fines inmorales, ó resueltamente anti-jurídicos, si con los hechos se vulnera el derecho, si se desconoce y contraria el orden legal, el poder del Estado, aun en su forma coactiva, debe intervenir directamente.

Ahora bien; haciendo aplicación de estos principios al caso especial de las huelgas, diremos que á nuestro entender, mientras que se excite á la huelga pacífica por creerla conveniente y justificada, mientras ésta se limite al ejercicio del incuestionable derecho de no trabajar, ó de no dar trabajo, mientras no tengan lugar actos de violencia, constituiría una verdadera arbitrariedad del Estado el empleo por parte de éste de su poder coactivo, ya en beneficio de ambos, ya en apoyo de cualquiera de los contendientes, y únicamente tendría justificación en el caso de faltarse á las condiciones mencionadas.

El Sr. Cánovas del Castillo cuyo valer científico por todos se reconoce, y cuya inclinación al socialismo gubernamental revelan sus notabilísimos escritos, desenvolvió ideas bastante parecidas á las nuestras en un discurso que leyó ante respetable corporación (1). Séanos permitido transcribir sus palabras que tanto coinciden con las de varios publicistas de muy distintas escuelas. «El deber primero de la sociedad, dijo, y de su esencial organismo, el Estado, es contrastar por cuantos medios la legislación le otorgue, los ataques ilegales, sean cualesquiera los motivos que les inspiren y los instrumentos de que se use. ¿Queréis que aclare más esto que digo, con ejemplos prácticos? Pues oídlo. Muy bien puede acontecer que, de igual modo que en el reciente-simo congreso de Tours, los obreros ó proletarios se limiten á propagar la conveniencia de apoderarse del poder para emplearlo en el planteamiento de sus funestos

(1) *Los delitos cometidos por medio de la palabra.* Año 1892.

propósitos; pero como, con efecto, les es lícito procurar y conseguir tal pretensión, según las leyes, y aun á modo de ensayo se han apoderado ya en Francia de un distrito tan considerable como el de Rouvais, sin contar el de Carmaux, y algunas docenas hoy más de asociados para establecer el socialismo oficialmente, excusado es decir que nadie debe á eso oponer las leyes penales. Lo propio habrá que tener presente, si en el Congreso internacional que ha de celebrarse en Zurich durante el año próximo, realmente se organiza, cual su programa exige de antemano, la suspensión momentánea de todas las fuerzas productoras del universo, según ellos dicen, ó sea del trabajo, cosa, no obstante, más fácil de abordar que de cumplir. Si lo realizan, claro está que las leyes penales no harían al caso, pues que la coligación y la organización de las huelgas, más ó menos voluntarias, es libre, por más que lo lamente ya tanto la industria, sobre todo en Francia. Menos que ella y que ningún otro país pudiera pensar en suprimir la libertad dicha Inglaterra, madre de las *Trades unions*, tan tenidas otras veces de pacíficas, y de tan peligrosos caracteres revestidas hace un año en el Congreso de Liverpool, donde hicieron alardes de que no habían renegado de ciertos procedimientos.»

Sostiene también iguales principios, y los sostiene con criterio más radical, como era consiguiente dada su filiación individualista, M. Leroy Beaulieu (1). El distinguido economista francés, que ni comulga en la Iglesia conservadora como el Sr. Cánovas, ni cual éste contempla con relativa complacencia los progresos del socialismo, afirma del modo más explícito que el Estado «jamás debe intervenir en las diferencias industriales entre trabajadores y patronos, sino para mantener el orden material, ni ayudar directa ó indirectamente á los unos ó á los otros», y llevando su radicalismo individualista al último extremo, añade que todavía menos

(1) *L'Etat moderne et ses fonctions.*

«deben mezclarse los agentes del Estado en las huelgas, prestándose á delegaciones, á interpelaciones, valgan lo que valgan, y mayormente con medidas ineptas ó perniciosas los socorros ó los estímulos dados ó prometidos á cualquiera de las partes, y por eso al votar ciertos consejos municipales fondos para auxiliar á las familias de los huelguistas, dan un empleo indebido á sumas con tanto trabajo pagadas por la generalidad de los contribuyentes, generosidades que hechas con el dinero de otros, con frecuencia se vuelven contra los intereses que se pretende proteger».

Las ideas de M. Leroy Beaulieu complementan las del Sr. Cánovas, y en unas y otras se condensa una doctrina tal vez la más aceptable respecto á la intervención del Estado en las huelgas, pero no una doctrina completa, pues misión del Estado es también cuando semejantes colisiones se producen, mediar con los unos y los otros para facilitar la avenencia y poner término, con su influencia moral y con su acción desapasionada, á un estado de cosas del que ningún bien resulta á los pueblos.

V

Antes de poner término á esta ya dilatadísima serie de observaciones referentes á las coaliciones, uniones y huelgas, armas empleadas por el trabajador en su secular lucha con el capital, y que á la segunda parte habremos por necesidad de ampliar bastante, diremos algo, aunque no tanto como por su significación requería, de la *huelga general* á que aludió el Sr. Cánovas.

Adviértese desde luego sin más que fijarse en los hechos, que esa «protesta de todos los que viven de su trabajo contra una sociedad que no concede el bienestar sino á los parásitos y á los hipócritas», como decía en el año 1893 el periódico socialista *Le peuple*, que esa demostración de que los obreros «se hallan unidos en pen-

samiento y en aspiración» para patentizar el deseo «de romper las cadenas», para demostrar que «el espíritu no ha decaído, que la voluntad es firme», para «arrancar á la *burguesía* las reformas acordadas en el congreso internacional de París», como se lee en el manifiesto del *partido socialista obrero*, publicado en Madrid en abril de 1895; que esa «manifestación asombrosa, imponente, irresistible, de las fuerzas de un ejército en las vísperas del combate», como se escribió también, ha sido un fracaso, una decepción y una dolorosa pérdida para la demagogia obrera, no porque la idea no hubiese arraigado profundamente, no porque los elementos que la cobijaban careciesen de importancia, y fuesen poco numerosos, sino porque carecían de toda cohesión, porque la solidaridad no existía, porque el terreno, aunque fecundo, no se hallaba debidamente preparado, porque no había llegado á su término el período de elaboración, porque se quería llegar á un extremo todavía prematuro, porque los unos veían detrás la negra figura del antiguo internacionalismo, y delante la siniestra y repulsiva silueta del anarquismo, y porque los otros entendían que se iba en pos de un sueño, que se perseguía un imposible.

Por eso desde un principio se advirtieron falta de unidad y escaso entusiasmo. La *fiesta del trabajo* no lo fué, ni con mucho, para todos los trabajadores, para todos los que del trabajo viven; el grito de «reducción legal de la jornada» fué menos intenso, entusiasta y general cuando se substituyó con el de «jornada de ocho horas». Los *blanquistas* disintieron de los *gueslistas*; los ingleses casi se retrajeron por completo; los franceses estuvieron algo divididos; y en España, no obstante el indudable arraigo del *colectivismo*, de la extensión de las *federaciones* obreras, de la división de las no muy nutridas huestes *anarquistas*, en unas poblaciones pasó desapercibida la *fiesta*, y en otras, mientras bastante número de trabajadores la celebraba, otros muchos vigilaban la marcha de los telares y de los husos, calentaban las calderas, descendían á las minas, manejaban las

herramientas de los oficios, conducían los trenes y transportaban las mercancías, no sin que dejara de agitar sus corazones el sentimiento, y de brotar de sus labios el grito de redención.

Si en el año 1895 la fiesta del trabajo fué una sombra de la manifestación en años anteriores, y puso más de relieve las diferencias que dividían á los obreros, mucha menor importancia tuvo la del año siguiente, y de un modo más perceptible se han señalado con ella esas diferencias. Desde que se publicaron los manifiestos de convocatoria, pudo comprenderse que el primero de Mayo sería, como dijo la prensa periódica, un día igual á los demás, y se advirtió la desconfianza de los mismos que con entusiasmo buscaban el éxito, descubriéndose igualmente que cada agrupación caminaría en distintas direcciones. Pocos fueron ya los que pensaron en la huelga general, en la suspensión del ejercicio de todas las fuerzas productoras del mundo, como protesta y amenaza, que calurosamente en un principio patrocinaron. La generalidad de las *federaciones* y de los *sindicatos* se limitaron á convocar á los obreros á reunirse en determinados sitios y locales. Los *gueslistas*, los *blanquistas*, los *alemanistas* y los *fayetistas*, última agrupación desprendida de las anteriores, celebraron separadamente sus meetings, y únicamente en pequeñas poblaciones francesas, alemanas y belgas, la manifestación se pareció y participó del carácter de las de algún año anterior.

El nuevo partido radical aprovechó la ocasión para lanzar á la publicidad su programa manifiesto, y los colectivistas españoles para que de nuevo repitiese sus ideas el pontífice Pablo Iglesias. En aquél, escrito por representantes de *bolsas del trabajo*, se proclama la revolución social, se adopta la fórmula «dar á cada uno gratuitamente, pan, medicinas, alojamiento é instrucción», y se declara que las *bolsas* saben que «la aspiración del obrero no es el quitar su puesto á la *burguesía*, ni el crear un estado obrero, sino el igualar las condiciones, proporcionando á cada ser la satisfacción de sus

necesidades, sustituyendo al efecto á la propiedad individual la vida libre en la tarea libre».

En la reunión de los segundos, á más de otros extremos de que en lugar oportuno nos haremos cargo, manifestó sin protesta de nadie el propagandista Iglesias que «la jornada de las ocho horas habrá de imponerse porque entraña la vida de la *burguesía* que está á un paso de su sepultura, y que comenzará cediendo á las instancias de un gremio, para capitular más tarde con todos»; palabras que condensan el pensamiento de uno de los matices más pronunciados del socialismo obrero español respecto á la jornada.

Todos los meetings tuvieron significación escasa; los trabajadores se retrajeron de ellos más aun que en el año 1895, y han llevado á los ánimos la convicción de que la llamada *fiesta del trabajo* es la que realmente está al pie de la sepultura, de que no es por ese camino por donde podrá llegarse á la solución de los más candentes de los problemas económico-sociales planteados.

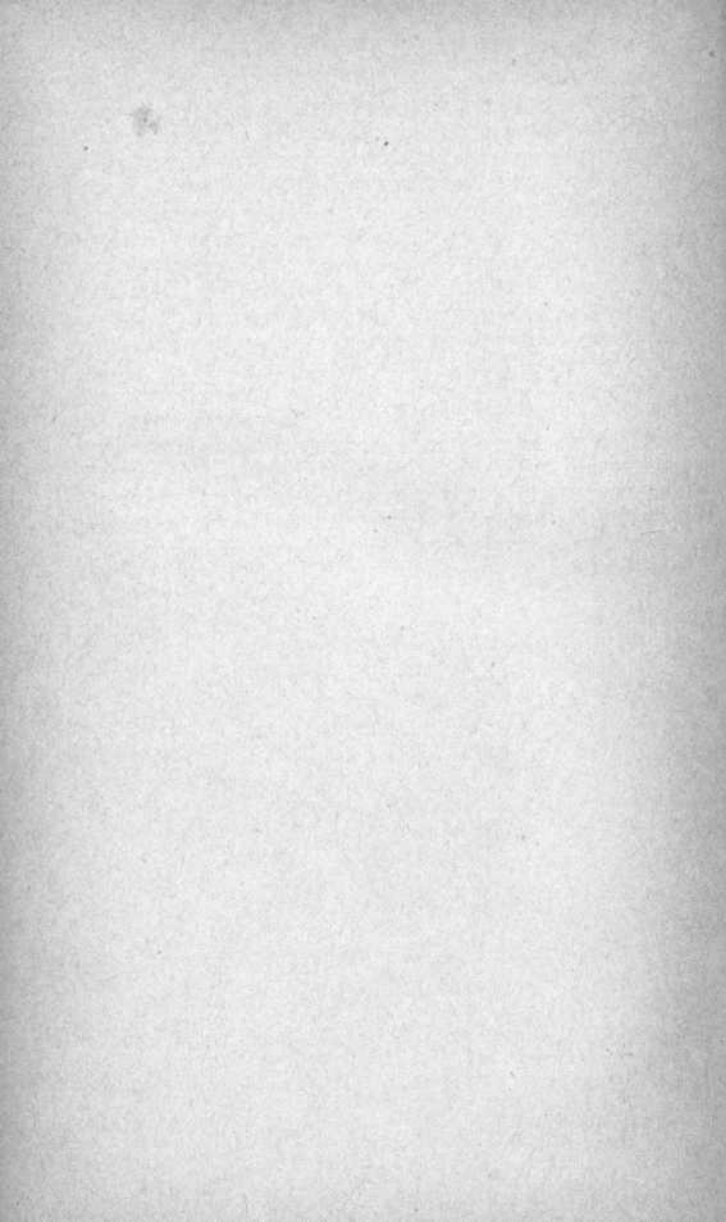
Con todo, la *fiesta del trabajo* no ha sido un intento inútil, un paso dado en el vacío; como tampoco fueron infructuosas las controversias de los hombres de ciencia y las discusiones de los congresos. Una y otras han contribuído á formar, uniformizar, difundir y fortalecer la opinión, apartándola de elucubraciones peligrosas. Ya no se discute acerca de la mayor ó menor duración del trabajo prolongado más de lo racional; ya no se duda de que las horas de faena deben reducirse prudencialmente y fijarse un día semanal de descanso; ya son muy pocos, poquísimos, los que rechazan la fijación de la jornada por la ley; ya no se vacila en rechazar en absoluto el trabajo del niño, en limitar el del adolescente, uniendo á él la instrucción forzosa y gratuita, y en regularizar, fijando las faenas, el de la mujer; y tampoco se discrepa mucho en cuanto á la cuantía de la retribución. De todas estas cuestiones ó problemas del trabajo, en verdad de sumo interés, nos ocuparemos en la segunda parte de este estudio, pues bien merecen que se haga con la extensión debida.

Todo cuanto acabamos de indicar se ha debido indudablemente á las nuevas escuelas economistas y á la acción del socialismo. Quedan, sin embargo, según acabamos de indicar, algunas cuestiones importantísimas de las que formuló M. Julio Simón en uno de sus más notables libros, pero que no se desconfía de que en breve llegarán á ser resueltas. Los problemas del trabajo, tan terribles, tan pavorosos, tan llenos de sombras antes, van reduciéndose, estrechando sus límites y aclarándose. Del choque de las ideas, conforme siempre sucede, brota la luz. Gracias á ello, á los esfuerzos de todos, á los mismos desvaríos, y á la nueva dirección impresa á las corrientes reformadoras, estamos firmemente persuadidos de que á las conquistas hechas sucederán otras y otras: vendrán disposiciones legislativas á regularizar en las distintas naciones el funcionamiento de las industrias, apreciándose todas las circunstancias, todas las condiciones, todas las necesidades de las mismas, según las regiones y los pueblos, y como irán aumentándose también los puntos de vista y conclusiones que pueden decirse comunes, se llegará á una legislación universal que fijando los principios y bases generales, deje á cada nacionalidad el determinar la forma de su aplicación más conveniente; se cambiarán los términos de la concurrencia cuyo desenfreno tanto daño produce; se mitigarán los males momentáneos de la adopción de nuevos procedimientos y mecanismos á la producción; se reducirán los límites y la potencia del industrialismo funesto; y como consecuencia de todo irá mejorando la condición de las clases proletarias.

Tan sólo aquellos que desconfían del poder de la inteligencia humana, tan sólo aquellos que rechazan la idea del progreso indefinido, tan sólo aquellos que no han llegado á penetrarse de la inmensidad de los sacrificios hechos y de los obstáculos que ha sido preciso vencer para llegar al estado actual de civilización, para conquistar el bienestar de que disfrutamos, bienestar mucho mayor que el de nuestros padres, é infinitamente más grande que el de nuestros abuelos, pueden sostener

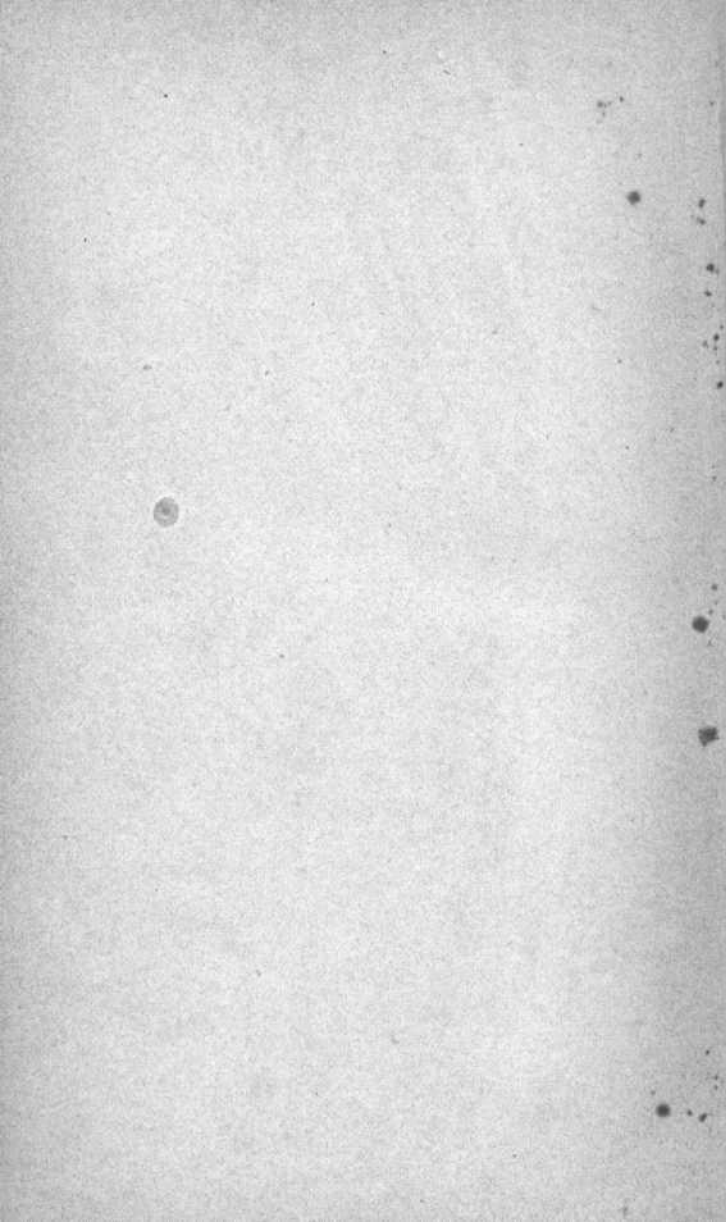
lo contrario, y calificar de bello ensueño nuestra creencia. Querer con eficacia, se ha dicho, es poder, y la humanidad, que quiere, y con perseverancia, con verdadera fe, con ilustración suficiente y con ánimo despierto trabaja, llegará á ver satisfechas en el terreno económico, como en el social, como en todos los terrenos, sus aspiraciones. El progreso no está representado por los *corsi et recorsi* del inmortal Vico; lo está más bien por una espiral que indefinidamente se ensancha, por esa línea en zig-zag á que otro notable escritor aludía. Recorriendo las páginas de la historia, que tantas lecciones deparan, fijándose en los obstáculos que ha tenido que vencer el hombre, en las luchas que ha librado, en los imposibles que ha vencido, en las utopías de unos tiempos que en otros convirtió en realidades, en las preocupaciones que ha hecho desaparecer, en las fuerzas de todas clases que ha puesto á su servicio, no es posible dudar de que conseguirá los nuevos triunfos á que aspira.

FIN



ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
INTRODUCCIÓN..	1
CAPÍTULO I.—El Proletariado..	11
» II.—Condición actual de las clases trabaja- doras.	23
» III.—Condición actual de las clases trabaja- doras.—(<i>Continuación</i>).	37
» IV.—Condición de las clases trabajadoras.— (<i>Conclusión</i>).	45
» V.—La concurrencia.	65
» VI.—La concurrencia.—(<i>Conclusión</i>).	79
» VII.—Las máquinas y el trabajo.	99
» VIII.—Las máquinas y el trabajo.—(<i>Conclu- sión</i>).	113
» IX.—El Industrialismo y el Capitalismo.. . . .	129
» X.—Sociedades de resistencia, coaliciones y huelgas.	159
» XI.—Sociedades de resistencia, coaliciones y huelgas.—(<i>Continuación</i>).	175
» XII.—Sociedades de resistencia, coaliciones y huelgas.—(<i>Conclusión</i>).	191







G30420

L. TASSO
BARCELONA

LOS PROBLEMAS DEL

TRANSPORTO

GIL
MAESTRAN